

RENATA SIN MÁS

catherine guérard



T R Á N
S I T O

traducido por regina lópez muñoz

Título original: *Renata n'importe quoi*
© Éditions Gallimard, París, 1967

© de esta edición, Editorial Tránsito, 2023
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2023

DISEÑO DE COLECCIÓN: © Donna Salama
DISEÑO DE CUBIERTA: © Donna Salama
FOTOGRAFÍA DE SOLAPA: Jacques Sassier / © Gallimard

IMPRESIÓN: KADMOS
Impreso en España – Printed in Spain

IBIC: FA
ISBN: 978-84-126528-3-3
eISBN: 978-84-127632-6-3
DEPÓSITO LEGAL: M-27569-2023

www.editorialtransito.com

Síguenos en:



www.instagram.com/transitoeditorial

www.facebook.com/transitoeditorial

[@transito_libros](https://twitter.com/transito_libros)

Todos los derechos reservados. No está permitida ninguna forma de reproducción, distribución, comunicación o transformación de esta obra sin autorización previa por escrito por parte de la editorial.

RENATA SIN MÁS

catherine guérard



traducido por **Regina López Muñoz**

Para François

Un día les dije Estoy harta me voy, ellos me dijeron No, de eso nada, y dónde va a ir, yo dije No sé, y ellos Y dónde va a vivir y con qué dinero se va a mantener, yo dije Tengo ahorros, la señora dijo Ahorros, ahorros, con eso no le llega para pagar un techo, pero a mí el techo me traía sin cuidado iría a cualquier parte, El banco de un parque, dijo la señora, el banco de un parque, eso es lo que le espera, Así no se hacen las cosas, dijo el señor, menudo disparate, trabajar hay que trabajar, dijo el señor, aquí o donde sea, pero trabajar, entonces yo dije Trabajar para qué, con el dinero metido en una caja y siempre encerrada entre cuatro paredes que aborrezco, Existen las puertas, y las puertas están hechas para salir, dije, Pero también para entrar, dijo el señor, Déjala, dijo la señora, ya ves que quiere irse, Su intención es marcharse a otro sitio, preguntó el señor, otro sitio, a qué se refería con eso, otro sitio puede significar tantas cosas, otro sitio, A otro sitio, pregunté, A otra colocación, dijo la señora, yo dije No, quiero ser una persona libre, pasear, mirar, Esas cosas no se hacen, dijeron los dos, una no puede ser libre si no se gana la vida, dijeron, Y eso por qué, dije yo, seré mucho más libre cuando ya no trabaje, y en esas el señor preguntó Qué es para usted la libertad, y la señora puso mala cara y dijo Déjate de debates filosóficos, Robert, y yo no tuve que cavilar mucho, dije La libertad es sentarse en un banco y escuchar el canto de los pájaros, y era verdad, una libertad así de bonita me gustaría, Pero y el dinero, dijo el señor, y el dinero, de dónde va a sacar el dinero, yo dije No hace falta dinero, los bancos son gratis y los pájaros cantan sin cobrar, y con las mismas el señor se encogió de hombros y la señora dijo Pues nada, márchese si no hay manera de hacerla entrar en razón, y a mí se me llenó el corazón de alegría y subí a preparar mis bultos, pero antes, al salir del salón, pegué la oreja a la puerta para saber si hablaban de mí, Está totalmente chiflada, dijo el señor, Totalmente, repitió la señora, Pero no crees que deberíamos obligarla a quedarse, dijo el señor, dónde va a dormir, Ya has visto que no hay nada que hacer, dijo la señora, no vamos a conseguir que se quede, Qué fue lo que me contaste un día sobre un embajador, preguntó el señor, Ah, sí, exclamó la señora, Cómo fue aquello, preguntó el señor, Que decía que un embajador de Francia la había amado con locura, dijo la señora, Pues mira, siempre tendrá la opción de entrar de asistenta en el Ministerio de Exteriores, dijo el señor, y entonces la señora encendió el televisor y sonaron canciones y yo subí a mi habitación, y me reía y estaba encantada y debajo de la ventana había unas cajas vacías y las puse encima de la cama y pensé Obviamente sería mejor una maleta pero una maleta está hecha para transportar objetos de un lugar a otro lugar, y a mí para transportar mis cosas de un lugar a ningún lugar no me valdría, además de que no tenía ninguna, y mientras pensaba en eso de las maletas abrí el armario y en la parte de abajo estaba la caja con las cartas de Paul, así que la cogí, la caja, y la puse encima de la cama, y justo en ese momento llamaron a la puerta y a mí eso no me gustó nada y dije Quién es, y como era la señorita Florence abrí, Mire, me dijo, vengo de parte de mi madre para decirle que si le hace ilusión podríamos ponerle un pájaro en la cocina, Un pájaro, dije yo, un pájaro cómo, un pájaro enjaulado o un pájaro en libertad que volara y se me posara en el hombro, y la señorita Florence contestó Pues enjaulado, claro, y yo Y qué pasaría cuando limpiara el salón, Pero mujer, dijo ella, no puede usted pedir un pájaro en cada habitación, pero yo no pedía nada, solo hacía preguntas normales y

entonces dije Y la jaula cómo sería, porque quiero una jaula blanca que no sea rectangular, Eso ya lo arreglaré con mamá, dijo la señorita Florence, y con las mismas se fue y hala ya podía yo preparar mis bultos, así que lo puse todo encima de la cama, las cartas, las postales, mi ropa y todos los bártulos y luego releí las postales, me traían sin cuidado las postales, eran postales de mis conocidos así que las rompí todas para no ir demasiado cargada y todo lo demás lo guardé en cuatro cajas atadas con cordel y me acosté y era la mar de curioso pensar que iba a irme, que a la noche siguiente a lo mejor no dormiría en una cama, y al cabo de un ratito pensando me quedé dormida y cuando desperté era de día así que me vestí y cogí todos los bultos y bajé, Conque sí que se marcha, dijo la señora, no le interesa tener un pájaro, yo dije ¿Un pájaro con una jaula blanca como la del anticuario de al lado de la peluquería? Bueno, bueno, dijo la señora, tampoco hay que exagerar, no, un pájaro con una jaula normal, así que negué con la cabeza y dije Ni siquiera su pájaro normal sería suficiente para que me quedara, A no ser, dije, A no ser, repitió la señora, A no ser que además del pájaro tuviera también un televisor y cinco horas libres por las tardes, Acabáramos, dijo la señora, y para qué si se puede saber, usted no juega a las quinielas, no va a la peluquería, no tiene amigos, ni parientes, así que explíqueme, y yo tomé aire y dije Señora, pues para ir a dar de comer a los patos, y la señora dijo Pobre criatura, ya ves tú, a mí me importaban un comino los patos, esos bichos asquerosos y malencarados, pero algo tenía que decirle a la señora, y ella dijo Y el televisor, qué haría usted con el televisor, si no es usted moderna y se pasa el día fantaseando, y yo contesté Ya está bien de chácharas, yo lo que quiero es irme, Y cuando llueva a dónde iré, dijo la señora, y era verdad, no había pensado en la lluvia, En París llueve mucho, dijo la señora, y si se queda a la intemperie se pondrá mala y si se pone mala el hospital es lo que le espera, y el hospital es lo contrario de la libertad, y en esas me acordé de una cosa y dije Eso no es verdad, una vez estuve en el hospital y había un jardín con bancos, Y dale con los bancos, dijo la señora, sí que le ha dado fuerte, venga, voy a pagarle y luego ya se puede ir si es lo que quiere, y con las mismas se puso a hacer cálculos en un papel durante un buen rato y yo mientras miraba los cuadros, sobre todo ese tan absurdo con manchas de colores que parecen garabatos y que a mí me habría dado vergüenza que vieran los invitados, Listo, dijo la señora de repente, en realidad debería descontarle dinero por marcharse así, de la noche a la mañana, ¿Es que no se puede?, dije yo, No, dijo la señora, no se puede, Pero mi vida es mía, dije yo, mis días son míos, puedo hacer con ellos lo que me apetezca, No, dijo la señora, hay montones de prohibiciones y montones de obligaciones en la vida, Por ejemplo, pregunté, Pues por ejemplo es obligatorio matricular a los hijos en la escuela, es obligatorio hacer el servicio militar, está prohibido pasar con el semáforo en rojo, qué sé yo, dijo la señora, ya lo ve, muchísimas cosas, Aun así, es mi vida, dije, y mi vida es mía y de nadie más, la señora meneó la cabeza, Tenga, dijo, no le voy a descontar nada porque me da usted lástima, y yo me disgusté y dije furiosa Me da igual que me descuente dinero, yo no necesito dinero, Ya lo creo que sí, dijo la señora, el dinero siempre es necesario, ya lo verá, y si me permite un consejo, recolóquese lo antes posible, Recolocarme, eso sí que no, dije yo, no me gusta decir La cena está servida, No tiene nada de deshonroso, dijo la señora, Puede ser, dije yo, pero no me gusta, es como llamar señor ministro a un ministro, no podría, Nadie va a pedirle que lo haga, dijo la señora, Eso nunca se sabe, dije yo, no sabemos por qué caminos nos llevará la vida, antes de ser papa se empieza siendo un mocoso llorón, Es usted una chica la mar de curiosa, dijo la señora, y en esas sonó el teléfono, Dígame, dijo la señora, ah, eres tú, esta tarde nos vemos, ya te contaré, tengo un

problemón, y yo me dije el problemón soy yo, es porque me voy, y esa conversación entre la señora y yo era de lo más curiosa, Adiós, dijo la señora, hasta luego, y volvió a dirigirse a mí, Listo, voy a pagarle, y me dio un dinero que yo metí en el bolso y me acompañó hasta la puerta de la casa, y allí vio mis bultos, No tiene maletas, dijo, es muy poco práctico cargar con tantas cajas, y yo dije No, no tengo, Voy a ver si encuentro alguna vieja para darle, dijo ella, y yo dije No, no se moleste, no la quiero, con una maleta se acabó la libertad, una maleta es un grillete, Tiene usted una noción de libertad la mar de curiosa, dijo la señora, pero yo sabía que era yo la que llevaba razón, Hasta la vista, entonces, dijo la señora, yo dije Recuerdos de mi parte a la señorita Florence, y la señora dijo Buena suerte y cerró la puerta y me vi sola en el descansillo, y ya está, así empezaba mi libertad y yo estaba contenta y me reía, Andando, dije mirando la escalera principal con la bonita moqueta roja y los cristales de colores como las vidrieras de las iglesias, pocas veces había bajado por la escalera principal y ese día incluso hacía sol y se colaba a través de los cristales de colores, y yo tan contenta y mientras bajaba pensaba El sol es de todos, y me paraba en cada rellano para escuchar el silencio y sonreír por el sol, y pensaba El sol da felicidad, y los demás, los que están a la sombra, son unos lerdos, y abajo en el recibidor delante de la portería estaba la portera sacando brillo al botón de la luz, Adiós, le dije, me voy, y ella se volvió y dijo Cómo que se va, pero ¿para siempre?, y yo pensaba Pelleja asquerosa, cómo me voy a alegrar de no aguantar más tus aires de princesa ni tu acento polaco, Pero y eso, dijo, la han puesto de patitas en la calle, y pensé en la cara que se le iba a quedar y dije No, me he puesto en la calle yo solita, Pero por qué, dijo en un susurro, ¿para ganar más en otro sitio? Ganar más, no se les cae la dichosa palabra de la boca, dije, Tengo derecho a vivir, ¿no?, dije, Ea, pues hasta otra, dijo ella, y siguió sacando brillo al botón y yo dije con mucha educación Adiós, señora y salí y me metí en el edificio de al lado para despedirme de la portera del edificio de al lado porque hablábamos y era una mujer muy amable, Me voy, dije, Santo Dios, pero cómo va a ser eso, y a dónde va, exclamó, y yo le conté todo y ella dijo Ay, madre, está usted metiendo la pata, y yo ¿Por qué?, pero era un falso Por qué, solo para comprobar si me decía lo mismo que la señora, Pues porque así no se hacen las cosas, sin dinero, sin un techo, pues sí que me decía lo mismo que la señora, Y dónde va a pasar la noche, preguntó, Me trae sin cuidado, dije yo, en cualquier sitio, en un banco, en un pasillo, no soy escrupulosa, No es una cuestión de escrúpulos, dijo ella, sino de que el vagabundeo es un delito, Y qué, dije yo, Pues que los delitos son punibles con penas de prisión, dijo ella, Pero no pueden meter en la cárcel a una persona que no ha hecho nada malo, respondí, y ella dijo Yo de eso no entiendo pero creo que sí, y yo dije Pero quién hace unas leyes tan ridículas, y ella Creo que los jueces y la policía, Siéntese, dijo, tendrá tiempo de tomarse una copita, ¿no?, y se echó a reír porque sabía que yo tenía todo el tiempo del mundo, y tuve que decir que sí aunque no me apetecía ni sentarme ni tomar una copita, Pero mi copita podría ser un cafelito, pregunté, y ella dijo, Desde luego que sí, y yo me quedé contenta y ella preparó un cafelito y me lo sirvió y mientras me lo bebía me dijo de sopetón, de sorpresa, Usted no es gitana, ¿no? Qué va, exclamé yo muy disgustada, Por qué me lo pregunta, acaso tengo pinta de gitana, acaso tengo el pelo largo y la piel oscura y uso vestidos hasta los pies, y la portera dijo No, pero esa afición por el vagabundeo, Y las mujeres ricas, pregunté yo, a ellas no las acusan de vagabundear cuando van a esquiar o a la playa o cuando se van por ahí con alguno, por qué a mí sí, y ella, la portera, me dio una respuesta y puede que sea verdad lo que me respondió, dijo Si una mujer rica lo dejara todo para vivir en la calle también se consideraría

vagabundeo, y preguntó Está rico el café, y yo dije Sí, pero pensaba en las mujeres ricas, y pensaba que aunque hubiera sido rica habría tenido que irme igual, era como una llamada, Pero usted de qué ciudad es, preguntó la portera, De Nevers, dije yo, sin ser de Nevers en absoluto, dije Nevers como podía haber dicho cualquier otra cosa, y ella Ah, muy bonito Nevers, unos primos míos viven allí, y a continuación Y su padre a qué se dedicaba, yo pensé Esta se está pasando de chismosa, y respondí Dirigía una charanga, eso tampoco era verdad pero me di el gusto de mentir, además para qué valen tantas preguntas en la vida, pensé, si la gente no hiciera preguntas nadie mentiría, y mientras tanto ella repetía Que dirigía una charanga, pero cómo que dirigía una charanga, y yo Pues eso, que dirigía una charanga, y ella Pero se dedicaría a algo más, dirigir una charanga es un pasatiempo, y yo Ah, sí, claro, era herborista, eso también era mentira pero me gustaba decirlo, Y su madre trabajaba, preguntó la interrogadora, Mi madre trabajaba en el herbolario, dije yo, Pero entonces, dijo ella, vivían ustedes sin estrechuras, cómo es que se metió usted a, eh, y yo entonces dije Eso no es asunto suyo, y si me lo permite, señora Boisseneau, yo me marchó ya, y ella Claro, desde luego, no quiero entretenerla, y con las mismas me levanté y cogí mis bultos y ella dijo Si le incordian puedo guardarle yo los bultos, Para qué, dije yo disgustada, dejaría de ser libre si tuviera los bultos esperándome en algún sitio mientras yo estoy en otro sitio distinto, y ella se echó a reír y yo pensé Me estás tocando las narices, vieja mentecata, es curioso cómo la gente no entiende nunca nada, panda de lerdos, como si fuera libertad tener mis cosas en su portería, y que se pusiera a leer las cartas de Paul, así que dije Perdone usted, señora Boisseneau, pero es que me tengo que ir porque me están esperando, lo dije por educación pero ella se pensó que era verdad y dijo Ah, conque la están esperando, qué calladito se lo tenía, si ya sabía yo, ¿se ha colocado en otra casa? No, dije, solo quiero irme de aquí, y ella se echó a reír y dijo Pues nada, váyase, no la entretengo, y por fin salí a la calle con mis bultos y pasé otra vez por delante del edificio de la señora y la polaca estaba asomada a la ventana, Anda, ya está de vuelta, dijo, Todavía no me he ido, dije yo, estaba despidiéndome, dije, y pasé de largo, no quería hablar más con esa portera ni hablar más con nadie durante un buen rato, quería pensar en mi libertad, sin chismorrear, sin hablar, es la mar de curioso, la gente habla y habla sin saber si te están molestando si te aburren, y a mí me pedía el cuerpo silencio no un silencio sin ruido sino silencio de chismorreo, y pensaba La libertad es también el silencio, y me decía Soy libre, soy libre, con el silencio y con el sol y es como estar de vacaciones y si llueve qué más me da, y todo esto me lo decía mientras caminaba por la calle, la calle donde vivían el señor y la señora, una calle fea con edificios bonitos y ningún comercio, ni transeúntes ni vida ni animación, una calle como si todo el mundo estuviera muerto, y en esas pensé En esta calle no te quedas vete a una calle bonita y animada que esté llena de gente y de tiendas bonitas con escaparates bonitos, así que seguí andando y entonces me acordé de la señora Boisseneau, que quería que dejara mis cosas en la portería, y en ese caso la vida habría sido como una cárcel, Qué tonta es, dije, y me encogí de hombros, y en esas pensé en la profesión de portera, En verdad es una profesión bonita, pensé, con un techo, libertad, sin nadie que te incordie, solo hay que subir el correo, o no subirlo si no te apetece, pensé Conozco porterías que ni siquiera barren la escalera, se lo mandan hacer a unos tipos y luego pagan los inquilinos, conque sí que es una profesión bonita, y en esas llegué a la avenida y crucé, y al cruzar me quedé mirando al guardia, Esa sí que es una profesión horrible, pensé, con uniforme obligatorio y obedeciendo órdenes, y sin libertad cuando estás de servicio, sin poder ponerte un sombrero

verde el día que te apetezca, sin poder mordisquear un boli o la patilla de las gafas, y pensé A esto se refería la señora cuando decía que una no puede hacer con su vida lo que le parezca, y en la calle había mucha gente y yo me decía A dónde vas a ir, a qué calle, todas las calles son tuyas, y pensé Es verdad, todo es mío, el espectáculo, el aire, el ruido, la gente que habla, y pensé En un despacho o en una cocina no hay nada de esto, por supuesto en casa de la señora yo iba a comprar pero las compras eran trabajo y por eso cuando salía a comprar como sabía que tenía que volver me amargaba y no disfrutaba en la calle, y de pronto pensé Y si me comprara algo para celebrar mi libertad, dinero tengo, puedo comprarme lo que me apetezca, pensé, y seguía caminando por la calle, y ahora caminaba con esa idea en la cabeza, Pero tiene que ser algo que no pese, pensé, porque llevas encima todo lo que tienes, así que me puse a cavilar pero nada de lo que se me ocurría me convencía, un mechero para qué si no fumaba, polvera ya tenía la que me había regalado Paul, una estilográfica como la de la señora con un plumín de oro, no, tener estilográfica no era de persona libre, A lo mejor unos guantes, pensé, entraría en la tienda y las dependientas me dirían Qué desea, señora, y yo diría Un par de guantes, y ellas Unos guantes de qué tipo, y yo Unos guantes para diario, o bien Unos guantes para los domingos, pero entonces dejó de gustarme la idea de unos guantes y pensé Vaya una profesión la de vendedora de guantes, y en esas llegué al final de la calle y pensé Esta calle ya me la sé de memoria tengo que ir a otro sitio, pero pensé Voy a despedirme de los comerciantes, y enfilé otra vez la misma calle, en la otra dirección, tan contenta de poder hacer lo que me apeteciera, Si me apetece, pensé, recorreré treinta veces seguidas la misma calle, y si alguien me dice algo diré Qué pasa, no se puede, la calle es de todos, y tendrán que dejarme pasar, y menuda tonta la señora Boisseneau con su vagabundeo, pensé, Aun así, pensé, la señora Boisseneau es mejor que la polaca, y mientras pensaba en todo esto caminaba y de pronto llegué donde el verdulero así que paré, el dependiente despachaba tomates en la puerta y los patrones vendían dentro, Adiós, le dije al dependiente, que me voy, él dijo No me diga, no parecía interesarle en absoluto, pero era un dependiente nuevo, puede que llevara una semana, así que todavía no conocía a la clientela, y con las mismas entré en el local y la patrona me dijo a voz en cuello con una sonrisa Tengo hoy unas naranjas buenísimas, de las jugosas que tanto le gustan a su patrón, y yo dije Mi patrón ya no es mi patrón, Cómo es posible, exclamó, la han despedido, No, mujer, dije yo, me voy porque me apetece irme, Estupendo, gritó, precisamente la señora Sarbeck está buscando a alguien, la criada se le fue hace ocho días, No, no, dije, no estoy buscando otra colocación, Cómo, exclamó, es que le ha tocado la lotería, y yo No, simplemente no voy a trabajar más, Caray, qué potra tienen algunas, dijo a una clienta que lo había oído todo, y a mí me gustaba que todo el mundo se enterara de que yo era una persona libre, Pero y dónde va a vivir, me interrogó la verdulera, ¿tiene habitación en la ciudad? Sí, dije yo, mi primo me alquila una habitación en el barrio de Bastilla, era mentira, una sarta de embustes, ni tenía primo, ni habitación, ni Bastilla ni nada, pero es que con tantas preguntas no queda más remedio que mentir, Pues nada, mucha suerte, dijo la patrona, y se puso a despacharle alcachofas a una y así acabó mi despedida en esa tienda, y con las mismas salí y en la calle pensé Vender verdura está bien, ves gente y además puedes cerrar cuando se te antoje salir a dar un paseo, las empleadas o los dependientes no, claro, pero los patrones sí, y además la verdura es más bonita que los guantes, y pensé otra vez en los guantes y definitivamente yo no quería para nada unos guantes, así que me los saqué de la cabeza, y qué mañana tan bonita hacía, Está bien, pensé, está bien ser libre, ni la reina de

Inglaterra es tan libre como yo, y al pensar en esa me sentí como transportada por el alborozo, y caminaba y pensaba Yo soy la reina de mis ideas, y mis ideas consisten en estar al sol y mirar a la gente pasar y escuchar el canto de los pájaros, y en esas me preocupé de pronto, pensé Sí, aunque donde hay gente no hay pájaros y donde hay pájaros no hay gente, pero la preocupación me duró poco, me dije Sí que hay sitios donde hay gente y pájaros, solo tengo que encontrarlos, y con las mismas crucé la calle para ir a despedirme a la panadería, una panadería bonita y moderna que se llamaba Morizot, y la señora Morizot me conocía bien y sus dependientas también, así que entré en el local y Anouk me preguntó Una baguette tostadita, como siempre, y yo dije No, no vengo por una baguette, vengo para decirles adiós, Vaya, se va usted, exclamaron a la vez Anouk y la señora Morizot, las demás dependientas no exclamaron nada porque no me habían oído, Está buscando otra colocación o le ha salido ya algo, preguntó la señora Morizot, No busco otra colocación, contesté, voy a vivir sin trabajar, Toma ya, si se lo puede permitir porque tiene dinero, dijo la señora Morizot, Pues no tengo, respondí para ver qué cara ponía la señora Morizot, y ella preguntó Es porque no se quiere recolocar en este barrio, y yo dije No, quiero mi libertad, entonces dijo Y por qué no trabaja por horas, ganaría dinero y tendría mucho tiempo libre, y yo dije Por horas tampoco se es libre, entonces dijo La señora Villars está buscando a alguien de ocho a doce, a partir del mediodía estaría libre, y yo pensé La señora Villars se puede ir al cuerno yo quiero mis días completos, y me enfurecí y le dije a la señora Morizot Mis días son míos, por qué iba yo a regalárselos a los demás, y ella contestó Lo decía por hacerle un favor, pero acaso le estaba yo pidiendo algo a esa, empezaba a estar harta de aquella tienda, y justo cuando recogía mis bultos para marcharme Anouk dijo Y dónde va a vivir, En la avenida Jeanne d'Arc, dije, en una habitación que tengo, y yo por supuesto no tenía habitación en la avenida Jeanne d'Arc, de hecho no sabía ni dónde caía la avenida Jeanne d'Arc pero seguro que era una avenida bonita porque Juana de Arco era una muy famosa, y mientras yo pensaba en la tontorróna esa la otra venga a darme consejos para fastidiarme la libertad, Puede trabajar a domicilio entonces, dijo la señora Morizot, madre mía estaba hasta la coronilla de oír hablar de trabajar así que dije Ya está bien, señora Morizot, y con las mismas salí y nada más salir me puse contenta y di unos pasos y pensaba A quien habría que mandar a la cárcel no es a los vagabundos que no hacen nada malo sino a la gente que se mete en la vida de los demás, y me habría encantado que mandaran a la cárcel a la señora Morizot, una chismosa que pretendía disponerme la vida, A pesar de todo, panadera no es una profesión de las peores, pensé, te pasas el día sentada delante de un mostrador viendo a un porrón de gente que te da palique, Pero no, pensé, no es una profesión bonita, como hay que estar todo el día contando dinero acabas diciendo disparates cuando charlas con las clientas para no equivocarte con las cuentas, y si tienes la cabeza ocupada todo el rato con las cuentas eso no es vivir, Son todos unos lerdos, pensé, viven como piedrecitas, viven para los demás, y mientras pensaba en todo esto andaba y veía señoras que acarreaban fruta y verdura y pensé La señora va a tener que hacer eso esta mañana, comprar lo que haga falta para el almuerzo, o a lo mejor van a comer a la casa del señor Jean-Pierre, y en lo de Morizot le dirán Conque se le ha despedido la criada, y la señora responderá Sí, de la noche a la mañana, quería su libertad a menos que le pusiera un televisor y una pajarera en la cocina, Habrase visto, dirían las de la panadería, y yo me encogí de hombros y me alegré de que la señora tuviera que salir a comprar para el almuerzo si hablaba así de mí, ¡Una pajarera! Para empezar el pájaro lo había propuesto ella, yo no había pedido nada, Como si

un pájaro fuese la libertad, pensé, y luego pensé Ser un pájaro sí que debe de estar bien, un pájaro libre, por supuesto, no un pájaro enjaulado, un pájaro libre surca el cielo vuela por todas partes va a todas partes hace lo que le apetece, y sonreí yo sola mientras caminaba y pensé Qué pena que sean siempre tan feos los pájaros que vemos, siempre grises o en tonos negros cuando a mí lo que me gustaría es que los pájaros que vemos fueran rojos y verdes o azules y amarillos o plateados o dorados, A lo mejor existe algún país donde se ven pájaros dorados, pensé, hay tantos países, pensé, y en esas llegué al final de la calle, otra vez cerca de la calle de la señora, pero yo no tenía ninguna gana de ver caras conocidas, ni a la señora, ni a la polaca, ni a la señora Boisseneau, así que dejé los bultos en el suelo y dije Qué hacemos, y me permití un momentito de reflexión hasta que me decidí, Ya que hay una estación de metro, vamos a coger el metro para ir más lejos, a otra avenida más interesante, y con las mismas recogí los bultos y justo en ese momento pensé Y la papelería, no me he despedido, así que avancé un poco más y entré en la papelería, y la dueña me dijo al instante Ajá, viene usted por si puedo indicarle algún sitio donde colocarse, y a mí eso no me gustó nada, yo estaba allí por ser educada y despedirme y antes siquiera de abrir la boca ella ya estaba incordiando y metiéndose en mi vida privada, Por qué dice eso, pregunté, En vista de que ha dejado usted el trabajo, contestó, no hay que ser muy lista para llegar a la conclusión de que está buscando otra cosa, Y cómo sabe usted que he dejado el trabajo, pregunté muy disgustada, Me lo ha dicho su patrona, contestó, Imagino que le habrá contado también que ya no quiero trabajar más, dije yo, Por supuesto, dijo ella, pero como comprenderá no me lo he creído, Y eso por qué, dije yo furiosa, acaso no tenemos derecho a vivir, por qué no voy yo a vivir a mi gusto en vez de hacer cosas que me fastidian, la papelera puso cara de sorpresa y dijo Pero es que cuando una no trabaja no tiene dinero, a menos que se apellide Rothschild o Karim, y hasta esos trabajan, conquie ya me dirá usted, si hasta esa gente trabaja, Qué pasa, que hemos nacido para vivir condenados, grité, y ella dijo Lo que es una condena es estar sin blanca, pero si esa es su ambición no seré yo quien se la quite, y yo dije Pues me voy, y ella se echó a reír y gritó Buena suerte a la vez que yo salía, y en la calle pensé Por qué se empeñará toda esta gente en trabajar, y para colmo se creen que son ellos los que tienen razón, pero si alguien tiene razón soy yo, y estaba disgustadísima y me dije que iba a alejarme enseguida de aquel barrio ridículo, y con las mismas bajé la escalera del metro y abajo en la taquilla dejé los bultos en el suelo y consulté el cartel con los precios y a continuación hurgué en el bolso buscando calderilla y compré un billete y miré el plano para ver dónde había una avenida bonita con tiendas, quería una avenida y no una calle por los bancos y los árboles y los pájaros, pero el plano no indicaba si había tiendas y bancos ni si estaba animado y eso, así que pensé Qué planos tan fríos hacen, son planos inútiles, y con las mismas agarré mis bultos y pregunté a la revisora si podía aconsejarme una avenida animada y ella se rió y dijo Los Campos Elíseos, pero a mí los Campos Elíseos no me gustaban nada así que dije No, no me gustan, y ella Los Grandes Bulevares, y me explicó cómo se llegaba, y yo dije ¿Hay bancos?, porque usted comprenderá, con los bultos, dije, y ella caviló y dijo Pues no sé, y entonces le preguntó a gritos al revisor de enfrente Hay bancos en los Grandes Bulevares, y el otro sin pensárselo gritó al instante Sí, y en esas llegó el metro y me subí, y gracias a los bultos me cedieron un asiento, era un asiento estupendo, un asiento sin nadie al lado, solo con alguien enfrente, que puedes acomodarte a gusto y viajar tan contenta, y yo me sentía bien, como en un sueño, y estaba alegre de irme a otro sitio, Haces lo que te apetece, pensé, Es tu vida, pensé, y pasamos por varias

estaciones y yo me dejaba amodorrar por el viaje y pensaba No pasa nada si no bajo en la estación que es, me gusta este viajecito, bajaré cuando me dé la gana, y enfrente de mí había una señora y yo la miraba un poco y pensaba Esta no es libre como yo, seguro que va a alguna parte, La vida no es ir a alguna parte, pensé, lo bueno es no saber a dónde vas ni qué vas a hacer, La vida debería ser siempre así, pensé, y no levantarse a las siete, dar de comer a las gallinas a las ocho, coger el metro a las nueve, sacudir alfombras a las diez, llevar un paquete a correos a las once, y así todo el día, toda la semana, toda la vida, me asqueaba solo de pensarlo y me alegraba de no ser así, y de pronto pensé De vez en cuando le mandaré una postal a la señora Boisseneau para contarle que me va muy bien la vida, y ella se lo contará a la polaca, que a su vez se lo contará a la señora, y todo el mundo se sorprenderá de saber que soy muy feliz, y el túnel del metro era como estar haciendo un bonito viaje que duraría mil años, estaba a gusto y pensé Sin embargo estamos bajo tierra y la vida no es estar bajo tierra, y entonces me dije Estar en un avión debe de ser como esto pero mejor, estar en un avión es un poco como ser un pájaro, y en esas llegamos a la estación de los Grandes Bulevares así que decidí bajar y cogí rápidamente los bultos y salí a toda prisa del vagón porque me daba miedo que las puertas se cerraran, y con las mismas enfilé una escalera, y había que llegar muy arriba para subir y pensé Dios mío, qué de cosas por encima de mi cabeza, qué de tierra por encima de mí, y no veía el momento de salir a la calle y ver a la gente de la calle y el cielo, y en esas apareció otra escalera y mientras subía los escalones pensé en la vendedora de billetes en su garita, Es eso vida, me dije, vender billetitos horribles todo el santo día encerrada en esa casa diminuta, sin flores, sin sol, sin claridad, y encima todo el santo día contando dinero, como la panadera, aunque la panadera por lo menos puede hablar con la clientela, pensé, la otra ni eso, peor que una bestia, y pensé Vaya una profesión horrible, pero horrible, y en esas hala, se acabaron las escaleras y estaba fuera, estaba al aire libre, estaba en los Grandes Bulevares, así que dejé los bultos en el suelo y miré a mi alrededor y pensé Hala, ya estoy en los Grandes Bulevares, y estaba contenta era un bulevar bonito con gente y escaparates bonitos y árboles, Voy a darme una vuelta, pensé, en eso consiste disfrutar de la vida, y con las mismas recogí los bultos y eché a andar a pasitos cortos, y hacía una mañana bonita de verdad, y pensé Es para celebrar mi libertad, y la ocurrencia me hizo reír, y dije Hablo como uno que acabara de salir de la cárcel, A todo esto, pensé, vaya guasa tienen los jueces y la policía, mira que llamar La Santé a una cárcel, había visto en el periódico que había una cárcel que se llamaba La Santé, la salud, y aquel día dije en voz alta Qué cosas tienen, esto deben de habérselo inventado los del periódico, pero luego lo hablé con la señora Georgette, mi vecina de arriba, y ella me dijo que no, que no era una invención, a esa sí que no la echaré de menos, una cucaracha que era más mala que la quina y que subía a su habitación a hacer el amor con el repartidor de Les Comptoirs Parisiens cuando venía a traer pedidos al tercero, y no solo con ese, pero yo nunca quise saber nada de la vida de esa persona, y pensé Si te pones a pensar en Georgette no disfrutas y no ves las tiendas, así que dije No se hable más de Georgette que es agua pasada, y caminé disfrutando, mirándolo todo, y era como estar en otra ciudad, como estar de vacaciones, y pensé Cuando la señora va a Italia en Pascua con el señor debe de sentirse así, lo que demuestra que todos somos iguales, Pero no, pensé entonces, todos no somos iguales, si no todos me habrían dicho Ay, qué razón tiene usted, qué envidia nos da, y no lo que me dijeron Tiene que quedarse, tiene que ganar dinero, Dinero, solo saben pensar en el dinero, panda de lerdos, de tontos a los que no les gustan la libertad ni los pájaros, Pero los pájaros, no las

palomas, dije, porque precisamente había unas palomas en el suelo picoteando y pensé Las palomas no son pájaros, son bolas de plumas grises y feísimas, y di un puntapié en dirección a aquellos bichos asquerosos y una señora exclamó muy alto Qué le pasa, está mal de la cabeza, y yo me encogí de hombros sin contestar y seguí andando y pensé Menudo embustero el tipo ese, si aquí no hay bancos, se creará muy listo contando disparates, y en esas pensé Ser revisor no es vivir, es una profesión horrible, todo el día picando billetes lejos de la luz del día y del sol entre corrientes de aire y un estruendo de chatarra, Además hay que saber inglés, pensé, y eso no es vivir, más vale pastorear cabras, por lo menos se puede uno vestir como le apetezca, y cantar, y quitarse los zapatos, eso sí es vivir, pensé, Aunque no del todo, porque hay que regresar con las cabras, pensé, y regresar no es libertad, y en todo esto pensaba en medio de un porrón de gente en movimiento, y yo también me movía, avanzaba lanzando tímidas ojeadas a las tiendas, y había también cafés bonitos, grandes y bien contruidos, había dos tiendas, un café, una tienda, dos cafés, tres tiendas, un café, y de pronto me dio por pensar A lo mejor podría comprar aquí mi regalo para celebrar la libertad, así que en vez de pensar en cosas como las profesiones voy a mirar los escaparates, y con las mismas me puse a mirar y primero fue una tienda grande de trajes de caballero, había ropa bonita como la de Paul, con chaquetas formales y pantalones oscuros y jerséis de punto de un punto finísimo, y al lado había un cine y justo cuando pasaba por delante pensé Anda, y si mi regalo fuera una sesioncita de cine, No, pensé, no me he ido de la casa de la señora para encerrarme a oscuras sin aire sin flores sin movimiento, y para colmo te cobran por todas esas privaciones, lo que me faltaba, vamos, así que le pregunté a la taquillera Tienen ustedes clientela, Por supuesto, dijo ella, y yo Por qué por supuesto, y ella Para ver Una virgen entre capos siempre hay gente, créame, y yo dije Pues conmigo que no cuenten, y recogí mis bultos, que había dejado en el suelo para hablar con esa señora, y me fui, y el negocio de al lado era una sombrerería y me puse a mirar los sombreros y me reí porque de qué sirven los sombreros y con las mismas seguí andando y pensé en la taquillera del cine en su jaula de cristal y pensé Las mujeres así son ceros a la izquierda, y en ese momento vi que había un banco un poco más allá, ya era hora, por un lado daba a la acera y por el otro a la calzada con un autocar beis enorme parado delante que tapaba todas las vistas, así que me senté por el lado de la acera con mis bultos y estaba encantada, pensé La vida es esto, con toda esta gente pasando, y pensé Van de acá para allá, siempre en movimiento, y yo lo miro todo y me gusta, y el negocio de enfrente del banco era una tienda de bolsos y de tanto en tanto cuando se hacía un claro entre la gente que pasaba por delante distinguía el escaparate, Un bolso es un regalo demasiado caro, pensé, además el viejo que me regaló la señora Simonin, mi patrona antes de la señora, cuando yo trabajaba en la pasamanería, está muy bien todavía, piel de la buena, negro, sin descosidos y muy práctico, Sin embargo un bolso no es ser libre, pensé, es como un cordel que te ata, ¿tiro entonces el mío?, pero pensé No, y la respuesta era no porque me gustaba tener ese bolso, y con las mismas dejé de pensar en el bolso y en ese momento un hombre se sentó en el banco, cerca de mí, con un bulto entre él y yo, uno de mis bultos, los otros tres estaban al otro lado, y pensé Qué incordio este tipo, y luego me lo pensé mejor Al fin y al cabo los bancos son de todo el mundo, y me puse a mirar a la gente pasar como antes y en esas el tipo preguntó, volviéndose hacia mí, Le importa que le dé conversación, pero yo hice como si no lo hubiera oído y él dijo No quiere hablar conmigo, y yo seguí sin responder, me disgustaba que me fastidiara la libertad, Este no es libre como yo, pensé, es un vividor, y con las mismas seguí mirando al frente como si

el vividor no existiera, No quiere contestarme o es que no entiende el francés, dijo, Sprechen sie Deutsch, dijo, Speak English, dijo, Parla italiano, dijo, y yo entonces me harté de tanto parloteo en extranjero, Sí entiendo el francés, pedazo de mentecato, dije, y cogí mis bultos y me fui, Será grosero, pensé, como sea un barrio de groseros yo aquí no me quedo, Aunque solo faltaba, pensé, no son los groseros los que van a disponer en tu vida, no, así que tú te quedas en este bulevar tan bonito, y es que era un bulevar bonito de verdad con tiendas bonitas y bien puestas, y yo miraba las tiendas bonitas y pensaba Qué tiendas tan bonitas, Pero aquí no voy a encontrar mi regalo, pensé de repente, y lo pensé porque lo que había sobre todo eran tiendas de ropa para caballeros, así que pensé Cuando termine de mirar las tiendas miraré con mucha atención la mercancía de los puestos ambulantes, porque había puestos ambulantes en la acera con la mercancía expuesta en mesas, Y por qué esperar a terminar con las tiendas para mirar la mercancía de los tenderetes, pensé de pronto, ¿Qué pasa, que ya no se puede hacer lo que a una le dé la gana? ¿Quiero ser libre o no?, y estaba muy disgustada y pensé Menudas ocurrencias tengo, qué ideas más retorcidas, puesto que mi vida me pertenece puedo mirar los puestos ambulantes cuando me apetezca, y la disputa conmigo misma se acabó porque había un banco, Voy a sentarme, pensé, pero ya había tres señoras en el lado bueno del banco, y yo con los bultos no cabía como cuarta ocupante, Voy a ponerme detrás, pensé, miraré la avenida y tendré espacio para soltar los bultos, y eso hice, pero aquel sitio no estaba bien porque los coches no me interesaban y todas las cosas bonitas y que me interesaban quedaban detrás de mí, así que volví la cabeza para ver si alguna de las tres se marchaba pronto, pero no, una escribía una carta y las otras dos se contaban sus chascarrillos, yo lo oía todo y al final me interesaron los chascarrillos, el marido de una se llamaba André y nunca quería comerse las sobras al día siguiente así que se lo daban todo al perro, y el veterinario había dicho Van ustedes a matar a este perro como sigan cebándolo, hasta que pasó, el perro estiró la pata, y yo pensé Mira que ponerle Anatole a un perro, con la de nombres que hay para los chuchos, y de pronto pensé Y por qué no ponerle Anatole a un perro, todo lo contrario, esta señora me cae bien, y me dije A lo mejor le digo algo, y entonces pensé Qué puedo decirle, y venga a pensar Qué puedo decirle, qué puedo decirle, y no se me ocurría nada, así que decidí No, no le diré nada, y en ese momento las dos mujeres se levantaron y con las mismas cogí mis bultos y me instalé en el otro lado del banco, en el lado bueno con vistas a todas las cosas interesantes, y la tercera señora no me molestaba, seguía escribiendo, de hecho no era una señora, era una muchacha, y qué bonita era mi vida, Si me hubiera quedado en casa de la señora, pensé, ahora estaría mondando patatas en vez de estar aquí con toda esta gente que pasa y yo viviendo como me da la gana, Aunque a lo mejor ya ha pasado la hora de mondar y ahora toca enjuagar la lechuga, pensé, Perdona, qué hora es, señorita, le pregunté a mi vecina, y ella dijo Es casi mediodía, y percibí que tenía un acento que no era el acento francés, así que le pregunté Es usted inglesa, No, dijo con su acento, soy holandesa, y yo no dije nada más porque no sabía qué decirle a una holandesa, de hecho la gente de fuera me fastidia, y pensé Pues mira qué bien porque no me apetece charlar, y en esas levanté la cabeza para ver los árboles y eran unos árboles con unas hojitas pequeñitas y alargadas, me gustaban mucho esos árboles, eran la monda con sus hojitas, y pensé Ahora enseguida le preguntaré a algún comerciante cómo se llaman, La holandesa a lo mejor lo sabe, pensé, pero si me lo dice en holandés es como si no me dijera nada, Sálvese quien pueda, pensé, y además a lo mejor no hay árboles así en Holanda, a lo mejor allá solo hay manzanos, y luego pensé Creo que Paul nunca estuvo en Holanda, y mira que

conocía países Paul, y de pronto hubo una invasión de la acera, con gente en todas direcciones, un porrón de gente pasando y venga a pasar delante de mí y pensé Es porque han dado las doce, y pensé Así que su vida no les pertenece, ellos obedecen al tiempo, y pensé Yo soy mejor que ellos mi vida me pertenece, no tengo un patrón que sea dueño de mi vida, es horrible eso, pensé, tener una vida que no es tuya, La gente está chalada, pensé, con tal de tener dinero venden sus vidas a otros, como si viviéramos mil años, como si viviéramos dos veces, y todo por culpa de las trolas de los curas, pensé, como si no nos muriéramos al morir, la muerte es la muerte y no hay más vuelta de hoja, se acabó, punto final, Aun así, el papa es un cachondo, pensé, y justo cuando pensaba en eso se acercó una mujer al banco, Le importa juntar un poco los paquetes, me preguntó, me gustaría sentarme en este lado del banco, en el otro lado se respira toda la gasolina, Hay más bancos, dije yo muy disgustada, No, dijo ella, hay muy pocos, solo tres entre la calle Drouot y la calle d'Hauteville, bien lo sé yo que conozco el barrio, llevo catorce años trabajando aquí, y pensé Entonces conocerá los nombres de los árboles, y junté los bultos porque para mí era interesante tener esa vecina, y ella se sentó y dijo Hace bueno, eh, Sí, dije yo, Es mi ratito de descanso antes de almorzar, dijo ella, siempre que hace buen día echo media horita en un banco antes del almuerzo, dijo, y a la una y media arreando a la oficina, No parece muy divertido, dije yo, Qué remedio, dijo ella, Y me puedo dar con un canto en los dientes, dijo, las hay que solo tienen media hora para comer, y esas ya se pueden olvidar del paseíto, eh, Le gusta su profesión, pregunté, Bueno, no está mal, dijo ella, soy facturadora, ¿Le cobra a la gente?, pregunté, y ella dijo Eso es, y yo recogí mis bultos a toda prisa porque no quería quedarme al lado de una que se dedicaba a eso y me fui, No debería existir gente así, pensé mientras me alejaba, Ay, pero los árboles, exclamé para mis adentros, no le he preguntado por los árboles, y con las mismas decidí que le preguntaría a otra persona, Pero a qué otra persona, pensé, cómo escoger a la persona adecuada, alguien amable que sepa, y en esas llegué a una bonita marroquinería, con maletas, bolsos, cinturones, billeteras y cuadernos, y solté los bultos para mirar con tranquilidad y era la mar de curioso pensar que todo aquello habían sido terneros y vacas que pacían en el campo sin sospechar en absoluto que algún día se convertirían en almanaques y carteras, y en chuletas también, pensé entre risas, Esto es la libertad, pensé, mirar un escaparate a la hora que te dé la gana, el tiempo que te dé la gana, y me alegraba de vivir tan bien, y miré los bultos para comprobar que seguían ahí y pensé Si todo el mundo fuera como yo, los vendedores de maletas podrían cerrar, y con las mismas recogí mis bultos y me alejé pensando en varias cosas Y qué hacemos con esa, pensé, la facturadora, por culpa de gente como ella el señor y la señora y la panadera Morizot y todos dicen que hace falta dinero para vivir, si no existieran las facturadoras ni el ridículo dinero todo sería mucho mejor, todo el mundo sería libre de vivir como le apeteciera, Pero yo vivo como me apetece, pensé muy orgullosa, y en esas vi un restaurante bonito que decía self y solté los bultos y pensé Mira, y si me diera el lujo de una comida, dinero tengo, puedo comer lo que me apetezca, además mi libertad hay que celebrarla, conquie andando, vamos a probar, dije, y recogí los bultos y traspasé una bonita puerta de cristal, pero el interior no me gustó nada porque había cola y pensé Qué pasa, que hay que hacer cola para comer, hasta los bueyes son más libres, y pensé Me largo de este tugurio, pero ya estaba atrapada en la cola con un porrón de gente detrás de mí y con los bultos era complicado ir a la contra y todos gritaban a mi espalda, Pues me quedo, qué le vamos a hacer, pensé, y la cola avanzó y me encontré frente a las bandejas y los cubiertos, y cada cual tenía que coger lo suyo y yo estaba

disgustadísima, Qué pasa, que todo el trabajo tiene que hacerlo una, pensé, para esto no vale la pena ir a un restaurante, y en esas alguien me dijo Pero haga el favor de avanzar, y No está viendo que obstruye el paso, es porque estaba pensando si me quedaba o me iba, sobre todo me preguntaba con preocupación cómo iba a poder cargar con los bultos y la bandeja a la vez, pero vi que había una pequeña barandilla, como unos raíles muy brillantes y muy lustrosos, sobre la que cada cual deslizaba su bandeja, y así hice avanzar yo la mía, y pasé por delante de las ensaladas, un montón de platos combinados distintos, y solté los bultos para cavilar y entonces alguien detrás de mí dijo Oiga, circule, y yo muy disgustada dije Oiga, espérese, que me lo estoy pensando, y ellos Es que si todo el mundo hiciera como usted estaríamos aquí hasta las cuatro de la mañana, y yo no contesté y recogí los bultos y empujé la bandeja y a continuación estaban los platos calientes, y ahí me serví pollo con patatas fritas sin dudar porque me daba la risa solo de pensar que iba a comer patatas fritas que no había hecho yo, y además el pollo me parecía un animal tonto y siempre me alegraba de comerme uno de esos bichos lerdos, a continuación se pasaba por delante de los quesos y luego de los yogures y luego de los flanes, y ahí cogí uno para después del pollo, pero en la fruta y la bebida pasé de largo, y entonces se terminaba el mostrador y una señora sentada detrás de una caja mecánica entregaba un pequeño recibo a cada persona, era una cuenta mecánica con el precio que habría que abonar, y a mí ese sistema no me gustó nada, Si no confían en su clientela que no se molesten en montar un restaurante, pensé, Qué pasa, le dije a la señora mecánica, que no solo tenemos que servirnos nosotros sino que encima nos tratan como a escoria, A qué se refiere, dijo ella, Me refiero a que no me gusta que me traten así, dije, Pues haber ido a otro sitio, dijo, y añadió, Por favor, señora, aligere, que está provocando un atasco, no deja pasar a los demás, Bueno, dije, pero no podía avanzar porque la acerita para las bandejas se había terminado y yo no era capaz de acarrear los bultos y la bandeja al mismo tiempo, entonces la señora cajera dijo Déjeme los bultos aquí detrás y vaya a buscar una mesa con la bandeja, De eso nada, exclamé yo, mis bultos son mis bultos y se quedan conmigo, entonces la mujer se volvió y llamó, Claudie, gritó, venga un segundo, y apareció una rubia con los ojos pintarrajeados de negro, Qué, preguntó, y la señora cajera dijo Claudie, ayude a esta señora, llévele la bandeja, y yo dije Gracias y seguí a la persona llamada Claudie, Dónde se quiere poner, preguntó, No lo sé, dije yo, No hay muchos sitios libres, dijo, Nos quedaremos con el primero que encontremos, añadió, y yo pensé Pero si no me gusta no me lo quedo, y en esas ella dijo Mire, aquí hay uno, y yo respondí No, aquí no se ve bien por culpa de la columna, Estamos buenos, dijo ella, como si no tuviera otra cosa que hacer, y justo cuando me disponía a decirle que no me gustaba el restaurante vi un sitio un poco más allá con unas vistas buenas e interesantes, así que nos acercamos y la persona llamada Claudie dejó mi bandeja encima de la mesa y yo puse los bultos entre la pared y yo y con las mismas me senté, y tenía tres vecinos, uno a mi vera y dos enfrente, y pensé Los pobrecitos de enfrente ven la pared, y me volví para ver si la pared era bonita, era de cristal amarillo y morado con franjas de madera castaña y a mí no me habría gustado ver eso mientras comía, ya bastante me fastidiaba que estuviéramos los cuatro tan apretados, y pensaba En mala hora se me ha ocurrido venir, aquí no se es libre en absoluto, se acabó, pensé, es la última vez que voy a un restaurante, para estar como piojos en costura, sin que te sirvan, y sin luz del día, y empecé a comerme las patatas fritas y mientras comía pensé Qué profesión tan horrible la de cajera mecánica, todo el santo día contando con la máquina, todo el santo día viendo pasar comida, llegar cuando el restaurante abre, irse cuando el

restaurante cierra, esa está loca, pensé, Y ahora Al ataque con el pollo, decidí, y con las mismas empecé a cortarlo y a comérmelo y de pronto mientras pensaba en la persona llamada Claudie vi que me había tocado el huesito de los deseos, Qué hago con esto, pensé, Es un pequeño talismán, estas cosas no se tiran, pensé, así que lo rebañé a conciencia con el cuchillo y lo envolví en una servilleta de papel, Un deseo, pensé, qué deseo puedo pedir cuando encuentre a alguien para que tire del hueso conmigo, y me puse a cavilar, y en verdad no me interesaba mucho pedir un deseo, Valiente sarta de pamplinas, pensé, y con las mismas me puse a pensar en otras cosas, y ahora pensaba No veo el momento de salir de este tugurio tan desagradable, con la luz en tubos y una música triste que no pega nada con comer pollo y toda esta gente apretujada, y pensé Quiero salir, quiero volver a la calle, pero qué iba a hacer entonces con el flan, no podía llevármelo porque el tarrito de cristal era de ellos, del restaurante, Pero si me lo dejo, pensé, alguien se lo comerá, y no hay motivo para que yo invite al postre a un desconocido, no lo habría ni tratándose de un conocido, a uno que no conozco menos todavía, y en esas el vecino de enfrente se levantó y una señora ocupó su lugar y empujó un poquito la bandeja sucia del señor en dirección a mí y con las mismas, antes siquiera de empezar a comerse su plato, se puso a fumar un cigarrillo, Yo aquí no me quedo, dije enfurecida a la vez que me levantaba, y agarré tres de los bultos con una mano y un bulto el flan el recibo mecánico y mi bolso con la otra y me alejé en busca de una mesa más amable, muy disgustada porque costaba circular en medio de aquella maraña de gente cargando con los bultos y el flan, y pensé Hasta en casa de la señora eran mejores los almuerzos, de modo que si ahora soy aún menos libre que en casa de la señora de qué me sirve la libertad, y en esas se quedó un sitio libre justo por donde estaba pasando, así que me senté y dejé los bultos apoyados contra la silla y pensé Cuanto antes te comas el flan antes saldrás de aquí, y entonces pasó una camarera para recoger una mesa y dijo No podría poner los bultos en otro sitio, se va a tropezar alguien, y yo respondí Yo con mis paquetes hago lo que me apetece, y ella se encogió de hombros y se fue, y yo seguí comiéndome el flan hasta que por fin se terminó el dichoso almuerzo y me levanté y cogí mis cosas para encaminarme al sitio que decía salida, pero estaba señalizado con flechas y a mí eso no me gustó, Qué pasa, que no puede una ir por donde quiera, pensé, y me disgusté porque precisamente a mí me apetecía torcer a la izquierda y no a la derecha, así que, como yo era una persona libre y no una que obedece a letreros di un rodeo por la parte del fondo a la izquierda, donde no había flechas ni decía SALIDA ni nada, y luego ya sí me dirigí hacia la salida y pensaba Si algún día voy a hacerle una visita a la señora Boisseneau le hablaré de este restaurante tan curioso y tan feo, y en esas llegué a una mesa en la que tenías que entregarle tu recibo a una señora y abonar el precio que marcaba el papel, de modo que solté los bultos y saqué el dinero del bolso y le dije a la señora No me gusta un pelo su restaurante, Y eso por qué, preguntó riendo, Pues por un montón de razones, dije yo, porque no iba a ponerme a explicar por qué, solo faltaba, me habría retrasado, que no es que yo tuviera prisa pero me apenaba el rato que había pasado en aquel sitio, de modo que cogí el cambio que la mujer me devolvía y me marché y por fin estuve en la calle con los árboles y las tiendas y la gente y mi libertad y yo encantada pensé Voy a olvidarme de este almuerzo que ha sido pura tristeza, un fracaso, un cero, casi se me ensombrecía el corazón, pero caminando por el bonito bulevar recobré la felicidad al instante y olvidé el restaurante de mentecatos, Y ahora necesito un banco para hacer la digestión, decidí, pero ni un banco había, Pues cruzaré para visitar el otro lado de la calle y ver si hay bancos, decidí, y como justo había un paso de cebra con semáforos me detuve

en el bordillo de la acera a esperar que el semáforo se pusiera en rojo y pensaba No somos libres de cruzar como nos apetezca, por todos lados nos mandan, Con todo y con eso, son cómodos los semáforos, pensé, además si quieres puedes cruzar aunque no se deba, pero a mí me daban mucho miedo los coches y me alegraba que existieran los semáforos, y así esperé hasta que cambió a verde para los peatones, pero justo cuando me disponía a cruzar torcieron a toda velocidad unos coches de la calle que atravesaba el bulevar, de modo que con semáforo o sin él no había manera de pasar y yo pensé En algún momento dejarán de torcer y podremos pasar, y pensé Los que van en coche no son libres, encerrados, siempre con prisas por llegar a algún sitio, como si algún sitio conocido de antemano fuese la libertad, y los coches venga a torcer hasta que el semáforo cambió y arrancaron de nuevo los coches del bulevar, y otra señora y yo allí plantadas, y la señora dijo Qué susto, Sí, dije yo, Deberíamos hacer como en Suiza, dijo la señora, que hubiera un semáforo general en todos los cruces, así los peatones pueden pasar sin peligro, y en esas se puso en rojo y nos tocaba pasar a nosotras, que nos abalanzamos muy muy rápido antes de que los coches torcieran, y yo mientras cruzaba pensaba No creo que a mí me gustara Suiza, Paul conocía bien Suiza, y hala, ya estaba en la otra acera, también con gente y también con tiendas, y nada más cruzar había una tipa ambulante que vendía peines encima de una mesa, Oye, y mi regalo, pensé, y me puse a mirar un poco los peines, pero los peines son un aburrimiento, habría sido una birria de regalo, Escoja el que más le guste, señora, son todos de cuerno auténtico, dijo la vendedora, y como yo veía que todos eran color beis y los peines no me interesaban lo más mínimo dije No y seguí mi camino, y mientras andaba pensé No está mal ser vendedora en una acera, estás al aire libre, tienes los árboles, el cielo, el sol, los transeúntes, y los días que no te apetece no montas el puesto y nadie te manda, y me dije Pero entonces por qué no hay más vendedores en las aceras, deberían proliferar como hormigas, una profesión en la que puedes instalarte donde te apetece, debajo de un tilo, debajo de un castaño, todos los días en un sitio distinto si te apetece, nunca dos días seguidos en el mismo lugar si no te apetece, y en los lugares que te gustan puedes quedarte un tiempito, y precisamente había otro vendedor ambulante con la mercancía expuesta encima de una mesa, monederos con imágenes en color pintadas, sobre todo de la torre Eiffel y el Arco del Triunfo, y pensé Vender monederos es absurdo, además no vale para nada porque los monederos son para meter dinero dentro y para comprar otro monedero hay que sacar dinero del monedero, de modo que pasé de largo y mientras pasaba pensé en todo esto, y un poco más allá había una caseta que vendía garrapiñadas y cacahuets y chocolate pero a mí esas golosinas no me interesaban lo más mínimo y también pasé de largo y pensé Estos tienen una caseta así que no son tan libres como los demás, Qué divertido este bulevar, pensé, con tantos pequeños espectáculos para distraerse y tantas tiendas bonitas y mientras los demás trabajando, Pero y los pájaros, pensé de pronto, todavía no he visto ni oído ninguno, y ya va siendo hora, digo yo, aparte de las palomas, pero las palomas no cuentan como pájaros, es como si dijéramos que una alcachofa es una flor, Las palomas vuelan, por supuesto, pensé, pero ni por esas puede decirse que sean pájaros, en todo caso no seré yo quien dé de comer a las palomas, ni hablar, a una pequeñita que se haya caído del nido y se haya lastimado, pase, pero a una sana ni hablar, ¿No hay pájaros por aquí?, le pregunté a una vendedora, a una vendedora libre, no a una dependienta, que vendía correas de reloj sin reloj de todo tipo, de cuero, de cocodrilo, de cintas de colores, a mí no me habría interesado vender esas cosas, Claro que sí, hay gorriones, dijo, Pocos, dije yo, Hombre, claro, dijo ella, con tanta gente y

tanto tráfico esto para ellos no es lo que se dice una bicoca, prefieren quedarse en los árboles, Ah, ya, los árboles, pensé tan contenta, A propósito, cómo se llaman esos árboles, pregunté sin pensármelo dos veces, y ella levantó la cabeza y yo me decía para mis adentros Por fin, por fin lo voy a averiguar, pero no, no averigüé nada de nada porque la señora no lo sabía, porque la señora dijo Anda, nunca me había fijado en estos árboles, son bonitos pero de ahí a decirle qué son, eso no, así que dije con sequedad Pues nada, gracias, y recogí los bultos que había dejado en el suelo cuando le había preguntado por los árboles y me fui, Dios le da pan, pensé encogiéndome de hombros, se pasa todo el día ahí, es libre de mirar hacia arriba cuando le apetezca, y todavía no se le había ocurrido mirar hacia arriba, una persona libre que no disfruta de su libertad merecería ser revisora en lo más hondo del metro y que lloviera en sus días de descanso, y la idea me puso contenta y luego contenta no solo por eso sino por todo, contenta por mí, y me decía Tú sí que estás bien, los demás tienen todos miedo, no tienen una vida bonita como tú, y pensé Con lo fácil que es largarse ¿por qué no se largan todos como he hecho yo, tanto les gusta tener patrones? A lo mejor es que no está permitido largarse, pensé, a lo mejor siempre hay que mantener la compostura en una casa y comer a las horas que está mandado, pero en ese caso la señora me habría dicho que no está permitido, la señora y el señor, y si no me lo dijeron es porque está permitido, ellos me dijeron No puede irse porque no tendrá dinero para vivir y para un techo, no me dijeron No puede irse porque está prohibido, de modo que sí está permitido, pensé, tengo que comprarme un regalo sin falta, y me lo juré para mis adentros y hete aquí que, como una señal del destino, a donde estaba llegando había una vendedora ambulante muy tranquila y calladita que vendía guantes dispuestos encima de una mesita frente a ella, y me fijé en que eran guantes de encaje bretones, yo había tenido unos del estilo comprados en Saint-Malo, así que les eché un vistazo, los había blancos y los había beis y pregunté Qué precio tienen, y la señora dijo Diez francos, y Cuáles le gustan, y Quiere probarse algún par, y Vienen de Guingamp, y Deje los bultos en el suelo para probárselos, y yo me disgusté, no necesitaba que nadie me dijera que dejara los bultos en el suelo, los dejaría si me apetecía, Qué pasa, que una ya no es libre, pensé, furiosa, No, dije, solo estaba mirando, pero no me gustan sus guantes de malla, y el beis tampoco me gusta, y diez francos es mucho para un regalo que no te gusta, Bah, dijo ella, no pasa nada si no le gustan puesto que son para regalar, Sí que pasa, respondí, porque son para regalármelos a mí, entonces la vendedora dijo Caramba, digamos que es usted una mujer la mar de original, y yo me puse contenta y dije Sí, digámoslo así, y ella dijo No será usted bretona por un casual, con ese carácter tan terco, Me apuesto a que es usted bretona, añadió, y yo entonces dije No, soltando los bultos, y dije De bretona nada, y ella De dónde es usted entonces, Yo de Toulouse, dije, aunque por supuesto era mentira pero por qué iba yo a contarle mi vida privada a una vendedora que no conocía de nada, además aunque la hubiera conocido no se lo habría contado, Pues yo sí soy bretona, dijo, y yo Ah, por educación aunque no me interesaba en absoluto la conversación, de hecho las conversaciones nunca me interesaban gran cosa, prefería dedicarme a pensar tranquilamente en mis pensamientos o si no a fantasear sin pensar, eso sí me gustaba, Mucho le gusta a usted fantasear, me había dicho la señora, y era verdad, la señora era una buena señora, pero ni por esas me habría quedado, tenía que irme, De Saint-Malo, añadió la vendedora ambulante de guantes, No me diga, dije yo, y entonces pensé Igual esta sabe de árboles, Oiga, dije, a lo mejor sabe usted cómo se llaman los árboles de por aquí, Claro que lo sé, dijo levantando la cabeza en dirección a las hojas, son fresnos, y yo me puse contentísima y levanté

también la cabeza para mirarlos por su nombre, Pero por qué quiere saber eso, me preguntó, y yo No, por nada, De qué sirve en el fondo saberse los nombres de los árboles, añadió, y yo pensé Pues es verdad, tiene razón, y luego No, es un pequeño placer y además por qué no iban a tener los árboles sus propios nombres, y yo estaba contentísima de que la mujer me hubiera dicho el nombre y pensé Voy a agradecerse, y dije Sabe usted, no es verdad que nací en Toulouse, soy bretona, Ya sabía yo, exclamó ella en tono victorioso, me ha engañado con el dichoso Toulouse, y de dónde es entonces, y tuve que pensar rápido en un nombre de ciudad bretona porque era mentira que hubiera nacido en Bretaña, solo lo decía por darle el gusto, por los árboles, De Concarneau, dije, no había pisado jamás aquella localidad pero la señorita Florence había pasado por allí en su viaje por Bretaña con el señor Philippe y me había mandado una postal, Ah, muy bonito Concarneau, dijo la señora ambulante, ¿nació en la Ville Close?, y a mí ahí me entró el pánico, como no sabía qué contestar me inventé rápido una historia dentro de mi cabeza, dije que nos habíamos marchado de allí cuando yo tenía apenas ocho días y que nunca había vuelto, Ya, pero aun así es usted bretona, dijo la mujer, y con las mismas se agachó por debajo de la mesa y sacó un taburete plegable que colocó a su lado, Siéntese aquí un ratito, dijo, así descansa de tanto estar de pie y yo encantada de tener un poco de compañía, y lo cierto es que era una buena oportunidad de sentarme así que me acomodé en el taburete plegable con los bultos a un lado, El día se hace largo, sabe usted, me dijo, ya no se venden muchos guantes, la juventud ha dejado de usarlos, Por no hablar de que estos guantes no valen para nada, dije yo, se cuele todo el frío, Pero es una especialidad, dijo ella, tiene su encanto, dijo, A mi marido le gustaría que dejara esto y me dedicara a otra cosa pero soy una sentimental, les tengo mucho cariño a mis guantes y a mi bulevarcito, Por qué, pregunté yo, viene mucho por aquí, Pues claro que sí, todos los días, exclamó ella, A este mismo sitio, pregunté, Sí, respondió ella, Y por qué no a cualquier otra parte, pregunté, Pues porque la autorización es para aquí, no para cualquier otra parte, respondió ella, Autorización, dije yo, ¿es que una no puede ponerse en el rincón de París que le apetezca? Para vender no, dijo ella, Entonces los vendedores ambulantes no son más libres que los demás, dije, Claro que somos libres, dijo ella muy disgustada, lo que pasa es que hace falta una autorización para montar el tenderete, y luego ya te quedas donde sea, Pues yo soy más libre que ustedes, dije con todo mi orgullo, Por qué, a qué se dedica usted, preguntó ella, A pasear, dije yo, a mirar, a vivir, Y el dinero, dijo ella, cómo lo gana, Dinero, dinero, dije yo, es en lo único que sabe pensar todo el mundo, Qué gracia tiene, dijo, lo que pasa es que dinero siempre hace falta, y mucho, Bah, dije yo, cuando se quiere se puede prescindir de él, y prefiero no tener dinero antes que pedir autorizaciones de acera, como usted, Lo que usted diga, dijo ella en tono cortante, y acto seguido gritó Preciosos guantes bretones, señora, y luego gritó Hechos a mano, y yo me levanté y cogí mis bultos y ella de inmediato plegó el taburete y lo guardó debajo de la mesa, y a mí eso me sentó muy mal, era como una afrenta, ya había sido una afrenta que se pusiera a pregonar la mercancía, así que pensé Con una afrenta aún le habría dicho Adiós, pero con dos ni hablar, ni siquiera pienso hacerle un gesto con la cabeza, y me fui sin mirar atrás, me habría gustado darme la vuelta pero no debía dar muestras de interés por ella ni de echar de menos su taburete de modo que seguí y escupí al suelo de mal humor, por lo general no escupía pero como era libre y estaba enfadada podía permitírmelo, Me largo de aquí, decidí, además prefiero la otra acera, en el próximo paso de cebra cruzo, y seguí por ese lado del bulevar, pero sin mirar las tiendas, bueno, un poquito sí las miraba, pero de lejos, sin acercarme, sin pararme, y por el otro

lado había más tenderetes y casetitas, a esos también les daba un vistazo de pasada pero sin pararme tampoco, y pensaba Total, que son todavía menos libres que los comerciantes de las tiendas porque los ambulantes necesitan autorización, y pensaba Son todavía más lerdos que los otros, hasta que de pronto vi un vendedor ambulante con mucha gente alrededor, y el hombre gritaba Acérquense, señoras, me lo agradecerán, y como yo quería ver qué vendía me acerqué y estiré la cabeza para ver la mercancía, porque con tanta gente delante no veía nada y por culpa de los bultos no podía colarme, pero alargando el cuello logré distinguir algo entre las cabezas, y el gritón decía Con esto ya no llorarán más, señoras, ya no llorarán más cuando piquen cebollas y puerros, y en las manos sostenía un montón de bártulos de cocina, una cebolla y un puerro y su cachivache, y en esas yo dije muy alto No hay necesidad de ese trasto, con meter la cebolla en agua fría es suficiente, y las mujeres se rieron y él, el vendedor ambulante, dijo Al que no le interese se puede marchar, así que me fui y él venga a gritar Ya no llorarán más, señoras, El sistema milagroso contra las lágrimas, señoras, y yo pensé Lo que haría falta sería un sistema milagroso contra las lágrimas de pena, no contra las lágrimas de puerro, y me encogí de hombros y llegué al paso de cebra y como había un guardia fue fácil cruzar y hala, ya estaba de nuevo en el otro lado, que enseguida me gustó más y me puso más contenta, sobre todo porque justo había un banco, con una sola mujer sentada, así que dejé los bultos y me senté junto a ellos, de nuevo estaba encantada, Pero aun así no puedo quedarme aquí, pensé, no es un bulevar para vivir, está bien para venir de vez en cuando, pero para quedarse siempre no, Voy a coger el metro para ir a cualquier parte, pensé, además, lo más importante, me daba miedo que la mujer me hablara, yo no tenía ganas de hablar y amargarme la buena vida a base de palique, así que pensé Voy a cerrar los ojos para que nadie me hable, Pero entonces cómo voy a vigilar los bultos, pensé con preocupación, que el mundo está lleno de sinvergüenzas, pensé, desde luego la señora de al lado podría gritar Al ladrón pero si ella también cierra los ojos por miedo a que yo le dirija la palabra tampoco verá que me están robando los bultos, entonces pensé Prefiero mil veces que me hable ella a que me roben los bultos, pero como ni por esas tenía ganas de que me hablara me levanté y cogí mis bultos y me dirigí hacia el metro, Y por qué no coger el autobús, pensé de repente, en vez de viajar bajo tierra como una muerta, Es mejor el autobús, pensé, es divertido y ves todas las calles y a los transeúntes, así que no se hable más, pensé, el próximo que vea lo cojo, y me puso contentísima la idea de poner rumbo hacia quién sabe dónde, Qué bonita la vida, pensaba, más bonita que una fiesta, pero nadie sabe lo bonita que es porque todos se quedan muy formalitos en su casa y en la casa de sus patrones, como perros en su caseta, pensé, y entonces pensé Pero los perros son mejores porque no trabajan, a ellos el dinero les trae sin cuidado, con todo y con eso a mí los perros no me gustan, pensé, son también unos lerdos, y entretanto caminaba hasta que vi un quiosco de prensa y pregunté dónde se cogía el autobús, Cuál, me preguntó el quiosquero, Lo mismo me da, dije yo, el más cercano, Tiene una parada en la esquina, dijo él, y di unos cuantos pasos y era verdad había un poste de autobús y gente esperando así que dejé los bultos en el suelo y esperé igual que ellos y en estas llegó gente nueva que cogía papelitos de una maquinita enganchada al poste, ¿Hay que coger uno de esos?, le pregunté a un señor, Sí, dijo él, son los turnos, así que cogí uno en el que salía el número 487 y me disgusté una barbaridad, Qué pasa, que no puede una ser libre en la calle, pensé, si esas tenemos, pensé, cogeré el metro, el metro es subterráneo pero por lo menos no te numeran, y en ese momento llegó el autobús y decidí cogerlo igualmente, dichoso autobús, y recogí mis bultos

y en esas bajaron pasajeros y entonces el revisor dijo Los números, por favor, y cada cual fue subiendo por orden tras enseñar el billete, y yo enseñé el mío todo arrugado aposta, y cuando todo el mundo estuvo dentro el autobús se puso en marcha y el revisor dijo Señora, quédese en la plataforma con los paquetes, por favor, justo cuando yo me encaminaba por el pasillito para ir a sentarme, así que me hice la sorda y seguí avanzando, y entonces él repitió más alto Señora, a la plataforma, por favor, y con las mismas me giré toda enfurecida y grité ¿Hay alguna ley que impida que una señora cargada de bultos se siente? Sí, dijo él, el reglamento prohíbe las maletas y los bultos voluminosos, y yo contesté Los bultos siempre son voluminosos, si no, no serían bultos, y guardé mis bultos debajo de unos asientos y me senté y volví la cara hacia la calle para no ver a nadie más, no quería saber nada más de todos esos fabricantes de prohibiciones y obedecedores de prohibiciones, y pensé En cuanto vea un sitio que me guste me bajo, y me sentí de nuevo libre y contenta y empecé a disfrutar del viaje y pensé Ayer a esta hora estaba en casa de la señora y nadie tenía ni idea de que iba a marcharme, ni siquiera yo, y es que así es la vida, y en esas volví la cabeza porque oí el curioso ruidillo de la máquina del revisor, una máquina que daba vueltas a los billetes, y me quedé mirando porque me gustaba mucho aquella máquina, Su billete, dijo cuando llegó a mi altura, No tengo, dije yo, A dónde va, preguntó él, No lo sé, dije yo, a una avenida bonita con bancos a poder ser, y él caviló un momento y dijo Dos billetes, y se baja cuando yo le diga, Y si quiero llegar hasta el final de la línea, pregunté, Entonces son cuatro billetes, dijo él, y yo Entonces hasta el final, y le di dinero y él se puso a dar vueltas a mis billetes y se fue y yo pensé Adiós muy buenas, Vamos, pensé, que tendría que haberme bajado cuando él me lo ordenara, en cambio si pago hasta el final de la línea puedo bajarme donde me apetezca, Solo faltaba, no iba ese a disponerme la vida, pensé, Debe de ganar un buen dinero el de los billetes, pensé, todo el día vendiendo billetitos, por eso será tan soberbio, pensé, porque es rico, Pero entonces, pensé, si es rico ¿por qué sigue dedicándose a una profesión tan ridícula? Yo si fuera rica no me dedicaría a una profesión que obligara a llevar gorra, pensé, si uno no es libre de vestir como le apetezca, pensé, es el colmo de los colmos, Una gorra para qué sirve, a mí que me lo expliquen, pensé mientras veía la calle pasar, y en esas pensé Esta calle no está bien, muy gris, no tiene apenas tiendas, no vale la pena meterse en un autobús para recorrer calles tristes, y justo cuando estaba pensando en eso la calle se acabó y salimos a una plaza bonita y muy animada llena de coches y de calles que desembocaban y de fuentes con angelotes en la punta y pensé Me pregunto si la señora Boisseneau conocerá esta plaza, mucho me extrañaría, y en el momento en que pensaba en el señor Boisseneau, el marido de la señora Boisseneau, el autobús pasó por debajo de una casa y llegó a un jardín inmenso con flores bien plantadas y bien cuidadas y un pequeño monumento rosa muy cómico con caballos verdes en el tejado, y pensé Estas cosas en metro no se ven, desde luego los de los autobuses no son lo que se dice amables pero se disfruta más, Y quién rastrillará todo eso, pensé, quizá los colegiales los sábados, pensé, porque la profesión de rastrillador no existe, pero el autobús seguía circulando y el jardín se había acabado y ahora bordeábamos el Sena, pero era diminuto, todo gris, escondido, así que me puse a mirar para el otro lado y en el otro lado había un edificio grande como un colegio, O puede que sea la estación de Lyon, pensé, y en esas apareció un jardincillo estrecho sin ningún interés, hierba corriente y moliente, y pensé Por qué no harán un huerto ahí, un huerto es una cosa preciosa, a mí me habría encantado tener un huerto, los huertos son aún más bonitos que los jardines floridos, la señora no tenía huerto en su campo, y entonces se acabó el jardincillo y

ahora había tiendas, pero no tiendas como en las otras calles, sino tiendas con un porrón de mercancía en la acera, tiendas que vendían semillas, pájaros, plantas, arbustos, y yo maravillada, La pajarería del mirlo blanco, leí, y El paraíso de las aves, y Semillas maravillosas, y decidí bajar porque me gustaba mucho todo aquello, pensé Puesto que eres una persona libre, puedes mirarlo todo, ni los comerciantes pueden impedirte que eches un vistazo a su mercancía, y con las mismas me agaché para recoger los bultos de debajo de los asientos, pero como había mucha gente sentada era un poco incómodo, saqué uno y al ponerlo encima de mi asiento vi que las tiendas bonitas se habían acabado y lo que había ahora era una tapia gris, y yo pensé Mala suerte, pues no me bajo, y guardé otra vez el paquete debajo del asiento, era el paquete con las cartas de Paul, o puede que fuera el de mis calcetines de lana y mi bufanda, las cajas eran iguales, así que no sabía cuál contenía los calcetines y cuál las cartas, Ahora enseguida les pondré una marca para distinguirlas, pensé, pero una marca que la gente no comprenda, En la caja de las cartas pondré una P, pensé, y me puse a buscar un lápiz en el bolso pero como no quería que mi vecina de asiento cotilleara lo que llevaba en el bolso solo busqué un poco y no encontré lápiz, y de pronto el autobús torció y pasamos por encima del Sena y yo tan contenta, pensaba Es como viajar de verdad, atravesando ríos, y al minuto siguiente atravesamos otro río, Es el Marne, pensé, y era precioso había un muro con hiedra que bajaba hasta el agua, Estaremos todavía en París, me dije, igual esto es el extrarradio, pensé, pero no quería preguntarle al revisor de la gorra porque no me gustaba un pelo y yo a él tampoco debía de caerle muy bien porque no había querido que me sentara, Esto es París todavía, le pregunté a mi vecino de asiento, Y tanto, señora, respondió él, Veo que anda un poco perdida, añadió, ¿dónde tiene que bajarse? En la última, dije, sin dejar de preguntarme a santo de qué tantas preguntas, Entonces aún le queda, dijo, y así acabó la conversación y pensé Hay que ver lo grande que es París, y pensé Está muy bien ir a cualquier parte, la vida de verdad es esto, como una aventura, los demás no hacen esto, siempre van a algún sitio concreto, y si llegan tarde piensan Llego tarde, llego tarde, y en vez de mirar la calle y entretenerse y disfrutar piensan disculpas para las personas con las que se han citado, como si disculparse fuera ser libre, por qué disculparnos si nuestra vida es nuestra, hacemos con ella lo que nos apetece, así que por qué disculparnos por algo que hemos elegido hacer, y en estas el autobús subió una calle y dimos a una placita preciosa con bancos y árboles, y con las mismas dije Perdón, perdón, para sacar rápido mis bultos de debajo de los asientos, y al ver que mientras los recogía del suelo el autobús arrancaba otra vez grité al revisor Espere, espere, que me bajo aquí, pero él respondió a gritos desde su plataforma Demasiado tarde, haberlo pensado antes, baje en la siguiente, añadió, y yo volví a sentarme con los bultos en el regazo y mi vecino, el que había sido tan indiscreto, me dijo Le aconsejo que solicite la parada y se dirija ya hacia la plataforma, a lo que yo respondí con un Gracias seco y me levanté del asiento acarreando los bultos, un poco disgustada con la situación, además no sabía dónde estaba el botón para solicitar la parada, menos mal que una señora delante de mí lo pulsó y al instante el autobús se detuvo y bajé y pensé De modo que pulsas y se para, pues vaya una profesión la de conductor de autobuses, obedecer a un timbre, como yo en casa de la señora para indicar que ya se podía pasar a la mesa, solo que yo no llevaba una gorra ridícula y lo que sonaba en la casa de la señora no era un timbre mecánico sino una campanilla preciosa, además muchas veces fingía no oírla, qué lejos quedaba ahora todo eso, la casa de la señora, y la campanilla, y la señorita Florence que entraba en la cocina dos minutos después y decía Me parece que no ha oído usted la

campanilla, y yo decía No, no la he oído, y la risa me desbordaba el corazón porque en ese momento la patrona era yo, no la señora, y en todo esto pensaba mientras bajaba la calle en dirección a la placita por la que había pasado el autobús, quedaba muy cerca y en la acera había tiendas y transeúntes así que no me aburrí como en una calle gris, hasta que hala ya estaba en la plaza y yo tan contenta de haber cogido aquel autobús que me había llevado hasta una placita tan preciosa, con bancos tranquilos y árboles, y con las mismas dejé los bultos en un banco y me senté y pensé Todo lo que haces te sale bien, y sonreí, estar allí era como nadar en un mar de nubes, tan contenta, sin pensar en nada más que en lo bien que estaba y en que mi vida era mía y de nadie más, y en esas levanté la cabeza para mirar los árboles y eran árboles con unas hojas como nenúfares pequeños, hojas grandes y redondas, inmensas, y los árboles tenían unos troncos pequeños y negros muy retorcidos, y pensé Nunca había visto unos árboles así, no deben de ser franceses, y entonces pensé Cazador furtivo es una profesión bonita, te conoces bien los bosques y oyes el canto de los pájaros, y volví a mirar hacia arriba para comprobar si había pájaros posados en los árboles y vi revolotear uno o dos gorriónillos grises, pero sin interés, y de pronto pensé Y mi regalo, que no lo he comprado, y procuré que se me ocurriera alguna idea, pero a todas las ideas yo misma respondía que no, y no conseguía que se me ocurrieran buenas ideas porque el quiosquero que había cerca de la estación del metro y cerca de mi banco no paraba de pregonar los nombres de los periódicos que vendía, debía de haber salido a hacer un mandado o a beber algo porque cuando yo había llegado los periódicos estaban pero él no, incluso había pensado Mira qué bien este vendedor o esta vendedora que deja la mercancía sola y confía en que la clientela pagará el periódico que se lleve como está mandado, pero ahora que el hombre estaba ahí dando gritos y amargándose la vida ya no me parecía nada bien, me sacaba de quicio, me irritaba tanto vocerío, así que para intentar olvidarlo rebusqué en el bolso para sacar la caja de pastillas de regaliz y tomarme una, pero en vez de eso di con un lapicito, así que lo cogí y cogí la caja donde estaban las cartas de Paul y escribí una P en una de las esquinas, y abrí un poquito la caja para comprobar que era la correcta pero justo era la caja de los calcetines, así que taché la P y la escribí en la caja que sí era y mientras tanto el gritón venga a gritar, y yo le grité Silencio, ya está bien de pregonar, y él gritó Si tanto te molesta, comadre, te vas a otro sitio, y yo entonces grité Acaso es suya la plaza, pero él no me respondió y siguió gritando el nombre de su mercancía y yo ya no podía pensar en nada pero aun así no me moví porque a pesar de todo me gustaba la plaza, sobre todo porque la boca del metro quedaba justo al lado de mi banco y veía a la gente entrar y salir y así me entretenía, además había también un señor que vendía vestidos colgados de una puerta, al aire libre, era la mar de curioso ver todos esos vestidos sin escaparate, era como en el mercado, y pensé A la señora Boisseneau y a la polaca no les haría ninguna gracia que hubiera un porrón de vestidos colgando en la puerta de su edificio, y allí me quedé un buen rato a pesar de los periódicos que pregonaba el tipo, hasta que de pronto hubo como una pequeña corriente de aire y pensé Es verdad, que estamos en un cruce, de ahí el viento, y entonces pensé Voy a ponerme en marcha y luego a comprar el regalo, y me levanté tan contenta y cargando con los bultos enfilé la calle donde estaban las tiendas, la calle por la que había pasado en el autobús cuando el revisor no había querido parar y que luego yo había recorrido a pie, pero no se me ocurrían ideas para el regalo, las tiendas eran sobre todo fruterías y lecherías y con eso no apañaba un regalo, había también droguerías pero ahí venden sobre todo perchas, cazuelas y escobas, y qué iba a hacer yo con una percha o una escoba, pensé, y me eché a reír por la

ocurrencia, me eché a reír, pensé Si me compro una percha dónde la voy a colgar, y me reí y pensé Si me compro una percha tendré que comprarme también un ropero para colgar la percha, y luego una casa para meter el ropero, pues sí que me va a salir caro el regalo de libertad, y para colmo dejaría de ser libre porque tendría una casa, y no se es libre cuando se tiene una casa, Y la escoba, ídem, pensé, hace falta una casa, y la cazuela igual, además todo eso son utensilios de trabajo, pensé, no valen para un regalo, ¿Sería un buen regalo una postal bonita a todo color?, pensé al pasar por delante de una papelería que tenía un expositor de postales en la acera, y dejé los bultos en el suelo y me puse a mirar las postales, que eran unas postales muy bonitas de París a todo color, y salía el bonito jardín florido por donde había pasado el autobús, y pensé Ya está, me compro esto de recuerdo, pero entonces pensé No, no quiero un recuerdo de ese autobús tan miserable, y con las mismas recogí los bultos y seguí andando, pero no por muchos metros porque la calle se terminaba, luego había un jardín grande a un lado y ninguna tienda más, así que me dije Voy a coger la otra acera que vuelve a la plaza, era la misma que había cogido al bajar del autobús, pero como no estaba pensando en mi regalo en ese momento, en el momento en que me había bajado del autobús, no había mirado bien las tiendas, y pensé Ahora las miraré pensando en mi regalo, y crucé y en el otro lado había una corsetería y a mí me dio risa aquel escaparate absurdo, y luego había más fruteros, y también me dio risa que se usara la misma palabra para un recipiente y para un comerciante, y luego había una farmacia y pensé Las farmacias son negocios serios no venden regalos, y luego había una floristería y yo no pensaba en las flores sino en dónde iba a pasar la noche, de pronto, sin más ni más, pensé Y dónde voy yo a pasar la noche, y al mismo tiempo estaban las flores en la acera y yo que pasaba por delante, Y por qué no me compro unas flores para celebrar mi libertad, pensé, ¿Y si ese fuera mi regalo?, pensé, y me decidí, paré y dejé los bultos en el suelo para asegurarme del todo, y en esas pensé Una flor siempre será mejor que un ramo, y me puso muy contenta la idea de tener una flor, Hará bonito, pensé, y los demás son unos mentecatos, pensé, y con las mismas cogí los bultos y entré en la tienda y la dependienta me dijo Qué desea, señora, y yo dije Es para un regalo, quiero llevarme una flor, Una flor en maceta, preguntó la florista, y yo dije No, una flor normal, y ella En ese caso llévese una rosa, precisamente tengo unas baccara preciosas, y yo Sí pero déjeme el tallo muy corto y no me la envuelva, Pero si es para un regalo, dijo ella, Eso es cosa mía, dije yo, y ella Es un crimen cortarle el tallo a una baccara, Eso también es cosa mía, dije, y la mujer cortó el tallo y yo pagué, metí la rosa por debajo del cordel de una de mis cajas y me fui, y en la calle di unos pasos y me quedé preocupada, pensé Le hará falta agua, y luego pensé en la tontorróna que quería venderme una flor en una maceta, cómo me las habría apañado para trasegar con todo, los bultos, el bolso, la maceta, Es bonito y agradable vender flores, pensé, lo malo es tener que vender también las flores que no te gustan, y meter los pies en agua, y las manos también, conque no, no es una buena profesión, y yo venga a andar, aunque me daba miedo que la baccara se asfixiara bajo el cordel y entonces pensé Por qué les pondrán unos nombres tan curiosos a las pobres rosas, una rosa es una rosa y no hay más vuelta de hoja, y luego pensé Pero si no tiene agua es una rosa marchita condenada y entonces qué pasa con mi regalo, y me disgustó la idea de que mi regalo se muriera tan rápido y pensé Igual debería haberme comprado un pájaro, un pájaro precioso rojo y verde, pero tener un pájaro no era ser libre así que me saqué el pájaro de la cabeza y se me ocurrió una idea, había una tienda de comestibles y dije Caballero, un botellín de Coca-Cola, por favor, y él Aquí tiene, y le pagué y dije ¿Me puede abrir la botella y tirar la cola

y poner agua limpia? Pero por qué, preguntó él con cara de bobo, Porque sí, dije yo, para poner mi rosa, ya ve que así se me va a morir, Pero haberlo dicho antes, dijo él, le vendo una botella vacía, y entonces me devolvió casi todo el dinero y me dio un botellín lleno de agua en vez del de cola, y yo dije Es usted muy amable y muy bueno, señor, y metí la rosa en la botella enseguida, pero cuando quise marcharme no sabía cómo sostener la botella porque tenía las manos ocupadas con el bolso y los bultos, Va un poco incómoda, dijo él, el tendero, y yo mientras buscando la manera de cargar con todo aquello, Va usted muy lejos, preguntó, No lo sé, dije, Puede ser, dije, Mire, me propuso, abra una de las cajas y plante el botellín de pie dentro, Y mis cosas que se queden sin cerrar, ¿no?, dije yo, Mire, dijo él, si quiere le hago un boquete en la tapa de una de las cajas para que pueda encajar el botellín, y eso sí me gustó y le di la caja donde llevaba la falda y el gorro de lana verde y él practicó un redondel en la tapa e introdujimos la botella, quedaba preciosa la rosa asomando y dije Es usted muy amable, y él contestó una fórmula de cortesía como que no tenía importancia, y yo salí tan contenta con mis cosas y en la calle me sentí orgullosa y pensé Cuando se marchite un poco la secaré y la conservaré para siempre, Y ahora qué hago, pensé, Ahora volvemos al banco, decidí, Aunque el vendedor de periódicos seguirá allí, pensé, pero yo necesitaba descansar un ratito, Me pondré en el banco más alejado del vendedor, pensé, porque había tres bancos en la plaza, y cuando llegué ocupé el banco, el banco que yo había decidido y que justo estaba vacío, en los demás había gente sentada, y solté las cajas, con la de la rosa más cerca de mí, y yo tan contenta y además era ese momento a media tarde en el que los pájaros cantan y me puse a escuchar el pío pío y esa era la vida que yo quería, con los árboles y la flor y los pájaros, y no pensaba en nada, estaba contenta, soñaba despierta, Si los demás supieran qué vida tan bonita llevas, pensé, con los árboles y los pájaros y una plaza preciosa y gente pasando, Qué día tan bonito, pensé, todo el mundo debería vivir así de libre, pensé, y los pájaros de repente se callaron, fin del pequeño recital, pero el otro, el vendedor de periódicos, no callaba, y entonces pensé Ahora mejor me voy, lo último que quiero es que este tipejo asqueroso me amargue el disfrute, y con las mismas cogí mis bultos y me fui por una bocacalle que subía y pensaba Qué bien la vida, y de pronto me dio por pensar Ya que tengo dinero, por qué no pasar la noche en un hotel, dormir en una cama no va en contra de la libertad porque la cama no es mía y porque puedo irme del hotel en plena noche si me apetece, y en todo eso pensaba y me habría dado igual pasar la noche al raso pero no sabía dónde y me daba miedo que en cualquier sitio me robaran los bultos mientras dormía, y todo esto me decía mientras subía bocacalles, hasta que llegué a otra placita preciosa con árboles y cafés y chinos, Mira que son bajitos los chinos, pensé, no como nosotros, son bajitos y avispados, bajitos salta a la vista, y lo de avispados me lo había contado Paul, y yo venga a coger calles, y ahora buscaba un hotel y todo aquello me distraía y estaba como unas pascuas y pensé Mis conocidos, la señora Boisseneau, la señora polaca y todos los demás, no se imaginan siquiera lo mucho que me gusta esto, todo esto, y en la acera de enfrente vi una casa que ponía hotel pero no ponía Hotel de Tal y yo no quería que mi hotel no tuviera nombre, además todas las contraventanas estaban cerradas y pensé Si no tiene clientela eso demuestra que no es bueno, conque no seré yo quien entre ahí, y con las mismas seguí andando y al torcer por una calle vi un hotel con un cartel que decía Café-Hôtel Saint-Barnabé, y a mí aquello sí me interesó, pensé Por lo menos no lloverá, o eso dice el refrán, y me hizo reír mi propia gracieta y crucé para comprobar que las contraventanas no estuvieran cerradas como en el otro hotel, pero como no había contraventanas no pude

comprobar si estaban cerradas así que volví a cruzar y entré en el pequeño café porque por ahí se entraba, y había un señor detrás de una barra fregando vasos y me dijo Qué desea, y yo Quería una habitación, y él Para cuánto tiempo, y yo Para una noche, y él Está usted sola, y yo pensé Será preguntón, y pensé Como esto siga así me largo, y entonces volvió a preguntar Que si está usted sola, y me puse hecha una furia y dije Le quedan muchas preguntas todavía, Pero mujer, dijo él, tendré que saberlo, y era verdad, tenía razón, así que dije Sí, estoy sola, y él llamó Renata, Renata, y apareció una morena oscurita con el pelo negrísimo y los ojos negrísimos y el patrón dijo Renata, enséñale la 14 a esta señora, y la morena dijo Venga conmigo, y cogimos unas escaleritas y subimos una planta y la mujer dijo Es en el segundo, así que subimos otra planta y recorrimos un pasillo y ella abrió una puerta y dijo Aquí es, y yo entré y era un cuarto diminuto con una cama y una mesa con una palangana y un jarro de agua encima y una ventana que daba a un patio, y la morena dijo El baño está en el primero, y me dijo el precio y pensé Qué sorpresa se llevaría el señor si supiera que me permito noches de hotel, y la señora igual, y con las mismas dije Sí, me gusta, y bajamos y abajo el patrón hablaba con un cliente y cuando nos vio llegar dijo Y bien, Se queda, dijo la morena, y a mí me dijo Anda, pero si ha bajado usted los bultos, podría haberlos dejado arriba, Sí pero es que voy a darme una vueltecita, dije, Pero se queda, preguntó el patrón, Sí, dije yo, Entonces, dijo él, si es tan amable, se paga por adelantado, por favor, ¿Por adelantado?, dije yo, Sí, dijo el patrón, como comprenderá si le reservo una habitación tengo que tener una garantía de que va a volver, Es que yo no quiero pagar por adelantado, dije, pagar por adelantado no es ser libre porque entonces estaré obligada a volver, y si pago por adelantado no puedo cambiar de opinión, y el patrón se echó a reír y dijo Precisamente por eso pido el pago por adelantado, o si lo prefiere, añadió, deje el equipaje en la habitación, así yo me aseguro de que volverá, Y qué será lo siguiente, exclamé, cómo que dejarle los bultos, el tipo se estaba pasando de la raya, Yo sin una garantía no puedo reservarle la habitación, dijo, ¿Es así por ley, es así en todos los hoteles?, pregunté, Por lo general sí, dijo él, Pero aquí va a estar estupendamente, ya lo verá, dijo la morena, Renata, pensé, ese nombre no es de aquí, Mire, dije, volveré dentro de un par de horas y si la habitación se la ha quedado otro pues qué le vamos a hacer, De acuerdo, como quiera, dijo el patrón, y siguió hablando con su cliente y la morena se retiró por una puerta no sé a dónde, y con las mismas cogí mis bultos y me fui y tan contenta, hasta que de repente me trastornó un pensamiento que me dejó preocupada No se los veía muy molestos por que me fuera, pensé, eso demuestra que tienen clientela a porrillo y que de aquí a diez minutos mi habitación la ocupará uno de Burdeos o de América a pesar de que es mi habitación porque yo he decidido pasar ahí la noche, así que solté los bultos en el suelo y pensé Qué hago, y estaba preocupada y me decía Puede que ahora mismo alguien esté ocupando mi habitación, pero entonces pensé Como si en París solo hubiera un hotel, y cogí mis bultos y torcí por una calle para buscar otros hoteles, y recorrí varias calles y luego varias más pero no eran calles con hoteles, así que decidí volver a lo de san Bernabé y justo en ese momento, en el momento en que me disponía a dar media vuelta para desandar el camino, vi escrito Hôtel du Lotus un poco más allá, así que me acerqué y entré y una señora salió de detrás de un escritorio pequeño y dijo Sí, dígame, y yo Quería una habitación, y ella miró de arriba abajo mis bultos y preguntó con cara de extrañeza Está usted sola, y yo pensé Ya estamos otra vez con las preguntitas, y dije Sí, estoy sola, y ella Lo siento, señora, no tenemos habitaciones para personas solas, Entonces a qué tanto preguntar, dije enfurecida, Mire, señora, dijo ella, yo con usted no

voy a discutir, esto no es un hotel para personas solas, ea, ya encontrará otro sitio, y abrió la puerta, y yo hecha una furia pensando Me está echando, y con las mismas me fui sin dirigirle la palabra a esa persona, Qué pasa, pensé ya en la calle, que no tiene una derecho a estar sola, manda narices la cosa, y si un cura o un viudo quisieran pasar la noche en este hotel, ¿no los aceptarían?, así que terminé de decidirme a volver al hotel de la morena, Por lo menos allí tiene una derecho a estar sola, pensé, Puede que por eso haya que pagar por adelantado, y con las mismas cogí las calles de antes en dirección contraria, pero no había manera de dar con el hotel, así que pregunté a un transeúnte Ha desaparecido el hotel Saint-Barnabé, pero el transeúnte no sabía, me dijo No conozco ese hotel, y en esas vi una camionetilla que vendía fruta y le pregunté a la frutera por el hotel y ella sí sabía, La siguiente a mano izquierda, me dijo, y yo le hice caso y tiré por esa calle y era verdad, ahí estaba, total que entré y el patrón estaba escuchando música bajita en una radio y nada más verme dijo Qué, se ha decidido, y yo Sí, Pues ha tenido suerte porque su habitación está libre todavía, dijo, Mire, dije yo, todavía me apetece dar un paseo, ¿le parece bien si le dejo un bulto? ¿Uno solamente?, preguntó él, y quién me dice a mí que en esa caja no lleva un montón de periódicos viejos, añadió, No llevo periódicos viejos, dije, llevo mi ropa, Usted qué va a decir, dijo él, el patrón, y era verdad, por qué iba a creermelo si no me conocía de nada, así que abrí la caja de los calcetines para enseñárselos y él dijo Bueno, pero me deja dos cajas, Una, dije yo, Oiga, se acabó la discusión, dijo él, o dos o nada, Oiga, se acabó la discusión, dije yo, o una o nada, y en esas la morena, que estaba sirviendo bebidas en una mesa, dijo Deja, Marcel, con un bulto vale, y el patrón dijo De acuerdo, un bulto, ya que la patrona no ve inconveniente, y yo dije Menos mal, ya era hora, y él Aquí tiene la llave, súbalo a la habitación, y cogí la llave y cogí todos mis bultos y subí las dos plantas, y en la habitación puse la caja con los calcetines encima de la cama pero saqué unos calcetines que estaban dentro y los metí en la caja del gorro introduciéndolos a través del boquete del botellín para hacerlo más rápido, y en la caja de los calcetines, la que iba a dejar allí, añadí una cajita de regalices vacía y le puse el cordel a toda prisa y bajé con las demás cajas y dije Hasta luego y ellos contestaron Hasta luego, y listo, ya estaba fuera, libre, con tres cajas solamente, y mientras andaba pensaba Volveré si me apetece, y pensaba Con un par de calcetines y una bufanda que he dejado me daría igual no volver, y me reía por ser tan cuca, y pensé Voy a volver al banco de hace un rato, y fui por donde había llegado hasta que de pronto me sobresalté, aquello era una calamidad, la flor, me la había olvidado en la habitación del hotel, así que me paré en seco, en medio de la acera, había sacado el botellín para meter más rápido los calcetines en la caja, lo había dejado en el suelo y lo había olvidado, y pensé Mi regalo con su pequeño sistema de mantenimiento, a eso sí que le tengo cariño, y pensé Ahora es como si estuviera encadenada por culpa de una flor que tengo en otra parte, Pues vuelvo a buscarla, decidí, y entonces pensé No, no me van a dejar cogerla, pero seguí andando hecha una furia, Solo faltaba, son mis cosas, mías y de nadie más, pensé, por qué iba nadie a impedirme que las coja, y entonces llegué a la placita y me senté en el banco más alejado del vendedor de periódicos, pero me preocupaban la caja y la rosa, No hay libertad cuando no llevas contigo todas tus pertenencias, pensé, y no pensaba en otra cosa, y el gran espectáculo de la plaza con la gente en movimiento, y las conversaciones, y los coches que pasaban, como si no existieran, yo pensaba en mis pertenencias, no disfrutaba, Pues voy a seguir andando, decidí, andar tranquiliza, además esta plaza tampoco es tan estupenda con el dichoso quiosquero que se cree que la ciudad es suya, Si todo el mundo gritara así, pensé, menuda alegría

sería la vida, y hala, eché a andar con mis bultos bajo las primeras luces del anochecer, y también me gustaba esa hora del día, pero dividía mis pensamientos entre la caja con la bufanda y la baccara con mucha preocupación, Y la cena, pensé de pronto, y caminé pensando un poco en ese asunto, Voy a comprarme un tomate y algo de pan, pensé, y comeré en la habitación, mejor que en un restaurante, los restaurantes ya he visto cómo son, además no tengo cuerpo de ir a un restaurante, pensé, sin tener conmigo la mitad de mis pertenencias, y apreté el paso para volver cuanto antes, Volver, pensé, no me gusta eso, la libertad es no tener un lugar al que volver, pensé, y si lo tengo es que no soy libre y ya se ha fastidiado todo, mi día, mi libertad, y estaba muy disgustada, En mala hora se me ha ocurrido meterme en un hotel, pensé, y ahora si no vuelvo me quedo sin mi regalo, me quedo sin el par de calcetines viejos y sin la bufanda, que la bufanda no me gusta pero aun así es de lana buena para el invierno, y a mí no me hacía ninguna gracia perder todo aquello, así que en la primera tienda de comestibles que se cruzó en mi camino compré un tomate y me lo guardé en el bolsillo y pensé Y ahora el pan, y en la calle caía la noche y yo pensaba Mis cosas, qué será de ellas, lo mismo hasta me las han robado, pensé, y pese a todo no me preocupaba demasiado porque así habría podido mandar a freír espárragos el hotel y ser libre de nuevo, y en esas vi una panadería que se llamaba Noël y entré y compré un pedazo de pan y me fui, pero en la calle lo solté todo y abrí la caja de la falda y metí el pan dentro y con las mismas le até el cordel y me puse de nuevo en marcha rumbo al hotel, solo que otra vez no lo encontraba, había tirado por el camino que no era, Los caminos no están hechos para ir a un lugar concreto, pensé, los caminos están hechos para ir sin más, para ir sin una meta, y si no hubiera tenido la caja y el regalo esperándome habría cogido el camino a cualquier parte, pero esta pamplina me había amargado el disfrute, y encima lo peor de todo es que ni siquiera era capaz de reunirme con ellas, con mis cosas, porque a saber dónde quedaba el hotel, yo ni idea, le pregunté a un transeúnte pero él tampoco lo sabía, así que seguí andando, y mis bultos eran como una pena que yo cargaba, y era como tener un velo negro cubriendo mis pensamientos, aquello ya no era libertad, y yo venga a andar, con miedo de alejarme y no volver a ver nunca más mis cosas, Y el otro, el marido, que quería que le dejara todos los bultos, pensé, nunca dejaré mis bultos en ningún sitio, nunca más, y entonces vi un café iluminado y pregunté a la señora de la caja si conocía el Café-Hôtel Saint-Barnabé y ella dijo Sí, siga todo recto y métase por la primera a la derecha y luego por la primera a la izquierda y lo verá, que está ahí, Es que no me voy a acordar, dije yo, Cómo que no, mujer, dijo ella, es muy fácil, primera a la derecha y primera a la izquierda, y yo dije Gracias y salí, y fuera, en la calle, busqué el lápiz en el bolso y cuando lo encontré escribí en el billete de metro lo que me había dicho la señora y seguí andando, y tomé la primera calle a la derecha y a continuación tomé también la primera calle a la izquierda y pensaba Qué triste es todo esto, y en esas pensé Si vuelvo por culpa de los calcetines significa que los calcetines dirigen mi vida, y la idea no me gustó nada, Sí pero está también la flor, pensé, pero tampoco me gustaba que una flor decidiera por mí sobre mi vida, entonces me puse hecha una auténtica furia por haber echado a perder mi libertad, hasta que en plena furia llegué al hotel y ya era bastante tarde y el patrón me entregó la llave de mi habitación y dijo Qué, ha echado mucho de menos la caja, Soberano imbécil, pensé, pero no lo dije en voz alta porque no sabía si estaba permitido decirle eso en voz alta al dueño de un hotel, a uno que te molesta por la calle y que no conoces sí, pero a este yo ya lo conocía un poco porque era la tercera vez que lo veía ese día, así que subí, y mientras subía pensaba A lo mejor la baccara se ha marchitado y yo

he vuelto para nada, pero era un pensamiento tramposo porque también había vuelto por los calcetines y la bufanda, y pensé Puede que además de que la rosa se haya marchitado me lo hayan robado todo, y entonces abrí la puerta y estaba todo allí, ni marchito ni robado, y dije Bueno y me senté en la cama y me comí el tomate, y cuando terminé de comerme el tomate me quité los zapatos y pensé Ahora me quedo aquí hasta mañana por la mañana, y estaba muy disgustada, Quién manda en este momento, pensé, Los bultos ya no porque estoy con ellos, la habitación no es porque estoy en ella, El dueño del hotel entonces, pensé, y no me gustaba nada que fuera ese tipo el que mandase sobre mí, Pues pago ahora mismo, decidí, así no podrá entrometerse más en mi vida y yo podré irme cuando quiera, y con las mismas me puse los zapatos y cogí el bolso y la caja con las cartas de Paul y salí cerrando con llave para que no entrara nadie y abajo el patrón me dijo Ah, otra vez va a salir, No, quiero pagar, dije, Mañana por la mañana está bien, respondió él, No, dije, yo quiero pagar ahora, soy libre o no, Bueno, bueno, dijo él, no se enfade, y entonces pagué y volví a subir, solo que esta vez subí habiéndome quitado un peso de encima, estaba contenta y era libre, y en la habitación me senté en la cama y abrí la caja de cartón donde guardaba el pan y comí pan, y estaba encantada de la vida porque ahora podía irme si me apetecía, Nos vamos entonces, me pregunté para mis adentros, No, no, nos quedamos, pensé, ya que he pagado por qué no disfrutar de la cama esta noche, De modo que esta vez quien manda es el dinero, cavilé, porque de lo contrario no habría motivos para quedarme, y entonces me enfadé con mis ideas, pero me fastidiaba irme, A partir de mañana se acabaron los restaurantes y se acabaron los hoteles, decidí, y con las mismas me quité los zapatos y el abrigo y apagué y me acosté, y oí voces en la habitación de al lado, gente hablando, y pensé La gente siempre tiene que estar hablando, la gente es ridícula, pensé, todo el día encadenando palabras, se habla, se dicen cosas, y de ahí ya no se sale, No hay que hablar tanto en la vida, pensé, o sí pero para mentir, así te importa un comino lo que se diga y no dejas de ser libre, y yo soy libre, y siempre seré libre, siempre, siempre, siempre, y de pronto me desperté y estaba todo oscuro y en silencio, y me levanté y encendí la luz porque necesitaba bajar al primero, pero me senté en la cama y pensé Quién me ordena que tenga que quedarme aquí ahora, Nadie, pensé, soy libre, Así que puedo quedarme, pensé, y cogí el bolso y la caja con las cartas de Paul y bajé al baño y el hotel estaba desierto, y encendí una lucecita que había en la escalera y cuando volví a subir se había apagado y como no sabía dónde estaba el botón para encenderla subí sin ver ni torta pero menos mal que estaba la rayita de luz debajo de mi puerta y así pude volver a mi habitación sin meterme en la de otro, y le cambié el agua a mi rosa y pensé Como soy libre voy a volver a dormirme, y apagué la luz y me metí en la cama, pero un pensamiento fugaz estalló entre mis pensamientos Quizá la puerta del café esté cerrada durante la noche, un pensamiento terrible, en ese caso no puedo salir, ya no soy libre, pensé, No hay Quizás que valgan, pensé, seguro que está cerrada, y entonces en mitad de la noche pensé No puedo salir de aquí, estoy prisionera, prisionera como un prisionero en una prisión, y en vez de dormir pensaba en la puerta cerrada, era como una campana que repicaba dentro de mi cabeza y no me dejaba dormir, pensaba en las casas, en las puertas, en las llaves que cierran las puertas, y era como si me asfixiara, Pero en casa de la señora no era así, pensé, yo por las noches dormía, Pero en casa de la señora, pensé, la puerta del portal no estaba cerrada con llave, podría haberme ido cuando quisiera, y durante mucho rato pensé en la puerta, y luego pensé en el día siguiente, y me quedé dormida, y entonces ya era la mañana del día siguiente y desperté, escuché los ruidos y pensé Si

hay ruido es que ya es la mañana de verdad y no la madrugada, y con las mismas me levanté y me puse los zapatos y busqué una pastilla de regaliz en el bolso y estaba muy cerca de la rosa y olía de maravilla y me alegré de haberla comprado, y mientras pensaba en la rosa guardé todos los calcetines en la caja de los calcetines y el botellín en la caja con el boquete y hale, ya estaba lista para irme, así que lo reuní todo, comprobé que estuvieran todos los bultos y mi bolso y bajé, y abajo la morena estaba limpiando detrás de la barra y cuando me vio dijo Le pongo un café, y yo dije Sí, porque un café está bien, y solté los bultos y ella, la tal Renata, toqueteó una máquina y en un pispás tenía el café delante, y yo me lo bebí rápido, sin hablar, para irme rápido, para salir rápido a la calle, y cuando terminé de beber pagué y cogí mis bultos y dije Adiós, y listo, ya estaba fuera, fuera bajo la mañana luminosa y fresca y ligera, y de nuevo una sensación de felicidad en el pecho, En este barrio no me quedo, pensé, no me gusta, voy a coger el metro para ir a otra parte, y con las mismas eché a andar buscando el metro, pero no quería preguntar el camino, Mi camino es mío y de nadie más, pensé, y voy donde me apetece, aunque tarde tres días en dar con el metro, y así viviré como yo quiera, Qué lerdos los demás, pensé, por qué no se largarán todos como he hecho yo, sobre todo los hombres, pensé, cómo es posible que no se larguen más los hombres, son esclavos los hombres, ganar dinero, arreglar cosas rotas, cuidar de que la familia tenga zapatos bonitos, ir a la guerra, terrible todo, y sin embargo pocos vagabundos se ven por el mundo, y todo esto me decía para mis adentros mientras caminaba por las calles hasta que de repente hubo un problema y se acabaron los pensamientos, el cordel de uno de los bultos se había roto, el bulto de mi abrigo, así que tuve que parar y dejar todas mis cosas en el suelo, y era una calle absurda, sin tiendas, así que me puse a esperar que se me ocurriera una idea, me decía Un cordel, un cordel, cómo podría yo conseguir un cordel, y estaba muy disgustada, pensaba Mira que tener que parar por culpa de un cordel, un miserable cordel, que es menos que nada, Total, está claro que no somos libres, pensé, hasta cuando no hay patrones hombres hay patrones cordeles o patrones bultos, y entonces pensé Las personas libres de verdad son las que no tienen nada, pero nada de esto, pensé, me da ninguna idea, hasta que se me ocurrió la idea, y además buena, al final la patrona era yo, y mi idea consistía en usar la bufanda como cordel, y con las mismas abrí la caja donde estaba la bufanda y la anudé, la bufanda, alrededor de la caja donde iba el abrigo y todo arreglado, me guardé el cordel roto en el bolsillo y eché otra vez a andar, y era muy agradable pasear así, al azar por las calles, Ya daré con el metro un día de estos, pensaba, hasta que de pronto reconocí la calle donde me había bajado del autobús, con un jardín grande que empezaba justo allí, un jardín con una reja bonita y abierta para que entrara la gente, y en esas vi que había árboles bonitos y crucé la calle y entré y nada más entrar había un letrero que ponía que estaba prohibido hacer de todo, y solté los bultos para leer mejor y al principio me pareció bien porque ponía que estaba prohibido entrar al jardín con perros aunque fueran con correa, pero luego ya no estaba tan bien y me disgusté, decía Se prohíbe el acceso al jardín a toda persona indebidamente vestida, a mendigos, ciclistas, personas con cochecitos excepto los de bebés o mutilados, y así una retahíla de prohibiciones, Prohibido esto, Prohibido lo otro, Prohibido coger flores y hojas, Prohibido pisar el césped, Prohibido hacer hoyos en los caminos, lanzar piedras, matar pájaros o sacarlos de sus nidos, Y las portadoras de bultos, pensé furiosa, tienen derecho a portar bultos o pasa como en los autobuses, y escupí en la hierba, podía hacerlo porque no estaba expresamente prohibido en el cartel, y con las mismas recogí los bultos y seguimos avanzando por el caminito bonito, pero al instante me salió al paso

otro letrero con letras enormes, Aviso, decía, se prohíbe jugar y cambiar de sitio las sillas, A ver si me he metido en el jardín de La Santé, pensé, y por eso está todo prohibido, y venga más letreros, Restringido el uso de las sillas, leí en otro, y otro más, esta vez en la intersección de dos caminos, que decía Aviso, prohibido jugar y estacionar en este camino, pero lo más curioso eran los árboles, todos tenían un cartelito con su nombre y el país extranjero del que procedían, y eso sí me gustó, hasta la hierba, hasta los helechos, hasta el musgo, todo tenía su cartelito identificativo, y pensé Por qué no harán esto en las calles, en las calles nunca sabe una los nombres de los árboles, A ver si me he metido en el jardín de un internado, pensé, y por eso está todo prohibido y les enseñan a los alumnos los nombres de los árboles como parte de su aprendizaje, y yo seguía andando y ahora reinaba un silencio de campo, solo el canto de los pájaros y el silencio de los árboles, lo que se dice una mañana bonita, y me detuve para escuchar la calma que reinaba, y un poco más allá había dos sillas de metal en el camino, y pensé Buen sitio, y con las mismas me acomodé, yo en una silla y los bultos en la otra, qué vida tan apacible la mía, con los pájaros y los árboles, y pensé Ellos, los que ganan dinero, no tienen tiempo de venir a vivir en un bonito jardín, como yo, y entonces abrí la caja en la que había guardado el pan sobrante y comí un poco, echando migas a los pajaritos, y aquella tranquilidad duró largo rato, y yo fantaseando, mirando a los pájaros dar saltitos y volar, y contenta de disfrutar de una mañana tan bonita, hasta que de repente apareció una vieja gorda como un hada maléfica que se me acercó y me ofreció unos billetes, y yo dije No, porque pensaba que eran boletos para una rifa y las rifas están amañadas de antemano para que ganen las personas que otros quieren, pero la gorda dijo Es por las sillas, hay que pagar, Pagar, dije yo, pagar el qué, Pues pagar por estar sentada, contestó, Cómo, dije yo hecha una furia, ¿que hay que pagar por sentarse?

Sí, dijo ella, y por los bultos también, dijo el Hada Maléfica, Pero mis bultos son bultos, no están sentados, están ahí puestos, y ella Está ocupando usted dos sillas, pues dos sillas tiene que pagar, ¿Lo dice la ley?, pregunté, Sí, respondió, Esto es el colmo de los colmos, pensé, y hurgué en el monedero para darle el dinero a aquella persona y pregunté Cómo se llama su trabajo, Sillera, dijo ella, y yo le pagué y dije Y ahora váyase, A mí nadie me da órdenes, dijo, Tiene usted un trabajo asqueroso, dije, todos los trabajos son desagradables pero el suyo no tiene nombre, Lo que hay que aguantar, dijo, una vagabunda dando lecciones, Señora, dije yo, para su información yo no soy vagabunda, y me llevaban los demonios, Puta no es que sea mejor, dijo mirándome con pachorra, y yo sentí como un golpe en el pecho y me levanté Es usted una sabandija asquerosa, dije con la voz temblona y cogí los bultos y me fui, y ella me siguió gritando Eso, vete, vete y que no te vuelva a ver por aquí, y yo andaba y con una pena muy grande pensaba Resulta que ser libre es pasar calamidades todo el tiempo, es que te insulten, y pensaba Y cuando trabajamos para un patrón, cuando ganamos dinero no nos insultan, ni siquiera al barrendero lo insultan, y sin embargo no somos libres, y cuando una es honrada como yo y no acepta dinero para vivir recibe insultos y la echan de los hoteles, es terrible esto, y estaba muy apesadumbrada y se me había terminado la alegría, y salí del jardín bonito por el camino con los letreros por donde había entrado, y definitivamente ya no tenía ninguna gana de quedarme en aquel barrio, un barrio donde había que pagar para sentarse, un barrio donde todo el mundo te impedía ser libre, y mientras caminaba me asaltaban pensamientos grises, y eso que pasaba por la calle en la que me había comprado mi regalo, tendría que haber estado encantada, y de pronto llegué a la tienda de comestibles y frutería del educado tendero que me había apañado la flor en el botellín y que precisamente estaba en la puerta pesando unas patatas y al verme exclamó Cómo está mi rosa, aguanta bien, preguntó, Sí, dije yo, y él entró en la tienda y yo pensé Seguro que es la única persona amable de todo el barrio, Y si le comprara algo, pensé, para agradecérselo, y me pareció una buena idea y como me gustó entré en la tienda y cuando el hombre terminó de despachar a una clienta se volvió hacia mí y dijo Quiere otra botella para otra rosa, No, dije yo, por ser tan amable vengo a comprarle a usted el almuerzo, y dije Póngame un tomate y un pedazo de gruyer, y él me despachó y yo pagué, y cuando me iba cogió una manzana del escaparate y me dijo Tenga, para el postre, ¿Es un regalo?, dije, y me quedé paralizada de sorpresa, Sí, dijo él riendo, Cómasela a mi salud, añadió, y yo le dije Gracias me gustan mucho las manzanas y sobre todo que sea un regalo, y me fui, y el tendero me había devuelto la alegría, y de nuevo reinaba la felicidad en mi vida mientras bajaba la calle hasta la placita de los bancos, la plaza del vendedor de periódicos, que a todo esto no estaba, conque podría haberme sentado tranquilamente, pero no, yo quería irme de aquel barrio, coger el metro para ir a un sitio más libre, así que me metí en la estación de metro y compré un billete, Y esta vez, pensé, no le preguntarás nada a ningún empleado, y me dirigí a un andén y me acomodé en un banco delante de un anuncio bonito para cabello rubio, y entonces pensé Y si me quedara aquí todo el día, en los bancos del metro está permitido quedarse, creo, así que decidí Voy a ver si me quedo, y cuando llegó un metro me quedé en mi sitio sin moverme mirando a la gente bajar y subir, y así me quedé al paso de cinco o seis trenes pero aquella estación me aburría, no había gente suficiente y no era una buena distracción, y en esas pensé El próximo que venga lo cojo y me bajo en la última, y la idea me puso muy contenta porque eso era lo que a mí me gustaba, no saber a dónde iba, y cuando el metro llegó me subí y coloqué los bultos debajo de un buen asiento y me senté en el buen

asiento, pero aun así no dejé debajo todos los bultos, la caja con las cartas de Paul me la puse en el regazo y encima de esa caja puse la caja con la rosa, y el bolso lo dejé entre la pared y yo, y tan a gusto, y me metí la mano en el bolsillo por si llevaba algún regaliz, y mira tú por dónde sí que llevaba y pensé Esto sí que es la buena vida, y en las estaciones la gente iba y venía, sobre todo en las estaciones principales, y el metro circulaba y yo pensaba A dónde llegaré, estará bien el sitio en el que me baje, y luego pensé A lo mejor el metro llega hasta Italia o Polonia y cuando baje estaré en un país donde no se habla francés, y me entretuve con la ocurrencia, era como si me la creyera un poco, aunque yo sabía que eran absurdas ideas mías, Pero por qué no, pensé, todo va tan rápido ahora, los coches, la gente, los aviones, Y el metro también va rápido, pensé, y me sentía bien, me sentía totalmente tranquila y pensaba Debe de estar bien seguir para siempre en el metro, no bajarse nunca, seguir, seguir, todo el día, toda la noche, y apoyaba la cabeza en la barandillita del respaldo y cerraba los ojos, no demasiado, por los bultos, y me daba igual estar bajo tierra porque todo iba bien, y el metro avanzaba veloz entre estaciones y yo pensaba Si estoy aquí es porque quiero, no como los demás que están aquí porque van a alguna parte, y venga estaciones, y túnel, y estaciones, y túnel, y en las estaciones miraba los anuncios, me interesaban mucho, había publicidad de todo, de cocinas, de vacas, de sopas, hasta de calcetines, Eso demuestra que los calcetines son una cosa muy útil, pensé, y con las mismas eché un vistazo debajo del asiento para comprobar que mis dos cajas estuvieran en su sitio, y sí, ahí estaban, y yo pensaba Me encantaría que no se acabara nunca este trayecto, Y qué pasa con el cielo, pensé enfurecida, y con los pájaros y todo lo demás, Bah, de todos modos, pensé muy disgustada, si me apetece estar en el metro no van a ser los pájaros los que manden, y Me bajaré cuando lleguemos a la última, decidí por fin, y me puse a fantasear como si echara una cabezada y esperé a que llegáramos al final del trayecto, pero el trayecto no terminaba, hasta que de pronto reconocí nombres de estaciones por las que ya habíamos pasado poco antes, qué raro, a mí aquello no me hacía ninguna gracia, así que dejé las cajas encima del asiento y debajo del asiento y cogí el bolso y la caja con las cartas de Paul y me acerqué al señor que cerraba las puertas, que estaba de pie junto a la primera puerta, Qué pasa aquí, le dije, está loco el dichoso metro, ya hemos pasado por aquí hace un momento, Pues sí, dijo él, Y la última estación qué, dije, se nos ha olvidado pasar, y lo pregunté con guasa porque sabía que le fastidiaría mucho el despiste, a lo mejor hasta los echaban del metro, a él y al conductor, pensé, por no hacer bien su trabajo, No, mujer, contestó él, no hay cabecera por este lado de la línea, la línea da la vuelta y la cabecera queda en el otro extremo, Entonces, dije yo, quien quiera bajarse en el extremo del otro extremo cómo lo hace, pero no oí bien la respuesta porque mientras él hablaba yo vigilaba mis bultos, y él venga a hablar, Baje aquí, me decía, y coja la línea en la otra dirección, Ni pensarlo, dije yo, y volví a sentarme, y me puse muy contenta porque iba a pasar más rato en el metro a cuenta de aquel lío, Y me bajaré en el extremo que se termina, pensé, y otra vez tan a gusto, un viaje de lo más apacible, como una vida tranquilita, y parábamos en las estaciones, y circulábamos, y mis vecinos cambiaron varias veces, y de pronto reconocí el nombre de la estación en la que había subido, la estación que estaba debajo de la plaza del vendedor de periódicos, y no me gustó nada de nada estar de regreso en ese barrio horrible, me disgustó mucho, Qué pasa, que una no puede ir donde le apetezca, pensé, y con las mismas fui a buscar al señor que cerraba las puertas y le dije que estaba muy disgustada, Por qué, preguntó, Tendría que haberme dicho que volvíamos aquí, dije, aquí es donde he subido y a mí este barrio no me gusta, Mujer, dijo, qué remedio, si ha

tomado usted la línea en el otro sentido, Usted no me ha dicho que íbamos a volver a mi estación, dije furiosa, Pero, dijo él, pero yo lo interrumpí y dije Es usted un inútil que no sabe hacer su trabajo, y volví a sentarme porque estábamos llegando a una estación, y el inútil me gritó Hay que bajar aquí, es la cabecera, empezaba a tocarme las narices, No, grité yo, no quiero, este barrio no me gusta, Mujer, dijo, y yo lo interrumpí otra vez al muy mentecato, ni que en mi vida mandara él, Somos libres, o no, dije, el metro está para circular, dije, así que yo no me bajo, Roger, espérate, le gritó al conductor, no hagas la maniobra, que tengo aquí a una señora que no quiere bajar, La señora soy yo, pensé, contentísima de estar fastidiando a todo el mundo, entonces se produjo una conversación breve entre los dos tipos y luego llegó un tercero y los otros dos le dijeron algo y el tercero se acercó a mí y con mucha educación me dijo Señora, en la cabecera de línea hay que bajar, es obligatorio, y al no hacerlo está retrasando el servicio, Pero es que yo quiero ir en la otra dirección, dije, Pues se baja y coge los pasillos para llegar al andén de enfrente, dijo, ahí habrá un tren que la llevará en la otra dirección, y yo cogí mis bultos de debajo del asiento y salí al andén y me metí por una escalera y unos pasillos y yo enfadadísima pensando Por qué todo el mundo será tan mezquino, y pensé, Es por culpa de los reglamentos, y pensé Por qué harán reglamentos tan mezquinos, y en esas bajé una escalera y hala, ya estaba en el andén de enfrente y justo al mismo tiempo llegó el metro, y como era el mismo metro con el mismo mentecato y el tal Roger me dije No, este metro no, coges el siguiente, que ya estamos hasta la coronilla de esos dos, y con las mismas me senté en el banco del andén, y el metro que no se iba, que parecía que me estuviera esperando, pero a mí no me mandaba nadie y no me moví del banco, y de pronto sonó un timbre y las puertas se cerraron y por fin se fue el dichoso metro y pude respirar, estaba encantada, Soy libre otra vez, pensé, y hubo un rato de tranquilidad hasta que llegó otro metro, y como este sí que lo iba a coger me subí y elegí un buen asiento y me puse cómoda, y esperamos y sonó el timbre y hala, en marcha, y estaba bien y yo tenía el corazón contento, pero de nuevo la siguiente estación era la misma en la que yo había subido y a mí eso no me gustó nada, Qué pasa, pensé, que voy a tirarme toda la vida pasando por aquí, pero seguimos adelante y pensé No porque me voy a bajar en el otro extremo, Pero como no hay un extremo obligatorio tengo que estar muy pendiente, pensé, Cerrador de puertas, pensé, qué profesión tan horrible, siempre molestando a los demás, impidiéndoles salir, y luego a los que no quieren salir los hacen salir por la fuerza, vaya una profesión ridícula, y entonces pensé Todas las profesiones que tienen gorra son profesiones ridículas, y el metro venga a circular, y en las estaciones había empleados con gorra y yo me reía y pensé Hay alguna profesión que no sea ridícula, y pensé Sí, cantante callejero está muy bien, vas donde te apetece, siempre en movimiento, eres libre, Pero hay que cantar canciones bonitas, pensé, como cuando fui con Paul a un sitio donde hay un torero que mata a una tipa, y no cancioncillas absurdas, Pero a todo esto, pensé, ya no existen los cantantes callejeros, ya no se ven, a lo mejor porque se avergonzaban de mendigar, y después ya no pensé más en las profesiones, me puse a mirar la ropa que llevaban los pasajeros sentados cerca de mí y pensé Esta ropa bonita no es, era mejor en tiempos de los reyes, toda cargada de oro y encajes, y a mí me habría encantado tener ropa como la de las reinas, me habría puesto muy contenta luciendo vestidos con oros y satenes, y Existirían las gorras en tiempos de los reyes, pensé, y serían libres los reyes, pensé, podían decir como yo Adiós, aquí os quedáis, o tenían que estar siempre sentados en el trono trabajando de rey y yendo a caballo a la guerra, De todos modos, pensé, entre un rey y yo, yo soy mejor, y pensaba El

metro es mejor que ir a caballo a la guerra, y me dio mucha satisfacción ser mejor que un rey, y el metro venga a circular, me gustaba mucho, Pero de todos modos, me dije, pronto me bajaré, y de repente no veía el momento de ver el sol y la claridad y otro barrio, Y si preguntara por una avenida bonita, pensé, y con las mismas me incliné y le pregunté a la señora que estaba sentada enfrente dónde debía bajar para una avenida bonita y la mujer puso cara de extrañeza y caviló y dijo De aquí a cuatro estaciones tiene usted una avenida, Con bancos y árboles, pregunté, Sí, dijo ella, y yo le dije Gracias y esperé y ella, la señora, se bajó dos estaciones después y me alegré porque así no estaría pendiente de si yo bajaba donde me había dicho, y prefería que fuera así, así yo era libre de verdad, y recogí los bultos del suelo y cuando llegamos a la estación salí al andén y al fondo del andén donde decía Salida subí una escalera con anuncios llenos de insultos garabateados y luego otra escalera, y de nuevo estaba muy alto y yo estaba muy disgustada de haber estado tan bajo tierra, pero por fin se acabaron los escalones y salí a la calle, a una bonita plaza con árboles en el centro y tiendas alrededor y bancos y mucha gente andando muy atareada, y de pronto delante de mí vi una bonita tienda Prisunic con una luz preciosa y dije Andando, porque me gustaba esa tienda tan bonita, Está bien este barrio, pensé, mejor que el otro, y me sentía muy libre y muy contenta y la tienda por dentro era bonita con un porrón de objetos en mostradorcitos muy ordenados, Quién ordenará esto, me pregunté, Serán las dependientas o las limpiadoras, me pregunté, y me di una vuelta por la tienda, pero con los bultos provocaba atascos entre los mostradores cada vez que me paraba a mirar, Está bien esta tienda, pensé, hay más libertad que en una tienda normal, no hace ninguna falta una dependienta que rebusque en los cajones con intención de venderte algo que tú no quieres, y seguí mi paseíto y ¿Me compro algo?, pensé, No hay que pasarse, todos los días un regalo no puede ser, pensé, Entonces vámonos, dije, y salí y en la calle delante de la tienda había un vendedor ambulante que explicaba un pelador de verduras a unas señoras y no le presté atención, Yo ya no quiero saber nada de peladores de verduras, pensé, y entonces me acordé de la señora, pero como crucé la calle dejé de pensar en pensar en la señora, y estaba en el centro de la plaza, en un terraplén amplio con árboles y bancos y una casita de madera para las escobas de los barrenderos, y un porrón de palomas por todas partes, y entonces decidí Voy a encaminarme por la avenida ahora mismo, en esta plaza llena de palomas lerdas no me quedo, Qué pasa, pensé furiosa, que ahora son las palomas las que mandan en tu vida, y era verdad, así que me senté en un banco y esperé un ratito y cada vez que las palomas se acercaban demasiado daba un zapatazo y gritaba Psch, psch, y ellas se iban enseguida y yo tan contenta porque era yo la que las molestaba y no ellas las que me molestaban a mí, Ya está bien de palomas, dije de repente, y me fui del banco y crucé, esta vez a la avenida, y la enfilé y encantada de la vida pensaba Voy a encontrar un buen banco para almorzar, y eché a andar pero no había muchas tiendas y me preocupé un poco, De todos modos, pensé, es una avenida bonita, y aquí es donde voy a almorzar, pensé, Pero dónde, pensé, si escojo un banco ahora y almuerzo ahí y luego veo un banco mejor otra vez será un almuerzo echado a perder y eso sí que no, entonces pensé Voy a ver toda la avenida primero para asegurarme de que no paso por alto el sitio bueno, decidido, y anduve, y seguí andando, y cuando había un banco soltaba los bultos para ver si el sitio me gustaba, pero no, no me gustaba, no había suficientes transeúntes ni suficientes tiendas así que habría sido un almuerzo aburrido, y en ese caso de qué me habría servido la libertad si al final me aburría, así que seguí andando y de pronto pensé en el sol, todavía no me había parado a pensar en el sol desde mi libertad, y en esas

me pregunté dónde estaba el sol, veía que había en el cielo y en la parte de arriba de las casas pero abajo en las aceras no había, así que pensé Seguimos en las mismas, no somos libres, por qué no tiene sol todo el mundo en igualdad, por qué los de arriba sí tienen y los de abajo no, Yo quiero sol, pensé, en mi libertad tiene que haber sol, y mientras pensaba en todo esto seguía andando y parándome en los bancos para comprobar si era un buen sitio, pero no paraba en todos los bancos, algunos no me gustaban sin probarlos siquiera, unos eran demasiado oscuros, otros estaban delante de edificios sin tiendas y por tanto no me parecían un buen sitio, unos estaban delante de tiendas sin interés como una carnicería o un taller de coches, otros estaban cogidos, de modo que yo seguía con mi caminata y pensaba Pero por qué el sol no llegará hasta aquí abajo, y no lo entendía, En el campo se está mejor, pensé, y entonces llegaron bancos nuevos y tiendas nuevas más interesantes y ya empezaba a gustarme más aquella avenida, y de pronto vi unos pollos dando vueltas en un espetón con manivela y con las mismas me acerqué y solté los bultos para mirarlos porque me gustaban una barbaridad aquellos pollos chorreantes dando vueltas como bestias Algunos no se andan con chiquitas, pensé, tan contenta, Está bien esta tienda, pensé, pero aun así, decidí, seguiré con la visita, que a lo mejor hay tiendas aún más interesantes en el tramo de avenida que queda, de modo que me recorrí la avenida hasta el final, y era larga, y cuando llegué al final dije Y ahora volvemos en la otra dirección por la otra acera, y hala, eché de nuevo a andar contentísima de verdad porque vivía como me apetecía, Te buscas el mejor sitio para almorzar, pensé, no eres como las personas no libres que comen todos los días en el mismo sitio, y entonces llegué al sitio donde los pollos daban vueltas y crucé para ver otra vez a los muy bobos y qué risas para mis adentros, Y si me sentara aquí, pensé, si hay un banco delante de los pollos por qué no iba a sentarme delante de los pollos, y dicho y hecho, me senté allí con los bultos alrededor, pero el sitio no estaba tan bien como esperaba porque olía a grasa frita y asada, Estamos buenos, pensé, no estamos en la calle al aire libre para que huela a grasa asada como en una cocina, y con las mismas me levanté y recogí los bultos y mientras me alejaba pensé que los pollos eran unos inútiles y volví a cruzar para recorrerme la otra acera, y parecía interesante la otra acera, tenía comercios buenos como cafés, papelerías, floristerías y hasta una tiendecita que vendía bichos tipo ranas y ratoncillos de campo, y en esa me detuve un momento pero sin soltar los bultos y luego seguí andando y no tardé en llegar al principio de la avenida, a la plaza donde estaban las palomas, Pues andando otra vez, decidí, y eché a andar en la otra dirección pero a todos los bancos les decía que no, hasta que llegué al tramo interesante, Ahora, hay que estar atenta, pensé, y seguí andando, pero más despacio, hasta que por fin dije Aquí voy a almorzar, a la altura de un banco delante de la tienda de ranas y pececillos y ratitas, y con las mismas me senté, dejé los bultos y solté un suspiro porque estaba cansadísima, Y el sol que sigue sin aparecer, pensé, pero qué más da, pensé, es la hora de comer y el sol me da igual, y en esas saqué el pan de la caja donde lo había guardado y el tomate y el gruyer de la caja de la falda y la manzana del bolso y cogí el pañuelo y me lo extendí sobre las rodillas y puse todas las provisiones encima, y tenía hambre y estaba contenta de comer, y en el momento en que daba un mordisco al gruyer pensé Deben de ser casi las dos, con la de rato que llevo andando, y tuve curiosidad por saber la hora así que a un señor que pasaba le pregunté en voz bien alta Son las dos, y el señor se paró y se miró la muñeca y me dijo en voz bien alta No, son las cuatro, y yo me quedé pasmada y dije Las cuatro, es su hora de usted o la hora de todo el mundo, pero él ya se había ido y yo me dije No, no puede ser, y pensé Voy a preguntarle a otra persona, a una señora,

porque si ese tipo me ha mentido a lo mejor no son las cuatro ni por asomo, hay gente que miente más que habla, pensé, y en esas dije muy alto Qué hora es ahora, y una señora que pasaba por allí se miró el reloj y dijo Las cuatro y cinco, y entonces pensé que debía de ser verdad porque dos que no se conocen no iban a soltarme el mismo embuste los dos, Y por qué no iban a conocerse, pensé de repente, quién me dice a mí que no son matrimonio, pero luego me lo saqué de la cabeza y seguí comiendo y de pronto pensé Está bien almorzar a las cuatro, así es la libertad, y entonces pensé Habrá una ley para la hora de comer, y pensé Sí, seguramente habrán hecho una ley para eso, y para la hora de cenar también, porque si no cómo es posible que todo el mundo coma a la misma hora y cene a la misma hora, y entonces pensé A lo mejor me detienen, y la idea me preocupó mucho así que me comí el tomate a toda prisa pero cuando le di el primer mordisco chorreó y me manchó toda la ropa y pensé Los tomates son absurdos, no son una hortaliza para personas libres como yo, Ya no compro más, pensé, y empecé a comerme la manzana, y era la mar de curioso comerse un regalo, Un regalo es algo valioso, pensé, así que no debería comérmelo, pero a pesar de todo me la comí porque no iba a guardarla después de haberle dado un bocado, y mientras me comía la manzana pensé otra vez en los tomates Tendrás que comprarte más, pensé, porque no será una hortaliza de personas libres, de acuerdo, pero todas las demás hortalizas hay que cocinarlas y son aún menos hortalizas de personas libres, y me disgusté y pensé Hasta las hortalizas hacen por fastidiarnos, y en esas terminé de almorzar, Pues voy a beber algo, pensé, y como había un pequeño café justo a tres pasos del banco cogí todos mis bultos y en el café me senté en una mesa con ellos en el asiento de al lado, mis bultos, y le pedí al camarero que me trajera un vaso de agua y él me trajo agua en una botella, pero cuando la eché en el vaso y me la bebí era agua que picaba como si fuera fuego y pimienta y me disgusté y llamé al muchacho y le dije No hay agua normal en este barrio, y él dijo Claro que sí, y lo llamé inútil y quise irme sin pagar porque no había razón para pagar por un agua que no era agua de verdad y que yo no había pedido, y ellos dijeron Ah, no, pero pagar tiene que pagar, así que nos peleamos, yo les dije que eran unos ladrones y unos burros y ellos dijeron Ladróna usted, cuando no se tiene dinero no se entra en un café, y entonces yo dije Tengo un montón de dinero, y solté los bultos y abrí el monedero para enseñárselo, y ellos Si tiene dinero tiene que pagar, y yo No, no he bebido nada así que no pago, y el patrón dijo Ande lárguese y que no volvamos a verla por aquí, y yo agarré mis bultos y me fui y en la calle estaba contenta y me reía y estaba muy satisfecha de que no hubieran ganado ellos, y luego pensé Pero sigo teniendo sed, así que pensé Iremos a otro café y esta vez pediremos naranjada, y anduve hasta otro café y entré, pero había una música alta que salía de una máquina, Nos vamos, pensé, aquí no nos quedamos, y salí y era un fastidio porque yo seguía teniendo sed, así que di unos pasos y pensé Por qué no habrá fuentes en las calles en vez de tantos meaderos para hombres, y de pronto se me ocurrió una buena idea, y la buena idea era Voy a comprar una bebida embotellada y me la tomaré en un banco, y fue un alivio en mis pensamientos, y justo había una tienda de comestibles y entré y compré una botella grande de agua normal y el tendero me enseñó que se abría sin sacacorchos, y había un banco justo delante de la tienda así que fui a soltar la botella y regresé a la tienda para coger mis bultos y hala, ya estaba instalada y por fin podía beber y ya no había nadie que me impidiera estar tan contenta, y cuando hube bebido bastante cerré la botella y vi pasar a los transeúntes, había dado con un buen rincón, animado como una feria, con una estación de metro al lado, y mi banco justo delante de una floristería y una tienda de comestibles

con toda la verdura fuera, era bonito contemplar aquellas flores y aquellas verduras, y me decía Los ricos no tienen unas vistas tan bonitas, y pensé tan contenta Ahora vivo de vacaciones, y todos los días así serán de vacaciones, y me apetecía cerrar los ojos para pensar en lo buena que iba a ser mi vida, y cerré los ojos pero los abrí enseguida, tenía miedo por los bultos, Hay mucha gente mezquina, pensé, un bulto te lo roban en un pispás, pensé, y entonces pensé Debería idear un sistema para que no me los roben si cierro los ojos para pensar en cosas en las que me apetece pensar, entonces miré mis bultos para ver si se me ocurría alguna idea, y al ver mi bufanda de invierno que sustituía el cordel roto alrededor de la caja del abrigo pensé Habrá que comprar un cordel antes del invierno, y pensé Puedes poner una bufanda alrededor de un bulto para llevarlo pero no puedes ponerte un cordel alrededor del cuello para entrar en calor, y la gracieta me gustó y me reí y me reí, me desternillaba, y justo en ese momento se me ocurrió una buena idea, pensé Y si atara todos los bultos juntos y sostuviera el cordel en la mano o me lo enrollara en el pie, estaría bien, así podría cerrar los ojos y al mismo tiempo protegerlos contra los ladrones, entonces pensé Y por qué no comprar el cordel ahora mismo, además me apetecía entrar en una tienda de cordeles, y con las mismas cogí los bultos, Y el agua, pensé, tengo que dejarla aquí, no puedo cargar con todo, El agua es menos valiosa, pensé, además vuelvo en cinco minutos así que tal vez no me la roben, No, no, pensé, tengo una idea, me sé de una que va a disfrutar de mi agua, y dejé otra vez los bultos en el banco y cogí mi rosa, la llamada baccara, y dije Ven aquí, pequeña, ya verás qué rico, y la dejé encima del banco y derramé en el suelo el agua vieja de por la mañana y vertí en su botellín el agua de la otra botella y luego la recoloqué bien encajada en su sitio y así ya nadie tendría nada que robarme, pero en el momento en que me disponía a ponerme en marcha pensé Pero y si me roban la botella vacía, en casa de la señora el tendero recogía los cascós, así que a mí quizá me recojan este también, Si hay una ley para las botellas, pensé, será la misma ley para todo el mundo, y con las mismas llamé al dependiente de la tienda de comestibles, que estaba fuera escogiendo una lechuga, y grité Recoge usted los cascós, y él gritó Sí, Pues venga para acá, grité, y él vino con la lechuga en la mano y cogió la botella y me dijo Acompañeme a la caja, que le doy el cambio, y yo recogí mis bultos y en caja me dieron unas monedillas y eso que no se llevarían los ladrones, y aproveché lo amables que eran en aquella tienda y pregunté Dónde puedo comprar cordel, Enfrente le venderán, respondió la cajera, en la droguería, y salí y mientras cruzaba la avenida pensé Los tenderos son simpáticos, son los más amables, y pensé Será así en toda Francia, y entonces entré en la droguería y pensé Seguro que aquí no venden cordel, con estos carritos tan bonitos y estos platos decorativos tan bonitos en el escaparate, y mientras pensaba en eso una dependienta me dijo Qué desea, y yo se lo dije y ella me dio un ovillo de bramante y pagué y salí y crucé otra vez la avenida enfrascada en por qué una tienda tan elegante y bonita vendía bramante, y entonces vi que había una tipa sentada en mi banco y me disgusté y pensé Voy a sentarme en otro banco, lo que pasa es que yo prefería el mío, así que con tipa o sin ella solté mis bultos y me senté, y pensé Ahora voy a atar todas mis cosas, y en ese momento un perrito espantoso todo enano y hocicudo se puso a mordisquearme los zapatos, y era el perro de mi señora vecina, así que di un zapatazo y la señora dijo Alhajita, tranquila, Alhajita, no molestes, te lo he dicho mil veces, y yo pensaba Habrase visto idiotas semejantes, mira que hablarle a un chucho, hay que estar mal de la cabeza, y ella venga a hablar, ahora decía Alhajita, como no te portes bien no te llevo a Montfort el domingo, y en esas se fueron y yo pensé De todos modos ser un perro no debe de ser ninguna maravilla, tan

pegado al suelo, y más siendo una rata como Alhajita, pensé, vaya nombre ridículo, y entonces dije Ya está bien de perros, lo que me interesa son mis bultos, y entonces abrí el bolso para buscar mis tijerillas pero mientras buscaba pensaba Ser un perro es horrible, no eres libre, te tratan como a un cero a la izquierda, siempre respirando toda la porquería, y los gatos no es que vivan mejor, pensé, pero los gatos son más libres, Sí, gato es mejor, pensé, y seguí buscando las tijerillas hasta que las encontré y medí un trozo grande de cordel y apilé los bultos de dos en dos unos encima de otros y pasé el cordel alrededor del conjunto y los cuatro bultos se mantuvieron unidos, y entonces hice un lazo con el cordel antes de cortarlo y me pasé el lazo por el pie y me quedé contenta, si me robaban me daría cuenta, y en esas cerré los ojos para pensar en mis fantasías, pero no era un buen momento porque no tenía fantasías en la cabeza así que abrí los ojos y vi a una niña con una cartera negra a la espalda que me miraba y me disgusté pero la niña se fue corriendo cuando vio que yo abría los ojos y pensé Ir a la escuela es la vida peor, qué desgraciados son los chiquillos, y después ya no pensé en mucho más, me puse a mirar el espectáculo, y lo que más me gustaba era mirar el escaparate de las flores y el de las verduras, así que miré mucho rato, sobre todo los repollos, con sus preciosos colores verdes y morados, y las hortensias rosas también, y si hubiera habido capuchinas habría mirado las capuchinas porque las capuchinas eran mi flor preferida, pero no había, y luego pensé Ser jardinero no es una profesión tan bonita como parece, todo el día con las manos metidas en la tierra y arrancando malas hierbas y barriendo hojas muertas, y en esas pensé Qué pasa cuando un jardinero tiene tantas hojas muertas por recoger en su jardín que no le queda tiempo para cuidar de las flores, Pues que sus patronos contratan a otro jardinero para ayudarlo, pensé, así uno se encarga de las flores mientras el otro recoge las hojas muertas, y entonces pensé Pero y si es un jardinero que no tiene jefes, y si el jardín que trabaja es suyo y de nadie más, Entonces solo tiene que pedirle a su mujer que recoja las hojas muertas, así él puede cuidar en condiciones de sus capuchinas y de las baccaras y de todo lo demás, Pero y si es viudo, pensé a continuación, Pues se fastidiaron las flores, las hojas muertas lo recubrirán todo, y me enfadé, Qué pasa, pensé, que son las hojas muertas las que mandan, qué pasa, que no hay manera de ser libres, y entonces me harté del banco, era como si me llamaran desde otro sitio así que me levanté con intención de irme, pero como no podía agarrar los cuatro bultos atados juntos corté con las tijeras el cordel largo que los mantenía todos juntos y cogí dos con cada mano, como antes, y eché a andar, Y la cena, y la noche, tendré que resolver eso, pensé, pero la cena se resolvía sola con la de tiendas que había, así que me compré pan, Y por qué no te compras salchichón y un huevo duro, pensé, y como era una buena idea en menos que canta un gallo estuvo todo comprado, el huevo duro y el salchichón, y en un banco lo guardé todo en las cajas y me puse en marcha, sin más, sin saber hacia dónde, a donde fuera, A cualquier sitio menos a un hotel, pensé, pagar para no ser libre, eso sí que no, y caía la tarde y a mí me gustaba cuando caía la tarde, era un momento bonito del día, y pensé Nadie sabe lo bonita que es esta hora, a esta hora los demás tienen siempre mucha prisa, a todas horas tienen prisa, entonces pensé Si ellos no la disfrutan, esta hora es tuya y de nadie más, y estaba tan contenta que era como si mis ojos rieran de pura alegría, y en esas me encaminé por una calle más tranquila, y al final de esa calle el cielo estaba rosa y se oía el bonito pío pío de unos pájaros que daban vueltas en el cielo, y me habría gustado sentarme para disfrutar bien de mi preciosa vida, pero no había bancos, así que seguí unas pocas calles más hacia el cielo rosa y ahora caía una leve oscuridad y todo se volvió gris y sombras, y entonces pensé Los del metro y los que están

cenando y los de los cines se están perdiendo toda esta belleza, Entonces soy yo la reina de la noche, pensé, y en esas localicé un poyete pequeño de piedra en la entrada de una casa, un poyete donde podías sentarte, así que decidí Ahí me voy a sentar, y dejé los bultos en el poyete y me aupé, porque quedaba un poco alto, y pensé Y si cenara aquí, sería un buen sitio, así que abrí la caja donde había guardado el huevo duro, pero como estaba oscuro me equivoqué de caja y tuve que volver a atar el cordel de la caja equivocada y luego deshacer el cordel de otra caja y esta vez sí era la del huevo duro, así que le di al huevo unos golpecitos contra la piedra para cascarlo y lo pelé y pensaba Soy la reina de la noche en su trono, en su trono de piedra, y entonces el huevo estuvo completamente desnudo y le di un mordisco, y veía las ventanas encendidas en la casa de enfrente y me pregunté Vivirán mujeres felices en esas casas, existe la posibilidad de ser feliz cuando no se es libre, No, pensé, una no es feliz cuando vuelve a la misma casa todos los días, y me quedé mirando mucho rato las ventanas encendidas y pensando que yo nunca había sido feliz, y entonces pensé en Paul y seguí mirando la casa de las luces y pensé Y si le prendiera fuego a la casa, ardería todo y así la gente sería libre porque ya no tendría casa, Y con qué le prendería fuego, pensé, Con las cartas de Paul, contesté a mis pensamientos, y me eché a reír, qué graciosa, Quemar las cartas de Paul, pensé regañándome por una ocurrencia tan absurda, eso nunca, las cartas de Paul son como mi corazón, y venga a reír, y pensé Una buena noche quería y una buena noche estoy teniendo, y debí de hacer algo de ruido cantando cancioncillas porque de pronto se encendió una luz detrás de mí y salió una señora de la casa donde yo estaba sentada Qué pasa aquí, dijo dando una voz, que no estamos en la ópera, ni en un restaurante tampoco, añadió al ver las cáscaras de huevo, Qué hace usted aquí, dijo, No podría irse a dormir a otra parte, no, y yo dije No estoy durmiendo, estoy mirando la noche, Pues váyase a mirarla a otra parte, dijo, fuera, fuera, Ay, qué calamidad, dijo, y yo ya no tenía nada que hacer allí con aquella amarganoches, así que cogí mis bultos y me alejé pensando Quién sería esa, la portera no porque la portería quedaba al otro lado del portal, Debía de ser comisaria de policía, pensé, o a lo mejor una profesora, pensé, los profesores siempre andan gritando, pensé mientras caminaba, y Vivir en un bajo, pensé, mejor morir, yo si fuese portera, pensé, pediría que me montaran la portería arriba en alguna de las plantas, Pero por qué tiene que haber siempre alguien amargando en todas partes, ¿es que no puede estar una tranquilita en un sitio?, y todo esto me preguntaba con el corazón enfurecido, había una guerra dentro de mí, como una batalla de furia de repente, y pensé No se puede una sentar entonces, ni en los autobuses, ni en los jardines bonitos, ni delante de las casas, qué pasa, que hay que estar andando siempre, Están los bancos, de acuerdo, pensé, pero bancos tampoco hay tantos, de modo que si todos estuvieran ocupados, dónde se sentarían los demás, A lo mejor me compro un taburete plegable, pensé, y seguí andando y se me apaciguaron un poco los pensamientos, y me gustaba aquella oscuridad tan serena por callecitas donde estábamos solos mis bultos y yo, y pensaba Ellos, los demás, están encerrados entre cuatro paredes, y yo en cambio estoy al aire libre, y ellos hablan de tonterías entre ellos con luz y alfombras y tabaco, y yo en cambio paseo en la preciosa noche, y entonces me detuve un momento y miré el cielo y escuché el silencio, pero como me daba pavor que me echaran seguí andando, y pensaba Ni siquiera así es una libre, y anduve largo rato en aquel precioso silencio, torciendo a la izquierda, a la derecha, yendo por donde me apetecía, hasta que al final, agotada, de pronto pensé Y dónde vas a pasar la noche, no había vuelto a pensar en eso, A lo mejor sigo andando toda la noche, pensé, pero no, pensé, demasiado cansado, no se puede

caminar día y noche sin pausa, me habría gustado parar un momento para cavilar pero parar no, no debía, debía caminar, Pero entonces, pensé, si ya no puedo parar ya no soy libre, estoy obedeciendo a unos aguafiestas que ni siquiera conozco, así que paré adrede para ver qué pasaba y esperé, y solo había silencio, la noche serena, y esperé un poco más, pero seguía sin haber nadie que me molestara y me echara, así que me puse contenta y pensé Nadie me manda, puedo andar libre, y con las mismas recogí los bultos y seguí andando y pensando en dormir y en dónde lo haría, en un banco no, por los ladrones, eso estaba más que decidido, entonces en un pasillo, pensé, o en una escalera, pensé, y en esas me metí en una casa y encendí la luz y fui corriendo hasta la escalera de servicio y esperé, tenía miedo y el corazón me latía con fuerza y pensaba en, si aparecía alguien, qué iba yo a decir, hasta que el miedo se apaciguó un poco y pensé La escalera de servicio o la escalera principal, y no sabía, y dije La escalera de servicio, y subí, y en la sexta planta se acababa la escalera y había un pasillo con un porrón de puertas a los dos lados, pero había también una radio que sonaba muy fuerte y a mí eso no me gustó, así que bajé y probé con la escalera principal, pero no me gustó porque la moqueta era beis y estaba muy raída, me daba igual si no había moqueta allá donde fuera, pero si la había tenía que ser bonita, así que volví a bajar los escalones y salí de aquella casa que no habría sido un buen sitio para pasar la noche, y anduve un poco más y entré en otra casa, y allí fui inmediatamente a comprobar cómo estaba la moqueta, pero en una de las plantas de arriba se abrió una puerta y una gente se puso a hablar y el ascensor empezó a subir, así que bajé rápidamente desde donde estaba y abrí una puerta que daba a la escalera de servicio, pero no me quedé porque oí que se acercaba alguien, así que me fui y en la calle me metí en otra casa, y me hacían mucha gracia aquellas pequeñas visitas, y entré aún en tres o cuatro casas más, y pensaba Soy como un cartero, en todos lados me meto, en todas las casas, solo que yo no llevo gorra, pensé, yo soy mejor que un cartero, pensé, además no tengo cartas, Claro que sí, pensé de pronto, las cartas de Paul, y me gustó mucho la gracieta, me lo pasaba bomba viviendo como me apetecía, y en esas entré en otra casa, y como la moqueta era bonita subí hasta el último diciéndome para mis adentros que allí me echaría a dormir, pero cuando llegué arriba me llevé un disgusto porque había una cómoda en el descansillo, Y si los dueños de la cómoda vienen a sacar sábanas durante la noche, me molestarán, pensé, y lo mismo hasta me echan, pensé, y yo no quería que pasara eso, Aunque igual no guardan sábanas, pensé, igual guardan enseres de pícnic o de jardinería, y eso no les hará falta durante la noche, y con las mismas subí despacito los últimos escalones y solté los bultos y me acerqué a la cómoda y pensé Vamos a comprobar si son sábanas o azadones, y abrí un cajón y estaba vacío, y el segundo cajón vacío también, y yo tan contenta abrí el tercer cajón y vacío también, solo había una canica que rodó cuando abrí, y con las mismas cerré el cajón y oí la canica rodar otra vez, y me senté en el primer escalón y pensé Si está vacía no vendrá nadie, conque aquí voy a dormir, y con las mismas me quité los zapatos, y justo en ese momento se apagó la luz, así que me levanté del escalón y tanteé el descansillo para encontrar el botón de la luz, y no daba con él, y justo cuando ya pensaba No pasa nada, ya solo tengo que acostarme, justo cuando pensaba eso se me cruzó otro pensamiento que me dejó muy preocupada, A lo mejor no vienen a sacar sábanas, pensé, pero a lo mejor vienen a meterlas, sábanas o cualquier otra cosa, libros, platos, Si la señora de la casa no puede dormir, pensé, y se pone a ordenar y de pronto no le queda espacio pensará Qué tonta soy, tengo la cómoda del descansillo, y a mí aquello no me hacía ninguna gracia, Mejor irse de aquí, decidí, y a oscuras, agarrándome a la

barandilla, me senté otra vez en el escalón y estiré los brazos despacito para dar con mis zapatos y volví a calzarme, y me puse de pie y a oscuras fui a coger la canica del cajón, y luego recogí los bultos y el bolso y empecé a bajar a oscuras, pero como tenía las manos ocupadas y me daba miedo caerme bajaba despacio, y de vez en cuando dejaba en el suelo los bultos, los de la mano derecha, para tocar la barandilla, y así fui bajando hasta la planta siguiente, y ahí solté los bultos y palpé toda la pared para dar con la luz y no encontraba nada, así que dije Pues nada, bajamos todo el edificio así, y a oscuras volví a coger los bultos y a oscuras seguí bajando peldaño a peldaño, con el corazón tembloroso, y despacio despacio iba bajando, con mucho cuidado apoyaba los pies, con mucho cuidado apoyaba los bultos, con mucho cuidado tocaba la barandilla para bajar un escalón, luego paraba y recogía los bultos, era un proceso largo y yo con el corazón encogido por aquella oscuridad en la que debía ser tan cuidadosa, y en cada rellano tanteaba en busca de la luz y no encontraba nada, y vuelta a bajar paso a paso, y se hacía largo en la oscuridad, largo en mi corazón, largo para mis manos, hasta que por fin de repente llegué al final, al bajo, y vi un botoncito que brillaba rojo y fui a pulsarlo y la luz se encendió, entonces me dirigí a toda prisa hacia la escalera de servicio y la subí, muy atenta a dónde estaban los botones de la luz, y arriba del todo había un pasillo largo de tarima blanca que al fondo torcía, con un retrete y un grifo, y una ventana que daba a un patinillo, y pensé que era un buen rincón para dormir tranquila y con las mismas busqué dónde quedaba el aseo y luego abrí la caja donde llevaba el abrigo, y lo saqué, el abrigo, y lo extendí en el suelo, Y la cena, pensé de pronto, no la he terminado, así que saqué el salchichón y el pan de sus respectivos sitios y me senté encima del abrigo y con la navaja corté el salchichón y cené estupendamente, con la pequeña molestia de tener que levantarme varias veces para encender la luz, pero con todo y con eso fue una cena de lo más rica, hasta queso que me había sobrado de mediodía, mediodía las cuatro, y cuando terminé me levanté y sacudí el abrigo para que cayeran las migas, para no dormir encima de las migas, y lo volví a extender en el suelo y me volví a sentar, y esta vez como era la hora de dormir me quité los zapatos y los dejé contra la pared, Y los bultos, pensé de pronto, y si un sinvergüenza viniera a robármelos mientras duermo, y me quedé preocupada y ya no me atrevía a acostarme, así que me puse a cavilar, y en esas la luz se apagó otra vez y me quedé a oscuras cavilando, diciéndome Y los bultos, Y los bultos, muy disgustada, y pensé Qué incordio de bultos, todo el rato tengo que estar pensando Y los bultos, Y los bultos, esto no es vida, Y si los atara todos a la vez con un cordel como esta tarde, pensé, pero la idea no me quitaba el disgusto, y pensé Así si el ladrón solo quiere uno estará obligado a llevárselos todos, a ocurrencias absurdas no me gana nadie, pensé, atarlos todos juntos, A lo mejor tendría mejores ideas si hubiera luz, pensé, así que fui a apretar el botón y de pronto se me vino a la cabeza la idea de que el cordel no valía para nada contra los ladrones porque tijeras y navajas ganan a cordeles, Entonces, pensé, no hay nada que hacer, y era una pregunta muy triste la que me hacía, No, pensé, no hay nada que hacer, y esa fue mi respuesta a la pregunta triste, pero aun así até juntos todos los bultos porque pensé A lo mejor no tiene nada para cortar, pero la caja de las cartas no la até, esa me la guardaría debajo del abrigo, cerquita de mí, y para quedarme más tranquila saqué un papel de mi bolso y con el lápiz escribí Cartas viejas y deslicé el rotulillo por debajo del cordel de la caja, de la caja de las cartas, y pensé Unas cartas viejas no le interesarán, Y el bolso, pensé, lo usaré de almohada, pensé, y esta vez sí, todo estaba bien organizado para pasar una buena noche, así que puse los bultos atados contra la pared, junto a los zapatos, y me acosté en el

suelo, encima del abrigo, y me coloqué el bolso debajo de la cabeza y las cartas de Paul contra la cadera y a continuación me ceñí el abrigo alrededor para que fuera como un saco, y como era un abrigo ancho hacía buen papel como saco, y yo tan contenta pensé Duermes libre, puedes irte cuando quieras, Pero no necesito irme, pensé, porque la puerta no está cerrada, Entonces puedo dormir, pensé, y me puse de lado y cerré los ojos y me quedé dormida; noté una especie de embestida y luego un golpe en las piernas y luego oí juramentos y un Me cago en la puta que me parió, y me entró miedo y de pronto se encendió la luz y vi a un gordo en pijama al lado del botón Qué hace usted aquí, gritó frotándose el brazo, Se cree que estamos debajo de un puente, gritó, El pasillo está para pasar, gritó, no para montarse una pensión, Cómo grita el gordo este, pensaba yo, Venga, largo, fuera, gritó, Pero es que es de noche, dije yo, Me la trae al paio, gritó, fuera de aquí, y rapidito, gritó soltando un puntapié a mis bultos, Mis bultos no los toque, grité a la vez que me sentaba, y en ese momento se abrió una puerta cerca y asomó una señora rubia en camisón y dijo A qué viene este griterío, Raymond, Por culpa de la tipa esta casi me parto la crisma al ir a mear, dijo el gordo señalándome, Pero cómo va a ser eso, preguntó la rubia, Estaba durmiendo atravesada en el pasillo, explicó el otro, y yo mientras tanto los miraba y pensaba Ella le va a decir que puedo quedarme, y entonces él gritó Qué pasa, a qué espera, fuera de mi vista ahora mismo, rapidito, no queremos sus asquerosos piojos por aquí, Ah, no, gracias, y tanto que no, dijo la rubia, y yo me levanté y me eché el abrigo por encima para tardar menos y cogí los bultos y con los zapatos también en la mano me fui, pero quería saber si todavía quedaba mucha noche hasta que se hiciera de día, así que me volví y ellos estaban ahí mirándome como pasmarotes y dije Qué hora es ahora, Las tres, no le da vergüenza, respondió el gordo, y yo seguí avanzando y cuando llegué a la escalera solté los bultos y me senté para ponerme los zapatos, y me daban ganas de quedarme allí y pegarme a la pared y volver a dormirme, Pero no, mejor no, pensé despacio, porque el gordo va a volver, va a comprobar si me he ido, así que me levanté y recogí los bultos y bajé la escalera, y pensaba A dónde voy a ir, A dónde voy a ir, y se me cerraban los ojos de sueño, y entonces salí a la calle y la brisa fresca de la noche me espabiló un poco y eché a andar por la calle, y esta vez era noche de verdad, noche de nadie en las calles, y yo recorrí una calle, y luego otra, y pensaba No hacemos nada malo cuando dormimos, y a mí que no hacía nada malo me han echado a patadas, y estaba muy disgustada y pensaba Yo también tengo derecho a dormir conque se van a enterar, ya lo creo que voy a dormir, y no tenía más ganas de estar por la calle andando y cargando con los bultos y pensaba Quiero dormir, quiero dormir, y entonces entré en una casa y subí por la preciosa escalera y en el tercero me acosté y esperé a quedarme dormida y pensé Pero por qué no duermes, y no me dormía, no podía dormir, así que me levanté y había una ventana en el rellano así que la abrí y fuera olía a árboles y reinaba el silencio y me quedé un ratito allí y luego volví a acostarme, Irán a echarme, pensaba, y estaba muy pendiente del silencio porque me daba miedo que apareciera alguien, y luego me dormí, pero con un sueño ligero como los gatos, un sueño ligero que se desveló solo y entonces me levanté para asomarme a la ventana y aún era de noche y yo pensaba Todas las noches te echarán, entonces pensé Y si me fuera al campo, a lo mejor en el campo se puede ser libre mejor que en la ciudad, Pero en el campo no hay tiendas ni avenidas ni transeúntes, pensé, y entonces dejé de pensar en el campo y miré la oscuridad de la noche y pensé Qué haremos mañana, pero mañana es hoy, pensé, Entonces qué haremos hoy, pensé, y dije Hoy voy a ir a meter todo mi dinero en la caja de ahorros, así seré más libre, y me gustaba la idea de ser aún más libre, y me

quedé un rato largo mirando la oscuridad de la noche y fantaseando y de pronto asomaron las claras del día, con un cielo que se ponía gris por encima de las casas, como si el viento echara a la noche, y en el cielo corrían los colores, el negro, el gris, el rosa y casi el azul, y pensé Los demás duermen, no ven el final de la noche, y de pronto un pájaro se puso a cantar y otro le respondió algo más lejos, entonces el que estaba cerca de mí empezó a cantar otra vez y el otro respondió otra vez, y otros más lejos, y yo escuchaba y no me atrevía a respirar siquiera, y al poco todo el barrio se convirtió en cantos de pájaros y el gris del cielo seguía corriendo y yo pensaba Es el amanecer, es todavía más bonito que cuando cae la noche por el silencio de las calles, y estaba encantada, y de pronto los pájaros pararon y yo pensé Ahora es cuando me voy, y cogí los bultos y bajé y abajo había luz en la portería, así que me entró miedo y salí a toda prisa y pensaba Ya están estos vigilando el mundo, y en la calle reinaba todavía la calma de la noche, y de pronto en la otra acera vi a un señor en pijama que salía de una casa con un cubo de basura, y pensé Qué pasa, que hoy es la noche de los señores en pijama, Y este qué hace, pensé, porque me interesaba, así que crucé y justo estaba sacando otro, otro cubo de basura, y yo pensé Será el portero, Es usted el portero, pregunté, Sí, dijo él, Todas las noches hace esto, dije yo, sacar los contenedores, dije yo, Todas las noches, dijo él, Todos los porteros, dije yo, Todos los porteros, dijo él, Y los que no quieren, dije yo, Pues se contrata a otros porteros que sí quieran, dijo él, Es como todo, dijo, nadie te obliga a hacer nada, eh, y dicho esto se metió otra vez en su edificio y yo seguí andando y pensé En el fondo no, ser portera no está tan bien, y me puse contenta porque me alegraba que el marido de la polaca tuviera que hacer eso también, sacar los contenedores de madrugada, Todos los porteros, me había dicho este portero, así que el polaco también, que a todo esto no era polaco, la polaca era ella, pero como ninguno de los dos me caía bien me gustaba llamarlo el polaco, y mientras pensaba en la polaca y en los contenedores caminaba en el amanecer desierto y el cielo rodaba todo gris por encima de las casas, y yo pensaba Otro bonito día que empieza para ti, Pronto se levantarán, pensé, y se vestirán y con mucha prisa se irán a sus oficinas, pero para mí mi día es mío y de nadie más, y me sentía ligera de pura alegría, y bostecé porque todavía tenía sueño y seguí andando hasta llegar a una avenida, pero todavía estaba todo en calma y los comercios cerrados detrás de las rejas, y pensé Hay bancos, puedes estar contenta, ya tienes un sitio, y con las mismas seguí andando un poco más por la avenida hasta que pensé Aquí está bien, y era un banco con una estación de metro enfrente, y solté los bultos en el banco y me senté y pensé Ahora enseguida me tomaré un cafelito, y luego pensé Para qué, para que me pase como ayer con el agua y me den un café que pique, no señor, y en esas me quedé un poco traspuesta, y cuando me desperté un poco del sueñecito pensé Qué estoy esperando aquí, y entonces dije No espero nada, es mi vida, entonces pensé Ya ves, ser libre es esto, y luego otra vez, otro sueñecito, y cuando se me caía mucho la cabeza me espabilaba y me disgustaba y pensaba Si el gordo del pasillo me hubiera dejado dormir ahora estaría espabilada del todo, y entonces pensé Voy a tomarme un regaliz, y me hurgué en los bolsillos, y en el derecho estaba la canica así que la saqué para mirarla, No la he robado, pensé, han sido ellos y su dichosa cómoda los que me han amargado la noche al impedirme que durmiera en su descansillo, así que es de justicia que me haya llevado la canica, y la miré, la canica, y pensé Justicia no es lo mismo que robo, porque los jueces son los que juzgan a los ladrones, y era una canica verde con un poco de azul dentro, y con las mismas me la guardé en el bolsillo y pensé Llevo en el bolsillo un pedacito del cielo y del verde de los árboles, y me gustó mucho la idea, Está mejor conmigo que metida

en un cajón, pensé, Y qué pasa con ese regaliz, pensé, pero no encontré ninguno, esta vez en los bolsillos no quedaban regalices, así que abrí el bolso y la caja estaba vacía así que la tiré al arroyo, A lo mejor hay alguno en el fondo del bolso, pensé, y había uno, todo gris de viejo, y me lo tomé, y de pronto empezó a llover, Lluve, pensé, me gusta la lluvia, pensé, y era una llovizna ligera, Es una llovizna matinal, pensé, Si hay alguien que quiera el banco y que crea que la lluvia me va a echar está muy equivocado, pensé, pero yo sabía que nadie quería el banco, primero porque llovía y segundo porque todavía no se había levantado nadie, y ahora resultaba que llovía más fuerte, y yo en el banco sin moverme y mirando la acera que se estaba poniendo toda brillante de lluvia, y de pronto pensé Si tuviera un bonito sombrero de seda con plumas y una cinta de satén no podría quedarme bajo la lluvia como si nada, y entonces sería la lluvia la que dirigiría mi vida, y a mí eso no me habría gustado, y entonces me inventé una distracción, Señora, dije para mis adentros, la lluvia le va a estropear su bonito sombrero de satén verde, Usted cree, señora, dije Y tanto que sí, señora, dije, Bah, qué más da, señora, mi marido me comprará otro de seda roja con apliques de terciopelo, Es muy rico su marido, señora, dije, Uy, ya lo creo, señora, ni se imagina, posee tanto dinero que tenemos dos castillos para guardar todos mis sombreros, así que se podrá imaginar, señora, que no me importa que la lluvia me moje los sombreros, y yo tan contenta de tener estos pensamientos, me divertía y pensaba Yo no tengo sombrero y a mí la lluvia también plin, y venga a caerme encima, la lluvia, y yo tan contenta pensando Solo las personas libres nos quedamos bajo la lluvia, los demás tienen miedo, huyen para no mojarse, de modo que es la lluvia la que manda, no ellos, y pensé Será toda la vida una batalla entre nosotros y las cosas para averiguar quién manda, y ahora caía con más fuerza, la lluvia, y decidí Ya está bien de lluvia, me voy a ir, y me levanté y recogí los bultos y al recogerlos me asaltó la preocupación, Y si la lluvia hubiera borrado la tinta de las cartas de Paul, pensé, Santo Dios, pensé, y con las mismas solté otra vez los bultos y apreté el de las cartas de Paul debajo del brazo y los otros tres los cogí con la mano izquierda y eché a correr hasta debajo de una puerta y pensaba Sería una desgracia, sería una desgracia, y apoyarme contra aquella puerta era como estar en un pequeño refugio así que dejé en el suelo los bultos y abrí rápidamente el de las cartas, y la parte de arriba de la caja estaba toda humedecida como un papel secante, pero el interior estaba seco y las cartas estaban tan campantes y todavía calentitas, y yo respiré aliviada, Aun así, pensé, tengo que pasarlas a otra caja seca, y até de nuevo el cordel, y cuando terminé miré hacia la avenida para saber dónde podría ir para estar resguardada y reorganizar bien mis cosas, y había un café muy cerca en la acera de enfrente, así que pensé O al metro o al café, pero no sabía y me quedé allí, sin decidirme entre las dos opciones, y la lluvia venga a caer cada vez más fuerte y a golpearme contra las piernas, y en esas dije Tiene que decidirse, señora, y pensé Pues vayamos al café, así podré beber algo y además tendré sitio para rehacer los bultos y secarlos bien, y entonces estuvo decidido y cogí los bultos y a toda prisa crucé y a toda prisa corrí hasta el café, y notaba el pelo pegado a la cabeza y la ropa pegada a todas partes, y el café estaba tranquilo, solo había dos o tres personas y cuando me vio entrar el camarero dijo Anda, una superviviente del diluvio universal, y yo Sí, y tomaré un cafelito para secarme, por favor, y me senté en un banco corrido en un rincón tranquilo con los bultos en la mesa de al lado, y el camarero me trajo el café al instante, Leche va a querer, dijo, y yo No, y él volvió a la barra, La morena debe de estar también en su barra, pensé, Renata, pensé, es nombre de morena, y qué nombre es nombre de rubia, pensé, y pensarlo fue como una pequeña

ensoñación, Y el café, pensé, Y las cartas, así que di un traguito rápido al café para espabilar mejor, Y ahora las cartas, decidí, y con las mismas me corrí en el banco hasta la mesa de al lado, la mesa en la que había dejado los bultos, y los abrí todos para ver cuál se había mojado menos, y como era el de los calcetines saqué los calcetines de la caja de los calcetines y a continuación saqué todas las cartas de Paul de su caja y las guardé bien ordenaditas en la caja de los calcetines, y luego por encima de las cartas puse mis pañuelos para formar una pequeña capa protectora extra contra la lluvia, y luego até la caja con cordel nuevo del ovillo que había comprado en la droguería bonita, y luego metí los calcetines y la bufanda en la caja de las cartas, la que ya no guardaba las cartas, pero me preocupé porque la bufanda estaba mojada, Se van a mojar los calcetines, pensé, y saqué la bufanda y la puse sola en la caja del abrigo, que estaba vacía porque el abrigo lo llevaba puesto desde que el gordo en pijama me había echado del pasillo, y entonces ya todo estuvo bien en su sitio, así que lo cerré con cordel y listo, ya estaban los bultos y ya podía volver a salir si me apetecía, y con las mismas bebí un poco de café y me levanté para ver si seguía lloviendo, y seguía lloviendo, así que me senté otra vez pero estaba muy disgustada, Estamos buenos, pensé, a mí la lluvia no me da miedo, Pues vámonos, dije, y me levanté, Pero y los bultos, pensé, de aquí a cinco minutos volverán a empaparse, y no me hacía ninguna gracia la idea, Qué pasa, que me voy a quedar aquí toda la vida por culpa de los cobardes de los bultos, pensé, y sentía auténtica furia dentro de mí, Va a durar mucho la lluvia esta, grité en dirección a la gente de la barra, No tiene pinta de que vaya a escampar, me contestó uno, Y mis bultos, grité yo, bajo la lluvia se van a reblandecer, se van a desbaratar, grité, Déjenoslos si no va a tardar mucho, gritó uno que parecía el patrón, ya luego viene a buscarlos cuando haya terminado con lo que tenga que hacer en la calle, y a mí aquello me hizo una gracia tremenda, Cuando haya terminado el qué, pensé, y si no tardaba mucho haciendo qué, Me confunde con una que no es libre, pensé, Cree que tengo obligaciones y mandados que hacer, como los demás, pensé, y en esas se me ocurrió una idea que me gustó, Voy a quedarme un poco más, pensé, así este verá que soy libre, y con las mismas volví a sentarme y me arrimé los bultos en el banco corrido y apoyé la cabeza contra la esquina de la pared para echarme un sueñecito, así el patrón se daría cuenta de que mi vida era mía y de nadie más, total que cerré los ojos, y en la barra venga a hablar y yo que lo oía todo pero sin interesarme, hablaban de un garito donde se comía bien, cerca de la estación del Este, y enseguida me harté y entonces se me ocurrió una buena idea, me levanté y fui hasta la barra y le pregunté al dueño si no tendría un periódico viejo por ahí para envolver un paquete, y él dijo Espere, y se metió por una puerta al fondo y volvió con varios periódicos y me los dio, Gracias, dije yo, y volví a mi mesa y envolví todos los bultos en papel de periódico viejo, y con el ovillo lo até todo, y esta vez le ganaba yo a la lluvia con todo bien envuelto, sobre todo las cartas de Paul, y con las mismas recogí los bultos y en la barra paré para pagar y di de nuevo las gracias por los periódicos y dejé una propinilla, Debería esperar un rato más, dijo el camarero, No, no, dije yo, la lluvia no es nada, dije, y me fui, y en la calle seguía lloviendo y ahora ya estaba la mañana bien avanzada, había gente por las calles, y coches, y autobuses, y todo el mundo con paraguas y con prisas, y mucha gente que se dirigía hacia el metro, Y yo, pensé, yo qué hago, Voy a sentarme, decidí, en eso consiste ser libre, en sentarse bajo la lluvia, pensé a la vez que cruzaba, y llegué otra vez a mi banco de antes del café y solté los bultos, primero el de las cartas y luego todos los demás por encima para protegerlo bien y a continuación me senté yo al lado, La reina de la lluvia, pensé, en su trono de lluvia, soy la reina de la lluvia la reina de

todas las cosas, Y la señora, pensé, y la señora diciendo que la lluvia te manda directa al hospital, y eso me hizo pensar en la señora y todo eso, A lo mejor ya tiene a alguien, pensé, una muchachita que recibirá a los repartidores arriba, en su habitación, pero a mí la muchachita me traía sin cuidado, no podía interesarme menos, así que dejé de pensar en eso y me quedé mirando mis bultos bien envueltos en periódico para protegerlos de la lluvia, y en uno ponía Un gato viaja seiscientos kilómetros para reunirse con su amo, y me acerqué al paquete pensando Arrea, ni que un gato fuera un peatón, y los detalles decían Mirabel quería tanto a su dueño que cuando este último se marchó de vacaciones a Avallon dejando al animal al cuidado de unos veci y como yo había rasgado el periódico por culpa del botellín de la rosa que sobresalía de la caja no pude leer lo siguiente pero debajo del trozo que faltaba seguía la noticia y me puse a leerla pero el periódico estaba reblandecido por la lluvia, maullidos quejumbrosos, pero si es Mirabel, exclamó el señor Marnetti abrazando al animalito fiel y extenuado y otra vez rasgado así que giré un poco la caja para leer lo siguiente debajo del nuevo desgarrón, un desgarrón que no había hecho yo, y ponía la fábrica estará clausurada hasta nueva orden, entonces vi que no se trataba de la misma noticia y solté la caja y me reí de ese gato tan lerdo, Para una mujer lo normal es ser fiel, pensé, pero un gato, A lo mejor resulta que sí es el mismo artículo, pensé, a lo mejor el dueño del gato dirige una fábrica y para celebrar el viaje del gato ha decidido dar vacaciones a todos sus obreros, Pero entonces, pensé, es el gato el que manda en la vida de los obreros, y a mí eso no me habría gustado nada, y mientras pensaba todo esto la lluvia venga a caer, pero me daba igual porque me gustaba estar allí, con todas aquellas curiosidades y mis bultos bien tapaditos, y miraba pasar a la gente muy apurada con sus paraguas y pensaba Quién habrá inventado los paraguas, y justo en ese momento una señora con un pan cerró su paraguas y se metió en la casa que había delante de mi banco y cuando entraba se volvió hacia mí y yo pensé Qué pasa, que no has visto nunca a una sin miedo a la lluvia, no, y entonces la mujer se metió en la casa y subió a su planta, A lo mejor es la portera, pensé, y entonces me entró la preocupación, Tendrá derecho una portera a echar a la gente de un banco, pensé, si el banco está delante de su edificio ¿es ella también la portera del banco?, me preguntaba, y eso hacía que me sintiera un poco inquieta, pero no, pasó un rato y no vino a echarme, y venga a llover, Hoy mi vida es una sesión de peluquería y ducha y tintorería, pensé, y todo gratis, caído del cielo, y entonces pensé Y el señor diciendo que hacía falta dinero para vivir, qué equivocado estaba, y entonces pensé Como sea igual de tonto para sus negocios, y de pronto pensé en algo relacionado con el señor, El señor es el jefe de su oficina, pero ¿tendrá un jefe por encima?, y era una pregunta que me hacía con mucha curiosidad, Estará obligado el señor, que es jefe, a llamar señor director a otro que sea aún más importante que él, y entonces pensé De qué sirve ser jefe si hay que decir Sí señor director a uno que es más jefe que tú, Bah, esos no son libres, pensé, y hete aquí que la señora del pan salió otra vez, solo que esta vez no llevaba pan, llevaba una bolsa de malla y me miró y yo pensé Ya está, viene a echarme, pero nada más lejos, abrió el paraguas y se fue en dirección a las tiendas, y yo pensé de repente en una estupidez que había cometido, Y si la humedad de la lluvia se filtrara por debajo en la caja de las cartas, pensé, Como el banco está mojado, la humedad se colará a través del periódico, pensé, y no me hacía ninguna gracia que mis cartas no estuvieran tan protegidas como yo creía, así que deshice la pila de cajas y resultó que la primera que había colocado había sido la de la bufanda, y encima la caja de las cartas, y encima las otras dos cajas, así que de nuevo todo iba bien y me senté otra vez y pensé Y los pájaros, ¿no cantan los pájaros

cuando llueve? Por qué no, pensé, muy disgustada, Pasa como con los árboles, pensé, hay que levantar la cabeza para verlos, en verdad no es libertad si no se ven los árboles ni se oyen los pájaros, A lo mejor en el campo estaría mejor, pensé, y en esas volvió con su bolsa de malla la señora del pan, y en la bolsa de malla llevaba una botella de leche y otra vez se me quedó mirando cuando se dirigía hacia su puerta, y yo pensando Si quiere ser mi enemiga peor para ella, y justo cuando pensaba eso se dirigió hacia mí y dijo Se va a poner usted mala, no se quede bajo la lluvia, Es usted la portera, dije yo, No, dijo ella, Mire, dijo, póngase por lo menos debajo de una puerta, a cubierto, No es tan mezquina, pensé, pero de todos modos se está metiendo donde no la llaman, pensé, No, dije, me gusta estar aquí, Mire, dijo ella, baje al metro, si quiere yo le doy un billete, No hace falta, dije yo, soy rica, puedo bajar al metro cuando me apetezca, Entonces la dejo, dijo ella, De todos modos, dijo, no debería estar a la intemperie con esta lluvia, A algunos les gusta la lluvia, dije yo, y con esto terminó nuestra conversación y la mujer se metió en su edificio y yo me la saqué de la cabeza y me puse a mirar las piernas de las señoras que pasaban por la acera para comprobar si llevaban botas, y muchas llevaban botas y a mí las botas me gustaban mucho, Los soldados llevan botas pero no pasa nada, está bien, pensé, y de pronto la lluvia se convirtió en un diluvio, Mira, no, dije, nos vamos de aquí, y con las mismas recogí mis bultos y me puse debajo de la puerta de un edificio, pero llovía con tal fuerza que pensé Y por qué no me cobijo en el metro, así que cogí otra vez los bultos y fui corriendo hasta la boca y bajé la escalera hasta el interior y decidí Me voy a sentar en un banco del andén, y bajé la escalera que llevaba al andén y abajo la revisora me dijo Eh, señora, señora, su billete, Yo es que no voy a coger el metro, dije, solo voy a sentarme en el banco, Lo lamento mucho, dijo ella, hace falta billete para acceder al andén, Pero si ya le he dicho que no voy a coger el metro, dije yo, Cien veces al día me cuentan la misma milonga, dijo ella, Le digo la verdad, dije, es por la lluvia, solo quiero sentarme, Pues vaya a comprar un billete, dijo, y yo me disgusté mucho y grité En todos lados igual, en todos lados hay que pagar por sentarse, y subí a la taquilla y mientras subía me volví hacia la revisora y grité Y los bultos también pagan, No, mujer, gritó ella encogiéndose de hombros, y yo pensé Mucho encogerte de hombros, mucho encogerte de hombros, pero las hay que cobran por sentar los bultos, y arriba compré un billete y decidí No vas a volver a bajar por el mismo lado, no nos gusta esa revisora, mejor bajas al otro andén, y con las mismas cogí la otra escalera, y esta vez había un revisor, Qué, por fin se ha decidido, me dijo, y yo me quedé muy sorprendida de que nos hubiera oído, No es asunto suyo, dije, Y encima lleva gorra, pensé, y anduve por el andén en dirección a los bancos y oí que se reía con la otra revisora y me entró una especie de pena en el corazón por culpa de esa gentuza mezquina, y para estar bien lejos de ellos llegué hasta la otra punta del andén, y allí me senté con los bultos, dos a cada lado, Con todo y con eso, no todos son mezquinos, pensé, la señora del pan quería que me cobijara, La gente solo sabe ser o mezquina o indiscreta, pensé, y se armó mucho jaleo porque los dos metros llegaron al mismo tiempo, y yo me puse a mirar a la gente que bajaba y a la gente que subía y a la gente apretada como bestias en los vagones y pensaba Tu vida es tuya, en cambio la de ellos no es su vida, y me sentía muy orgullosa de tener una vida mejor que la de los que iban apretados y se dirigían a sitios por obligación, y luego se hizo el silencio porque los dos metros se fueron y yo pensé Los bultos se están secando con el calorcito, pero aun así no me gustaba estar tan al final del andén, lejos de la gente, así que cogí los bultos y me acomodé en el centro del andén, y allí estaba mejor porque había más gente, y yo miraba y pensaba en la

profesión de conductor de metro, y a mí no me habría gustado nada ser conductora de metro, siempre bajo tierra y sin un campo bonito que admirar como los conductores de trenes, A lo mejor ha parado de llover, pensé de repente, si ha parado subo, Pero cómo voy a saberlo, pensé, y llegaron más metros y yo allí plantada y pensando Cómo saberlo, cómo saberlo, hasta que de pronto me decidí, cogí los bultos y fui a la escalera y le dije al revisor A lo mejor ha dejado de llover, así que voy a subir a mirar, pero si no ha parado vuelvo, Bueno, dijo él, Pero no voy a pagar otra vez, dije en tono de amenaza, Ya, ya lo había entendido, dijo él, así que subí el primer tramo de escaleras y luego el segundo, que daba a la calle, y seguía diluviando y dije No seré yo quien se quede aquí, así que bajé otra vez y abajo el revisor dijo Qué, sigue cayendo, y yo dije Sí, pero era un Sí tal cual, seco, escueto, no me apetecía hablar con él, no me interesaba esa persona, y volví a sentarme en mi sitio del andén pero no en el mismo sitio exactamente porque había una señora en el que había sido mi asiento, una señora con un abrigo beis, y pensé El beis no es un color bonito, Pero el gris es peor, pensé de inmediato, gris es como una pared, y tintorero es una profesión bonita, pensé, a todas las prendas de vestir de los clientes que no te gusten les cambias el color, y entonces la señora beis se subió en un metro y en esas me entró otra vez sueñecillo, y luego pensé Qué vas a hacer hoy si no te dejan pasar la noche, Ya está bien, pensé, no es el momento de pasar la noche es el momento de la mañana, por la mañana no se piensa en pasar la noche se piensa en la mañana, Y por qué no iba a pensar en la noche, pensé muy disgustada, y entonces pensé en la noche pero no sabía cómo pensar y dije Eso demuestra que en pasar la noche se piensa a la hora de pasar la noche y no antes, Entonces qué hago, pensé, pero era un Qué hago referido a mi vida durante el día, no al sitio donde pasaría la noche, La verdad es que el andén del metro no está tan bien como la calle, pensé, Y si llueve tres días seguidos, como pasa en Bar-le-Duc, pensé, qué pasa, que tres días seguidos tengo yo que estar en el metro, y me disgusté mucho y dejó de gustarme estar allí, Es la lluvia la que manda, pensé, Pues yo aquí no me quedo, dije, y me alegré de ser yo de nuevo la jefa, Qué hacemos entonces, pensé, y pensaba Nos vamos, nos vamos, hasta que de pronto se me ocurrió una buena idea y listo, decidido que me iba, Y si buscara a Paul, pensé, a lo mejor no ha muerto, y me gustó mucho eso, a lo mejor volvía a ver a Paul, A lo mejor está dando un paseo por los Campos Elíseos, pensé, es una avenida importante, pensé, y con las mismas cogí los bultos y me acerqué al revisor y le pregunté para ir a los Campos Elíseos y él me dijo En el andén de enfrente, va directo, y Ve como iba a coger el metro, dijo, usted que decía que solo quería sentarse, Y era verdad, dije muy enfadada, pero se me acaba de ocurrir una buena idea así que usted a mí no me manda, ni usted ni la tipa de enfrente, dije, y me trasladé al otro andén muy disgustada, pero llegó el metro, mi metro hacia Paul, y se terminó el disgusto, y me vi de pie y apretada entre mucha otra gente, y eran los demás los que se disgustaban por culpa de mis bultos, que les estorbaban en las piernas, La gente es imbécil, pensé, todos aquí de pie como piojos en costura, Pero yo no, pensé, Lo mío es distinto, dije, yo no lo hago para ir a trabajar ni a un incordio que te manden, yo lo hago para quizá ver a Paul, y si quiero me bajo cuando me apetezca, y entretanto el metro circulaba y se paraba y vuelta a circular y yo pensaba Parecemos bultos bien apretados, A lo mejor no lo reconozco, pensé, a lo mejor tiene el pelo blanco, o no tiene ni un pelo, y era la mar de curioso pensar en Paul, pero de pronto dejé de pensar en Paul por culpa de mi rosa, de pronto dije Y mi rosa, se habrá espachurrado entre tantas piernas, y me disgusté e intenté ver cómo estaba, pero era una caja que precisamente había podido poner en el suelo contra una puerta así que no la veía, intenté

achuchar a una señora pero me regañó y pensé Ya está bien de tanta regañina y dejé de achuchar a la señora y la siguiente estación era la de los Campos Elíseos y bajaba mucha gente y también me tocaba bajar a mí, y a mi rosa y a mis bultos, todo el mundo fuera, y en el andén dejé pasar a todo el mundo, gente con prisa por llegar a sus citas, y solté los bultos en el banco y era una estación bonita toda iluminada por escaparates con productos bonitos dentro, y yo tan contenta de estar en aquel barrio tan bonito y pensé Rápido, rápido, subamos, sobre todo por miedo a que me cobraran por poner los bultos en un banco de aquella estación tan bonita, Y la rosa, pensé, se la ve pachuchilla, estaba toda lacia, De todos modos, pensé, una rosa no es que tenga una vida muy larga, Sí, pero no todas tienen una vida como la mía, pensé, y con las mismas cogí los bultos y nos encaminamos por un pasillo, un pasillo largo, y a mí no me gustaba un pasillo así, tan pero tan tan largo, La calle es mejor, pensaba, y además mi rosa necesita aire, pensaba, y el pasillo venga a alargarse, Qué pasa, pensé enfurecida, que vamos a atravesar todo París así, y por el suelo había mendigos y a mí aquello no me gustaba nada, y entonces de pronto apareció un violinista de pie apoyado contra una pared tocando una melodía y me quedé como maravillada, dejé los bultos en el suelo y me puse a mirarlo y a escucharlo y me acordé de cuando era pequeña, y como había gente que se paraba para dejarle calderilla en la funda del violín rebusqué en mi bolso y le eché una moneda en la funda del violín pero me disgusté porque el violinista era ciego y no vio que le echaba una moneda y no me dio las gracias, así que cuando ya había dado unos pocos pasos volví atrás en dirección al maleducado y dije Le he echado una moneda en la funda y él dijo Gracias, pero sin interrumpir la música, y yo disgustadísima cogí mi moneda y me fui otra vez por el pasillo largo, y luego una escalera que bajaba y otra vez aparecí en el andén con un metro que llegaba así que me enfurecí y tomé otro pasillo para salir de aquel andén que no me interesaba, y entonces había una escalera y me vi otra vez en el pasillo inmenso con los mendigos y el violinista maleducado, Qué pasa, que aquí no hay salida, pensé, que somos prisioneros, pensé, me pareció que todos íbamos a convertirnos en mendigos, y en estas pensé Y Paul que a lo mejor está arriba mientras tanto, así que dejé los bultos y pensé Cómo se sale de aquí, y era una pregunta muy difícil de responder, Hay que encontrar un guardia o un comisario de policía, pensé, y con las mismas recogí los bultos y me puse de nuevo en marcha en dirección al andén que acababa de dejar atrás, y justo cuando llegaba abajo la puerta automática se cerró delante de mis narices, Entonces qué pasa, que no se puede salir, le dije a un señor, Ah, hay que esperar, respondió el señor, pero como tenía cara de tonto no seguí hablando con él, y por fin se abrió la puerta grandota y al lado había un revisor y me acerqué a él y dije Quiero hablar con un comisario de policía, y él venga a picar billetes, y venga a picar, y levantó la cabeza y dijo Un comisario de policía para qué, y tenía una cara de lerdo integral el revisor, Porque quiero salir de aquí, dije, ya estoy harta de vuestro pasillo y de vuestros mendigos, quiero salir, Y quién se lo impide, dijo, solo tiene que subir esa escalera, dijo, y en letras enormes ponía salida y pregunté A dónde se sale por ahí, a los Campos Elíseos, Sí, dijo él, así que cogí los bultos y subí la escalera que indicaba la salida, y listo, ya estaba en los Campos Elíseos, con una lluvia que caía con ganas, como en la avenida de la señora del pan, Qué le vamos a hacer, dije, no vamos a volver al metro de los mendigos, A lo mejor hay bancos en los Campos Elíseos, pensé, así que a lo mejor voy a un banco a sentarme, pensé, y con las mismas eché a andar y tan contenta, Ahora tengo que estar muy pendiente, pensé, por si veo a Paul, y anduve bajo la lluvia y Hasta en las avenidas bonitas llueve, pensé, así es la justicia, la misma para todos, pensé, y cuando terminé de pensar

en eso y en cosas parecidas me puse a buscar algún banco y vi uno justo al lado así que me acerqué pero eché un vistazo alrededor y alrededor solo había automóviles aparcados, así que dije No, este no es un buen sitio para encontrar a Paul, y como vi que por culpa de la lluvia todo el mundo se refugiaba frente a los escaparates de las tiendas decidí Yo también voy a ponerme ahí, y con las mismas me alejé del banco y escogí una tienda bonita que vendía zapatos de caballero porque a lo mejor Paul iba allí a comprarse zapatos, y dejé los bultos a mi lado y miré a la gente pasar, pero no pasaba mucha gente y la que pasaba corría porque la lluvia caía con ganas, A lo mejor está dentro de la zapatería, pensé, y me puse a mirar a través del escaparate para ver el interior, pero no, Paul no estaba, total que pasó un rato y yo miraba la avenida y pensaba que una avenida en la que los coches circulan hasta por las aceras no es tan bonita como la pintan, Y si Paul fuese en coche, pensé, Pues claro, pensé, seguro que sí, así que cogí los bultos y me acerqué a la parte de la acera por la que circulaban los coches y cada vez que pasaba uno miraba al señor de dentro cuando había señores, y cuando había señoras miraba también porque así me distraía, y luego caminé un poco y pensaba La lluvia le sienta bien a mi baccara, pero aun así, pensé, está pachuchilla, En fin, es lo que tienen las rosas, pensé también, sin dejar de mirar por si veía a Paul, con la lluvia que amainaba un poco pero yo tenía lluvia por todo el cuerpo, en el pelo, en la ropa, en el cuello, por todo el cuerpo, y me reía de pensar en mis huesos, que debían de estar mojados, Pero los huesos son sólidos, pensé, la lluvia no los reblandece, Y dónde voy a pasar la noche hoy, pensé otra vez de pronto, Ah, no, dije en voz alta para mis adentros, todavía no debes pensar en dónde vas a pasar la noche, pero a mí me preocupaba mucho que me echaran de los pasillos y pensaba en dónde iba a pasar la noche a pesar de todo, pero era un incordio porque entonces no estaba pendiente de si aparecía Paul, así que dije Ya está bien, como vuelvas a pensar en dónde vas a pasar la noche, pasarás la noche en un hotel, Ah, no, dije, eso sí que no, y dejé de pensar en la noche y de pronto había mucha gente andando así que me puse a mirar en todas direcciones pero no lo veía, y la lluvia, que había amainado un poco, volvió a caer con ganas y todo el mundo corrió hacia las fachadas de las casas y las tiendas, y yo también corrí porque era una lluvia salvaje, y donde yo estaba no se estaba bien porque no había tiendas ni escaparates bonitos para mirar, había un gran muro blanco de mármol que decía banco y yo estaba muy disgustada de no estar delante de un escaparate interesante, y venga a llover, y los Campos Elíseos todo grises, y a lo mejor Paul estaría en el banco, pensé, a veces, pensé, Pues vamos a mirar, decidí, y con las mismas agarré los bultos y empujé con el pie una bonita puerta de cristal para abrirla porque tenía las manos ocupadas con los bultos, y dentro había una especie de palacio todo de mármol con sillones de cuero y detrás de las ventanillas había empleados que escribían cosas y solté los bultos y me puse a mirar por si veía a Paul pero no, no estaba él ni nadie que se le pareciera, Y si viene alguien a preguntarme qué quiero, qué digo, pensé, y estaba nerviosa porque no conocía la ley de los bancos, Quién tiene permitido entrar en un banco, pensé, los banqueros y quién más, a lo mejor la gente que quiere dinero prestado, pensé, y de pronto me acordé de que la señora tenía su dinero en el banco, Y bien, pensé, yo también podría meter mi dinero en el banco y no en la caja de ahorros como quería, y era una buena idea Así no me pueden echar si les diera por ahí, y cogí los bultos y fui a acomodarme en un sillón porque estaba en mi derecho, pero en el sillón me aburría así que recogí los bultos y me acerqué a la bonita ventanilla de mármol y llamé a un muchacho que daba vueltas a una máquina y el muchacho se acercó muy amablemente y dijo Sí, qué desea, y yo dije Tenemos derecho, todo el

mundo, a meter nuestro dinero en el banco, Sí, contestó él, Pues me gustaría meter el mío, dije, Bien, dijo él, diríjase a aquella ventanilla, donde está la señora, pero a mí no me hacía gracia que no fuera el muchacho quien se encargara de mi dinero, pero él dijo No, imposible, yo me ocupo del cambio, y yo dije Vaya, yo que lo había tomado por una persona amable, y me acerqué a la ventanilla de la señora, una canija que me dijo ¿Desea abrir una cuenta?, y yo dije Deseo ingresar mi dinero para que esté protegido, Bien, dijo ella, necesito un documento de identidad o un recibo de alquiler, y yo dije Sí, y busqué en el bolso mi cartera vieja y saqué mi carné de identidad y se lo entregué a la tipa pero estaba muy disgustada, mi edad y mi apellido y todo lo demás no era de la incumbencia de aquella tipa, que se puso a mirar el carné y enseguida dijo Pero este carné no tiene validez, y yo me puse como una furia y dije Y eso por qué, Pues porque se expidió hace veinticinco años, dijo ella, Y qué pasa, grité, yo soy yo, hace veinticinco años también era yo, Lo lamento, me dijo a la vez que me devolvía el carné, no le puedo abrir una cuenta con esto, Lo dice la ley de los bancos, pregunté, Lo dice el reglamento, dijo, Valiente porquería de reglamentos, dije yo, y con las mismas recogí los bultos y me dirigí hacia la puerta pero la tipa me llamó Se deja aquí el carné, gritó, pero a mí me traía sin cuidado, de qué me servía a mí ese carné, una cédula indiscreta que delataba mi edad y todos los secretos sobre mí, así que salí del banco sin dar media vuelta para cogerlo, el carné, y en la calle me puse muy contenta porque ya nadie podía saber cómo me llamaba, si alguien me preguntaba diría que me llamaba de cualquier forma, Renata del Herrerrillo, Renata del Helecho, y a tomar viento, nunca nadie sabría la verdad, y eso significaba aún más libertad que antes, y yo encantada de la vida, Pero tengo que largarme de aquí cuanto antes, pensé, si no, la dichosa banquera me perseguirá para devolverme el carné, así que me fui rápidamente y anduve por los Campos Elíseos, y seguía lloviendo, y cuando estuve lejos del banco apoyé los bultos contra una tienda de vestidos y de nuevo me puse a buscar a Paul con la mirada, y ahora había mucha gente porque llovía menos así que había que mirar en todas direcciones y a la mitad de los transeúntes me los saltaba, y entonces me harté de buscar a Paul, De todos modos, pensé, ni siquiera sabes si aún está vivo, así que eché a andar otra vez, y estaban bien los Campos Elíseos, porque justo un poco más allá había una tienda que vendía bocadillos, y con las mismas me compré uno de queso para almorzar, pero como todavía no era la hora de almorzar me lo guardé en el bolsillo y seguí con mi caminata, Pero por qué estoy andando, pensé de pronto, si no voy a buscar más a Paul, Qué hago ahora, pensé, y como a pesar de todo tenía hambre me acerqué a un banco y me senté con mis bultos y me comí el bocadillo, y mientras comía pensaba en después y en dónde iría, Puedes ir donde sea, donde te apetezca, pensé, y estaba encantada, tenía la alegría como metida en el cuerpo, Ojalá hubiera pájaros, pensé, y me disgusté porque veía palomas paseándose cerca de mí, por la acera, Escoria, pensé, Y mi rosa, pensé de pronto, ha llegado el momento de ponerla a secar, pensé, y era una buena idea que me gustó porque así conservaría un recuerdo para toda la vida, y el resto del bocadillo lo dediqué a pensar en mi rosa y su secado, Las flores se secan prensándolas en libros, pensé, y entonces me preocupé porque naturalmente yo no llevaba libros en los bultos, Pues habrá que agenciarse un libro, pensé, Pero un libro va a pesar mucho, pensé, Ah, dije, hay que tomar decisiones en esta vida, o un libro o quedarme sin rosa, quedarme sin rosa seca es quedarme sin un recuerdo de mi regalo, nada, ya bastante me fastidiaba haberme comido el otro regalo, la manzana del frutero amable, así que solo faltaba, todos mis regalos no podían desaparecer como si tal cosa, Total, que necesito un libro, dije, y ya está, así lo he

decidido, mal que me pese, y como ya me había terminado el bocadillo me levanté y recogí los bultos y me puse en marcha para ir a una librería, Ahora toca buscar no a Paul sino una librería, me dije, Aunque a lo mejor me encuentro a Paul en la librería, pensé, y mientras tanto andaba bajo la llovizna y no había librerías y pensé Empiezan a tocarme las narices los dichosos Campos Elíseos, aun así seguí buscando una librería pero no encontré nada, A lo mejor podría secarla entre las cartas de Paul, pensé, pero no me gustó la idea, pensé que la rosa deformaría y afearía el papel, y en ese caso mi rosa en vez de ser un recuerdo bonito sería una asquerosa estropeadora de cartas, y yo no quería eso, Entonces, pensé, y era un Entonces pregunta, y justo se me ocurrió una idea y era una buena idea que daba una respuesta buena a mi Entonces, y la buena idea era que en la avenida de la señora del pan, la señora que había querido regalarme un billete de metro contra la lluvia, justo al lado de la casa de esa señora había una librería, yo incluso había visto a la librera abrir la reja cuando estaba sentada bajo la lluvia, así que cogí mis bultos, porque los había dejado en el suelo cuando había dicho el Entonces, y me dirigí hacia el metro y de camino al metro me alegré de irme de los Campos Elíseos porque para mi gusto era mejor la avenida de la señora del pan, Y mi rosa, pensé, pobre señorita Baccara, y era cierto que se la veía cansada de todo, Esta pobre no está hecha para tanto trajín, pensé, Y quién manda, pensé de pronto mientras bajaba al metro, ¿mando yo o la rosa o el libro?, y estaba muy fastidiada, y en esas dije La rosa porque es por ella por lo que voy a buscar un libro, Pero no, pensé, manda el libro porque sin el libro la rosa está perdida, y a mí todo aquello no me gustaba nada y me soliviantaba las ideas, y en el pasillo del metro se me vino a la cabeza un pensamiento que era un buen pensamiento, No, la que manda soy yo, porque si decidiera meterme en el cine la rosa no podría ir solita a buscar el libro, y eso demuestra que la que manda soy yo, y entonces me sentí muy aliviada y otra vez tan contenta y en esas llegué al andén y justo cuando estaba soltando los bultos en el suelo llegó también el metro, así que con las mismas recogí los bultos y subí a un vagón, y otra vez de pie y apretados, pero menos apretados que a la ida, y luego se quedó libre un asiento y yo me senté corriendo y coloqué los bultos debajo del asiento y encima de mis rodillas, Y qué libro voy a comprar, pensé, y era una pregunta difícil, y el metro circulaba y yo pensaba cada vez más Qué libro voy a comprar, Qué libro voy a comprar, y quería que fuera un libro bonito porque mi rosa era bonita, Así que nada de novelas, pensé, las novelas no son libros bonitos, tiene que ser un libro serio, pensé, un diccionario de inglés, pensé, o un misal, pensé, y me dio la risa, Ni que fuera yo cura, pensé, y era un pensamiento la mar de gracioso y yo me reía de ese rato tan bueno, Y la pobre rosa, pensé, ella no se reiría nada en medio de tanto latinajo, ah lo bien que me lo pasaba en el metro con esas ocurrencias tan divertidas, Nadie tiene una vida tan buena como tú, pensé, y entonces dediqué un ratito a pensar en mi buena vida, Pero y a todo esto, pensé, dónde voy a pasar la noche, pero no duró mucho el pensar en la noche porque justo entrábamos en la estación donde tenía que bajar, de la que sabía bien el nombre porque había tenido tiempo de sobra de leerlo y releerlo durante mi pequeña estancia en el banco del andén, y mientras colocaba bien los bultos me topé de frente con el revisor, que me reconoció y dijo Anda, si ya ha vuelto, Ha tenido usted un buen viaje, dijo, y a mí eso no me gustó y dije Y usted sigue haciendo el imbécil con la gorrita, Un poco de educación, señora, dijo él muy disgustado, y yo empecé a subir la escalera pero fui amable y me giré hacia él y dije muy alto Haría mejor en disfrutar de la vida en vez de picar billetes bajo tierra, Y a mis chiquillos quién los cría entonces, eh, gritó él, pero a mí eso me traía sin cuidado, qué me importaban a mí sus chiquillos, ni que fuera yo libre

con una buena vida para andar preocupándome por los chiquillos de un tontorrón, así que seguí subiendo esa escalera, y la segunda escalera después, y arriba me esperaba la lluvia, estaba claro que llovía en todas partes, y crucé la calle y allí estaba la librería, así que pronto llegaría el momento de secar mi rosa, Pero qué libro voy a comprar, pensé con inquietud, y en esas me senté en el banco, el banco de delante de la casa de la señora del pan, y traté de pensar en un libro, pero no se me ocurría ninguna buena idea así que agarré los bultos y fui a echar un vistazo al escaparate de la librería, pero no me gustaba ninguno de aquellos libros para mi rosa, eran todos o novelas o mamotretos gordísimos sobre iglesias o setas y cosas así, de modo que Qué hacemos, pensé, Vamos a entrar y ya veremos, dije, y con las mismas empujé la puerta con el pie porque era un truco muy bueno y yo era muy cuca, y enseguida solté los bultos junto a un mostrador para que nadie me los robara, demasiado cerca de la salida, y una señora repipi dijo Qué hay, qué quiere usted, y yo dije Me gustaría comprar un libro bonito, Ah, dijo la señora repipi siendo un poco menos repipi, Señora Carolus, atienda a esta señora, la señora quiere un libro bonito, y en esas se me acercó una muchacha y me dijo Qué clase de libro busca, Uno gordo no, dije, Es para un regalo, preguntó ella, No, dije yo, es para mí, Una novela entonces, dijo ella, No, dije yo, una novela desde luego que no, dije, Qué le gusta a usted leer, preguntó ella, y a mí me pareció que empezaba a pasarse de indiscreta, No es para leerlo, respondí, Es para, pero no, no iba a contarle mi vida privada a la tal señora Carolus, De todos modos, pensé, yo sé cómo se llama, pero ella no sabe cómo me llamo yo, así que yo soy más que ella, y mientras ella decía Que no es para leer, que no es para leer, pero entonces, Vamos a ver, señora Carolus, dijo la señora repipi, deje de perder el tiempo y atienda a este joven que quiere comprar un libro sobre Napoleón, y yo me disgusté una barbaridad y dije No, la señora Carolus me está atendiendo a mí, no puede atender al mismo tiempo al joven, Pero es que usted no quiere comprar absolutamente nada, dijo la señora repipi, así que tenga la bondad de permitir que atendamos a clientes más interesantes, y al oír eso me enfurecí y grité Cómo que no quiero comprar ningún libro, pues claro que sí, yo también quiero un libro sobre Napoleón, añadí, y la verdad es que era una buena idea, Napoleón era cosa seria, así que la tal señora Carolus me enseñó un libro horrendo amarillo con mucho texto muy apretado, que eso habría sido una cárcel para mi rosa, así que yo dije No, quiero uno con imágenes y encuadernado bonito, y ella fue a buscar a otra sección y me trajo un libro encuadernado en tela morada con abejas de oro estampadas y por dentro había fotos de Napoleón y de un montón de tipas, y a mí todo eso me parecía muy bien y dije Me lo llevo, y pagué y mientras pagaba la señora Carolus hizo amago de empaquetar el libro y yo le dije No, no, no hace falta, y me lo dio tal cual y dije Gracias y recogí mis bultos y me metí el libro debajo del brazo y salí de la tienda, y fuera seguía lloviendo, pero un poco menos, así que pensé Voy a ponerme en el banco para acomodar la rosa, y luego pensé No, que la lluvia te va a estropear el Napoleón, Pues en una casa, decidí, y me metí en una casa que había justo delante de mí, justo al lado de la de la señora del pan, y solté los bultos en el suelo y pensaba Al final va a resultar que sí manda la rosa, y justo cuando me disponía a pensar en eso para averiguar quién tenía razón en mis ideas se abrió la puerta de la portería y salió una señora gritona, Largo, largo, circule, gritaba, en este edificio no queremos ropavejeros, Pero es que está lloviendo, dije yo, y además no soy ropavejera, dije, Déjese de historias, gritó ella, aire, y yo cogí mis bultos y todas mis cosas y ella mientras tanto venga a gritar, Lo que hay que ver, decía, en un edificio donde viven un médico y un abogado, Oiga, que yo soy una persona

decente, dije, Con esa facha, dijo ella con retintín, pero no iba a ponerme a discutir con aquella provocadora, conque salí del edificio y ella cerró la puerta detrás de mí y yo pensé Como esto siga así voy a comprarme un cuaderno para apuntar a toda la gente mezquina, y estaba enfadadísima de que todo el mundo me impidiera tener una vida bonita y con las mismas fui hasta el banco que quedaba justo al lado, y seguía lloviznando pero dije Qué le vamos a hacer, y me senté y entonces saqué la rosa del botellín y abrí el libro para meter dentro la rosa, pero salía la foto de un papa así que esa página no, mi pobre rosa se habría marchitado de aburrimiento, entonces abrí por otra página ilustrada con una casa de campo y dije Ea, aquí vas a ir tú, y cerré el libro con la rosa dentro, pero como la rosa era gruesa como una rosa el libro no cerraba, un incordio y un fracaso total, y yo disgustadísima porque empezaba a tocarme las narices la dichosa rosa, que en todo mandaba y para todo estorbaba, así que apreté el libro muy fuerte con las dos manos y dejé que pasara un ratito y luego muy poco a poco aflojé las manos y el libro se entreabrió solo, solo no, era la rosa la que lo abría, hasta que de pronto llegó la buena idea, por fin la había encontrado, Eres la madre de las buenas ideas, pensé mientras buscaba el ovillo de bramante en mi bolso, y luego las tijeras, y cuando lo tuve todo até el libro apretando mucho para que no se abriera más y luego corté el cordel y listo, y yo tan contenta de que el cordel le hubiera ganado a la rosa, y entonces se planteó la pregunta de dónde iba a meter el libro, en cuál de los bultos, Con las cartas de Paul, pensé, pero no, no era una buena idea y no me gustó, las cartas de Paul eran las cartas de Paul, así que me puse a cavilar y pensé Con la bufanda, que está solita en su caja como una princesa, el problema es que no podía ser porque la bufanda estaba mojada y habría podrido el libro, podrido la rosa y hala, me habría quedado sin mi rosa, así que eché un vistazo a las dos cajas que quedaban y una era la de los calcetines y la otra era la de la falda y el gorro, y con las mismas abrí esa última caja y saqué la botella de su boquete y la tiré al arroyo, la botella, porque para mi rosa ya se había terminado el tiempo de las botellas, y me senté otra vez y en la caja puse el libro encima de la falda y lo cerré todo muy bien y en el boquete que había dejado la botella metí el gorro hecho una bola para tapar bien la caja y que no entrara la lluvia, y cuando estuvo todo listo plegué el papel de periódico de otra forma para que el boquete quedara tapado y luego lo até y listo por fin, todas mis cosas estaban ordenadas, listas para marcharnos si a mí me apetecía, y mientras yo rehacía todos los bultos la lluvia había empezado a arreciar, pero yo dije Aquí me quedo, estaba hasta la coronilla de revisores y de porteras y la lluvia por lo menos no me decía cosas feas, Qué pasa, que a los abogados y a los médicos solo les gustan las personas bien vestidas, pensé furiosa, y entonces pensé en el hermano de la señora, porque el hermano de la señora era abogado, pero él siempre me daba las buenas tardes con mucha educación cuando venía a cenar, comía sin sal el hermano de la señora, Abogado no es una profesión tan atroz, pensé, eres libre, ves a gente, el problema es el uniforme obligatorio que tienen que ponerse cuando solicitan que su cliente no vaya a la cárcel, Hay que ver, pensé, por qué tendrán que llevar un uniforme tan absurdo, había una foto en casa de la señora en la que salía el hermano de la señora con su uniforme cómico dándole la mano al presidente de la República y yo le había dicho a la señora Igual el señor Raoul podría no haberse vestido de polichinela ese día, y la señora se disgustó mucho, y justo cuando estaba pensando en eso salió una señora del edificio de la señora del pan con el paraguas abierto porque en ese momento llovía a cántaros, y la señora vino directa hacia mí, hacia mi banco, donde yo estaba sentada, y rápidamente pensé Es la portera Es la sillera Te va a echar Te va a cobrar, y me entró miedo, y

ella dijo Me puedo sentar a su lado, y yo me quedé muy sorprendida, la miré y ella sonreía y dije Pero están los bultos, No pasa nada, dijo, no me molestan, y se sentó e inclinó un poco el paraguas para resguardarme a mí también y dijo Pobre mujer, qué hace usted aquí bajo la lluvia, por qué no va a resguardarse a algún sitio, Qué curioso, dije yo, otra señora de su edificio ha venido antes a preguntarme lo mismo, En su edificio no son ustedes como los demás, dije, Sí, dijo ella, era mi criada, que me ha dicho que cuando ha abierto las contraventanas a las siete ya estaba usted aquí, y yo le dije a la señora Están ustedes hechas dos chismosas de cuidado, usted y su criada, y la señora dijo Pero es que es terrible verla así bajo esta lluvia, mi pobre Mariette está muy atribulada, quién es Mariette, dije yo, porque en verdad me interesaba, Mi criada, dijo la señora, Entonces la señora del pan se llama Mariette, pensé, y me gustaba saber el nombre de la señora del pan, y la otra señora entretanto venga a hablar, decía Esto es un disparate, Tiene usted que resguardarse, Pero por qué, y yo pensé Ya está, en cuanto alguien es bueno empieza el interrogatorio, y con las mismas dije Me gusta la lluvia, me gustan los bancos, Pero va usted a coger algo malo, dijo, tiene que resguardarse, no tiene ningún sitio a donde ir, Ah, no, dije yo, se terminaron los sitios para mí, dije yo, ahora para mí es el momento de la libertad, Sí, dijo la señora, una libertad que acabará en pulmonía, y a mí empezaba a tocarme las narices aquella señora tan metomentodo, Es preferible una pulmonía antes que una señora incordio, dije para que se fuera, pero no, no se fue sino que se echó a reír y dijo Mire, me parece que no tiene usted un hogar, así que ¿no podría yo ayudarla en algo?, no puedo soportar verla así bajo esta lluvia con los bultos, Pero por qué, dije, Porque así soy yo, dijo ella, siempre procuro poner remedio a la desgracia y el sufrimiento, Ah, dije yo, y luego ya no dijimos nada más, no sé en qué pensaba ella en sus pensamientos, yo me decía Esta señora es la mar de curiosa, pero parece buena, Y si la meten en un hospital qué ganará con eso, eh, dijo ella, Estamos buenos, pensé, como siga así me mudo a otro banco, Puede que sea usted una señora buena, dije, pero empieza a tocarme las narices, Está empapada, dijo ella, es horrible, dijo, y luego ya no dijo nada más así que pensé Lo mismo está pensando en otra cosa y puedo largarme sin que se dé cuenta, y yo tan contenta acerqué la mano a los bultos muy despacito y en esas volvió a hablar, Si quiere, dijo, le puedo facilitar un sitio para vivir, Pero es que yo no quiero, dije, Pero y de noche, cuando llueve, dónde pasa usted la noche, preguntó, y aquello fue como un fogonazo en mis pensamientos, pasar la noche, Cómo es ese sitio suyo, pregunté, y pensé Si es el descansillo de su casa le digo que sí, y ella puso cara de alegría y dijo Es una casa de acogida que llevan mi hermano y mi cuñada, Una casa de acogida para viejos, pregunté, muy disgustada, No, dijo ella, una casa de acogida para mujeres sin hogar, sin trabajo, como usted, las rehabilitamos y tratamos de buscarles un empleo, Ah, no, grité, yo soy una persona libre, no quiero trabajar más, y cogí mis bultos y me levanté del banco y me fui, Pero a dónde va, a dónde va, gritó ella levantándose también, Ay, Dios mío, que se va, gritó, y echó a correr unos pasos y me alcanzó, y yo me puse a andar rápido, rápido, más rápido que ella, y ella me iba a la zaga con el paraguas, Espéreme, gritó, Vuelva aquí, gritó, y yo andaba muy disgustada y pensaba Qué pasa con los bancos, que ya no hay más, dónde se sientan entonces los peatones que quieren sentarse, pensé, y seguía andando y ni un banco a la vista, Tengo que volver entonces al otro banco, pensé, y di media vuelta y eché a andar en la otra dirección justo cuando llegaba la señora y a punto estuvimos de chocar, y ella puso cara de alegría y siguió andando a mi lado y me puso el paraguas por encima de la cabeza estirando el brazo y yo pensaba Eso que se ahorran las cartas de Paul, y entonces llegamos al banco y nos

sentamos otra vez y la señora dijo No estaría obligada a trabajar si no quiere, y por lo menos allí tendría cobijo por las noches, Ya, dije yo, y se hizo un silencio, Dónde es allí, pregunté, En el campo, dijo ella, a unos cien kilómetros de París, En el campo, pensé como una flecha, y era un pensamiento interesante porque estaba hasta la coronilla de París y de toda la gente mezquina y precisamente había pensado A lo mejor tu libertad sería mejor en el campo, así que dije Cómo se llega a ese campo suyo, En coche, dijo, yo la llevo, así aprovecho para ver a mi hermano y a mi cuñada, Hay gallinas, pregunté, Gallinas, repitió ella con cara de boba, como si no entendiera, Las mujeres de los gallos, dije, Sí, hay gallinas, dijo ella, un corral grande, y se la veía muy extrañada, como si fuera una pregunta la mar de curiosa, Vaya, dije yo, es que no me gustan las gallinas, dije, son unas mentecatas las gallinas, y justo cuando decía esto y ella ponía cara de sorpresa salió del edificio con un paraguas azul la señora del pan llamada Mariette y se acercó a su señora patrona y dijo Las chuletas se van a resecar, tiene que subir a comer, señora, y la señora dijo Gracias, Mariette, ahora mismo voy, y se levantó del banco, Y bien, me preguntó, Y bien qué, dije yo, pero lo hice para irritarla e irritar a la señora del pan e irritar a las chuletas porque yo sabía perfectamente lo que significaba aquel Y bien, Y bien, se anima a ir a la casa de mi hermano, preguntó la señora, No lo sé, dije, Hay unas flores preciosas, dijo la señora, Flores con el nombre escrito en un cartelito, pregunté yo, y la señora puso cara de extrañeza otra vez y dijo No, pero mi cuñada conoce muy bien todas las flores y podrá indicarles su nombre, Ahora voy a subir a almorzar, dijo, querrá hacerme el favor de pensárselo en este rato, enseguida bajo y me da usted su respuesta, A lo mejor ya no estoy, dije, solo faltaba, dije, las decisiones las tomo yo, o no, Claro que sí, dijo ella, no se enfade, haga lo que le apetezca, dijo, y con las mismas la señora Mariette y ella entraron en la casa, y yo pensé que eran las chuletas las que mandaban en su vida, y fue un pensamiento que me gustó por lo absurdo que me parecía tener de patronas a unas chuletas, y me alegré de que se hubieran ido las muy entrometidas, ni que fuera asunto suyo, de nuevo tenía mi libertad, y le dije a la lluvia para mis adentros Todavía va a durar mucho este aburrimiento, y tanteé mis bultos, y los periódicos que los envolvían para protegerlos estaban empapados, de modo que mis bultos no estaban tan protegidos como yo pensaba y me preocupé y pensé Voy a comprar plástico para protegerlos, seguro que en la droguería tienen, me encantaba entrar en una droguería, así que cogí los bultos y hala, en marcha para comprar papel de plástico, A lo mejor a otras les mandan unas chuletas, pensé, pero a ti te mandan tus bultos, y me disgusté y pensé Ya está bien de decir cosas para fastidiarme, es mi vida y hago lo que me apetece y punto y se acabó la discusión, y eché a andar y casi al instante llegué a una bonita droguería, y yo tan contenta porque mis bultos pronto estarían protegidos contra la lluvia, y me gustaba que pronto mis bultos fueran a ser como reyes, y con las mismas empujé la puerta de la tienda con el pie para abrirla pero no se abrió, así que solté los bultos e intenté empujar la puerta con las manos pero nada y a mí aquello me extrañó mucho y justo cuando gritaba que me abrieran vi un letrerito en la puerta que ponía 9:00-12:30 14:00-19:00 Otro que está almorzando, pensé muy enfadada, Y los que quieran comprar algo qué hacen, eh, pensé, uno que solo esté libre a la hora de almorzar para hacer sus compras porque su patrón es un desalmado ¿cómo lo hace para comprarse una tabla para quesos?, y pensé en una tabla para quesos porque había una en el escaparate pero la tabla para quesos no era un buen ejemplo porque las tablas para quesos las compran las mujeres, no los hombres, entonces pensé Sí, pero uno que quisiera regalarle a su mujer una tabla para quesos por su cumpleaños tendría que comprarla él, o no, y con las mismas

me fui y me alegré porque me gustaba cuando era yo la que se llevaba el gato al agua en mis pensamientos, y volví a mi banco y por el camino me puse a mirar las tiendas, que estaban todas cerradas, Seguro que es por ley, pensé, pues a mis bultos les perjudica la ley, pensé a la vez que me sentaba, y la lluvia venga a caer y yo con toda la ropa pegada al cuerpo y fría pero como no era una friolera tiquismiquis la ropa mojada me traía sin cuidado y me saqué la ropa de la cabeza y me puse a mirar la avenida para ver cosas interesantes pero estaba todo gris todo triste sin nadie y hasta los árboles en vez de ser amables hacían chorrear la lluvia con más fuerza, Y los pájaros, pensé, ni rastro de pájaros, ya estoy harta de la lluvia, la lluvia me amargaba la libertad, A lo mejor en el campo de la señora no llueve, pensé, y de pronto se me acumularon muchos pensamientos en la cabeza para saber si iba a irme al dichoso campo, En el campo no hay avenidas con tiendas bonitas, dije, Pero en el campo hay árboles bonitos y pájaros, dije, Pero el campo no es tan interesante como los Grandes Bulevares, dije, Pero en el campo no te insultan ni hay maleducados ni sillas de pago, dije, el campo es gratis para los bultos y todo el mundo es bueno así que se debe de ser muy libre en el campo, Pero de todos modos, pensé, los bancos me gustan, Pues entonces no, decidí, no me voy al campo, y en esas abrí el bolso para buscar un regaliz porque sabía que tenía uno en el monedero, lo había visto al ir a pagar el libro para la rosa, Señorita Baccara, pensé riéndome, y en esas encontré el regaliz y justo cuando empezaba a chuparlo me dio por pensar A lo mejor hay capuchinas en el jardín de la señora, pensé, Las capuchinas están muy bien, pensé, en París nunca hay, y me quedé un rato largo pensativa, cavilando esto y lo otro, si iría o no iría, hasta que de pronto la puerta de la casa de la señora se abrió y la señora salió y abrió su paraguas, y detrás de ella salió Mariette sosteniendo un bol humeante apoyado en un plato, entonces la señora resguardó a Mariette debajo de su paraguas y las dos vinieron hacia mí, y yo las miraba con curiosidad por saber si serían unas gárgaras o un café con leche, y me divertía que hubiera tantos preparativos para mí, Tenga, dijo la señora con una sonrisa de oreja a oreja, Mariette le ha preparado una sopita, y lo que ve al lado es un bocadillo de jamón cocido, Ah, sopita, dije yo, y agarré el bol y empecé a sorber, pero era una sopa de guisantes así que dejé corriendo el bol encima del plato y Mariette, que era la que sostenía el plato, puso cara de extrañeza, y la señora también, Pasa algo, preguntó la señora, Sí, dije, pasa que odio los guisantes, Conque sí, eh, dijo Mariette con tono furioso, los pordioseros no pueden permitirse tantos melindres, Mariette, ya está bien, dijo la señora, Qué tonta es esta señora, pensé yo, pretende que todo salga a pedir de boca en la vida, más tonta que hecha de encargo, y entonces dije Me están molestando, yo a ustedes no les he pedido nada, y la verdad es que estaba enfadadísima de que no se pudiera ni estar tranquila, Y en cuanto a lo de ser una pordiosera, señora Mariette, dije, mire, y abrí el bolso y les enseñé el sobre con los billetes y ellas se quedaron muy sorprendidas, Como comprenderán, dije, si me apetece puedo comer en un restaurante y no necesito que nadie venga a molestarme con una sopa que no me gusta, Perfecto, dijo la señora Mariette con cara de enojo, en vista de que aquí no hago falta, me subo, y nada más decir esto derramó la sopa en la rejilla del árbol que había al lado del banco, El bocadillo tampoco lo quiere, preguntó con tono cortante, lo que me faltaba, y como estaba harta de que me incordiaran dije No, y ella se fue, subió y adiós a la tal Mariette, pero quedaba todavía la otra, que inmediatamente dijo Qué ha decidido, y al decir esto se sentó y de nuevo mis bultos estuvieron protegidos por su paraguas, y eso estaba muy bien, pero aun así habría preferido estar sola con mis bultos mojados antes que tener compañía, Depende, dije, hay capuchinas, pregunté,

Pues no lo sé, dijo con cara de sorpresa, sí que era tonta de capirote, Entonces no, dije, no voy, Pero hay otras flores, dijo, rosas, lirios, geranios, es muy grande aquello, sabe usted, dijo, hay un vergel, una rosaleda, Y huerto hay, pregunté de pronto interrumpiéndola, y era la mar de curioso que no hubiera pensado antes en eso, Sí, uno espléndido, dijo, y fue como un estallido de alegría en mi corazón, A lo mejor mi respuesta va a ser sí, dije, pero me lo tengo que pensar, dije, así que espere, y ella no dijo nada más y yo pensaba en si sí o si no y entretanto mis bultos no se mojaban y de pronto tomé una decisión, Viviré en un cobertizo en el huerto, pensé, en los huertos siempre hay cobertizos, Bueno, dije en voz alta, sí que quiero ir a ese campo suyo, Ay, qué contenta estoy, exclamó ella toda sonriente y yo pensé que era una señora la mar de curiosa por alegrarse tanto por cosas tan tontas, Voy a por mi bolso y a cambiarme de abrigo y vuelvo enseguida, dijo levantándose, Nos vamos ya, pregunté, Sí, dijo ella, me da miedo que cambie de opinión, dijo, Yo haré lo que me apetezca, dije muy disgustada, si quiero cambiar de opinión ninguna señora me lo va a impedir, Desde luego, dijo ella, pero espero que no, me pone mala verla así, bajo la lluvia, con la ropa pingando y esos míseros bultos, Tenga, dijo, quédese con el paraguas para resguardarse, y me pareció muy buena idea para mis bultos y dije Sí, y ella se metió en su casa y pasó un cuarto de hora o así y yo tan contenta pensaba Hoy pasarás la noche en un sitio del que no te echarán, y tendrás un huerto, y todo eso era una vida bonita, Conque se acabó París, pensé, con su gente mezquina y sus tontorrones con gorra, y hete aquí que la señora salió de su casa, Está lista, me preguntó, tiene todas sus cosas aquí, dijo, Sí, dije yo, y con las mismas recogí los bultos y dimos unos pocos pasos hasta un sitio donde ella dijo Mi coche es este, y abrió la puerta y colocó un impermeable en el asiento para que mi ropa no lo mojase todo, y yo me senté encima del impermeable y solté los bultos a mis pies y mientras acomodaba los bultos ella subió a su asiento y nos pusimos en marcha y empezaba así para mí una nueva libertad, y yo pensaba en esa nueva libertad sin hablar, y ella tampoco hablaba, y durante mucho rato no hablamos y a mí me gustaba circular así, ir más rápido que los peatones, y pasábamos por delante de las casas y de las tiendas, y yo lo miraba todo y de pronto la señora dijo Anda, ha dejado de llover, y era verdad, había escampado, Justo cuando salimos de París, dijo, y luego ya no dijo nada más y ahora íbamos por una carretera grande con árboles a los lados y ni casas ni tiendas ni peatones a los costados de la carretera, y los coches iban rápido y nosotras también íbamos rápido y de pronto la señora dijo Perdone que no hable pero es que no me gusta hablar mientras conduzco, Sí, dije yo, y otra vez se hizo el silencio por aquella carretera sin casas y el cielo que se despejaba un poco, y entonces volvió a hablar A todo esto, no sabemos nada la una de la otra, dijo con una risa, qué le parece si nos presentamos, Yo soy la señora Odilier, dijo, y mi hermano, el de la casa a la que vamos, es el señor Moret, Y usted, dijo, cómo se llama, y ya estábamos con las preguntitas y dije Renata y pensé Todo el mundo con las dichasas preguntas, Renata, dijo ella extrañada, es usted italiana, dijo, No, dije yo, A lo mejor la morena es italiana, pensé, y aquello me interesó, Renata qué más, siguió la interrogadora, y yo rápidamente pensé en una palabra y dije Renata Baccara, pero como no me gustó mucho ese apellido dije rápidamente Renata del Río, Es mi apellido de casada, dije, Baccara era el de soltera, y tan contenta con aquel bonito nombre que acababa de ponerme y tan contenta de haber sido tan cuca de dejar mi carné de identidad en el estúpido banco, Y de dónde es usted entonces, insistió la interrogadora, porque acababa de preguntármelo pero yo no le había respondido porque estaba admirando mi bonito nombre y porque estaba pensando en el banco aquel y ya no sabía qué responder, si respondía

una ciudad que ella conocía me haría más preguntas y pasaría apuros para responder, así que pensé rápido y dije De París, porque París era la mentira menos peligrosa, y me reí porque la señora se lo creyó y yo pensaba Las preguntas son una cosa la mar de inútil porque mentimos para contestar, Pero a lo mejor no todo el mundo miente, pensé, a lo mejor hay gente que dice la verdad verdadera, panda de mentecatos, pensé, y luego ya no pensé más porque la señora se puso a hablar otra vez, dijo Pero usted no siempre ha llevado esta vida, me parece, Qué vida, dije yo, La de sentarse en un banco y calarse con la lluvia, dijo ella, No, dije yo, y para mis adentros me reía, pensaba Jamás sabrás la verdad sobre mí, doña curiosona, El dinero que tiene lo ha ganado honradamente, no, cuénteme a qué se dedicaba, y aquella era una buena pregunta para contarle cosas como a mí me gustaba así que dije El dinero es de la jubilación de mi marido, Su marido, ah, claro, dijo ella, y a qué se dedica su marido, Murió, dije yo, y era la mar de divertido todo porque ella dijo Ah, muy apurada, y yo tan contenta pensaba Hay que ver, si es que eres la monda, contándole disparates a la Odilet esta, y en eso estaba pensando cuando empezaron otra vez las preguntas A qué se dedicaba su marido, dijo, y yo con mucha calma dije Era embajador, Embajador, exclamó ella, embajador, Sí, dije yo, embajador en África, Caramba, dijo ella, embajador, y usted vagabundeando en bancos con sus bultos, Pero y eso por qué, dijo al cabo de un momento, pero yo no contesté nada, Pobre Renata, dijo, Murió hace mucho tiempo, interrogó, Seis años, dije, ya hasta la coronilla de preguntas, pero ella erre que erre, Y de qué murió, dijo, y en esas se me ocurrió una buena idea, Murió devorado, dije, y era buena idea porque yo sabía que en África hay gente que se come a otra gente, pero la señora se disgustó, dijo que me estaba burlando de ella y que era una vergüenza mentir, entonces yo grité que lo vergonzoso era hacer tantas preguntas, que era una maleducada y una chismosa, y ella meneó la cabeza como si estuviera triste y ya no dijimos nada más, y seguíamos avanzando por aquella carretera ancha y horrible sin casas, y como me aburría cerré los ojos y de pronto me estaban zarandeando Qué pasa, grité abriendo los ojos, y era la señora que me decía que ya habíamos llegado, así que bajé del coche y recogí los bultos y estábamos en un jardín justo delante de una casa grande, y un señor bajó los escalones de un porchecito gritando Hombre, Nellie, qué agradable sorpresa, y besó a la señora en las mejillas y otra señora apareció en el porchecito y hubo otro intercambio de besos entre esa señora y mi señora, y luego mi señora dijo Os he traído a una interna, la señora Del Río, Renata, estos son mi hermano y mi cuñada, el señor y la señora Moret, Pero esta pobre está hecha una sopa, exclamó la cuñada, Venga conmigo, que la vamos a secar, dijo, y con las mismas entramos todos en la casa, en una sala que era un despacho con libros alrededor y sillones, y la cuñada preguntó Tiene usted una muda para que pueda poner a secar esta ropa, y a mí aquello no me gustó nada, En esta familia no hacen más que preguntar, pensé, No voy a responder, dije, no me gustan las preguntas, dije, y mi señora se rio y dijo a los otros que era verdad y que incluso nos Quiero ver el huerto, dije interrumpiendo, Pero, dijeron todos muy extrañados, y la cuñada dijo Venga conmigo, primero le enseñaré su habitación y la casa, No, dije yo, quiero ver el huerto, quiero ver las capuchinas, Bueno, dijo la señora, la señora no mi señora, la señora de la casa, Subimos los bultos a su habitación, dijo, y luego ya se da usted un paseo a su aire por la casa o por el parque, De eso nada, dije furiosa, mis bultos pasean conmigo, Pero bueno, esto es ridículo, dijo el señor, sus compañeras de dormitorio son totalmente honradas, a sus bultos no les va a pasar nada, Deja, Edmond, dijeron ellas, prefiere no separarse de sus bultos, y abrieron la cristalera que daba al jardín y dijeron Adelante, y dijeron Hasta

luego, y yo dije Sí, pero pensaba Si estas dos y el lerdo de Edmond se creen que voy a pasar la noche en un dormitorio lleno de tipas van listos, una libertad la mar de curiosa sería esa, pensé mientras caminaba por un jardín bonito con césped y caminillos, y macizos y árboles bonitos, pero yo no le hacía mucho caso a nada de eso porque estaba buscando si había un letrado que pusiera Huerto, pero no lo encontraba y empecé a ponerme tristonera, A lo mejor me han mentido y no hay huerto que valga, pensé, y en esas pensé Voy a ir hasta el fondo del jardín, y anduve y todo estaba en calma sin un ruido y a mí me gustó mucho aquella tranquilidad y de pronto llegué a una tapia y había una puertecita de madera entrecerrada que empujé con el pie, y era el huerto, y yo me puse como loca de contento y pensé A lo mejor hay un banco, y con las mismas enfilé los caminillos entre las hortalizas, y había judías, lechugas, repollos con sus preciosos colores verde-morado y luego seguí por los caminillos y adosado a la otra tapia vi un cobertizo, y yo me puse muy contenta y pensé Ahí podrás vivir, y estaba encantada porque llevaba una vida bonita, y con las mismas eché a andar en dirección al cobertizo cuando de pronto de buenas a primeras se me cruzó una tipa con una regadera y gritó Qué hace usted aquí, usted no se llama Pauline, verdad, ni Lola ni Marinette que yo sepa, así que largo de aquí, rapidito, Y por qué, dije yo, es usted una maleducada, dije, y además a mí no me manda, y yo enfadadísima, además por qué había que llamarse Marinette y nombres así, y ella venga a gritar, y en esas llegó otra tipa que dijo Pero a qué viene este griterío, Pauline, y entonces se volvió hacia mí la segunda tipa y dijo Es usted una nueva, Una nueva qué, pregunté, Una nueva interna, dijo, Puede ser, dije yo, pero depende, dije, primero voy a ver cómo es el cobertizo, Sí, claro, entre y ponga patas arriba las herramientas, no se corte, gritó la gritona, Mire, dijo la otra, la otra que gritaba menos, ninguna interna aparte de mis dos compañeras y yo tiene permiso para entrar en el huerto, Y por qué ustedes sí tienen permiso, pregunté muy disgustada, Porque somos nosotras las que trabajamos el huerto, respondió, Pero yo no molesto, dije, me sentaré en un rinconcito y no haré más que mirar, Eso, a mirar cómo nos deslomamos, fuera de aquí, largo, gritó la curiosa, y yo recorrí de nuevo los caminillos entre las hortalizas en la dirección contraria, la dirección desde la que había llegado tan alegre y ahora era como si fuese de noche en mi corazón y pensaba Qué te queda entonces en la vida para ser feliz, y me puse triste al ver tantas hortalizas bonitas prohibidas, y entonces llegué a la puertecita de madera y otra vez al jardín con los caminos que conducían a la casa, y por los caminos andaba con el corazón enfurecido, En todas partes hay gente mezquina, pensaba, en todas partes imponen leyes para fastidiar a los que no hacemos nada malo, y en esas subí los peldaños del porchecito y entré en el despacho y allí estaban todavía los tres parientes con otras dos señoras más y un cura, y dejaron todos de hablar y yo dije Me voy, aquí no me quedo, y ellos se alborotaron, algunas señoras se levantaron y dijeron Pero por qué, explíquese, No me gusta, dije, Pero si no ha visto nada, exclamó la señora cuñada, He visto que me quiero ir, dije, Pero a dónde va a ir, dijo el hermano de mi señora, A donde nadie me fastidie, dije yo, Es mi vida, o no, dije, Pero no es vida estar sentada en un banco bajo la lluvia, dijo el cura, ha pensado en lo que podría llegar a pasarle, dijo también, y a él eso qué le importaba, qué les importaba a todos, pero nada, ellos venga a hablar y a decirme muy suaves que mi vida era absurda, y yo no respondía nada y me reía para mis adentros, pensaba Panda de mentecatos, yo sí que tengo una vida buena y no vosotros, y al final estaba ya muy disgustada y le dije a la señora cuñada Y a santo de qué se dedican ustedes a la asquerosa profesión de impedir que la gente sea libre, y ella puso cara de disgusto y los otros igual, y el hermano de mi señora dijo Muy bien,

Renata, si desea marcharse no se lo vamos a impedir, pero lo sentimos mucho, créanos, Pues adiós, dije agarrando mis bultos, Pero no se puede ir así por las buenas, dijo la señora Odilet, con la ropa empapada, pasará aquí la noche y mañana por la mañana yo la llevo de vuelta a París, Por qué no hoy, dije, Hay alguna ley que me prohíba irme esta tarde, pregunté, muy disgustada de que los jueces hicieran leyes tan fastidiosas y que no les incumben en absoluto, y cuando hice la pregunta todo el mundo se echó a reír y la señora Odilet dijo No, ninguna ley le prohíbe irse esta tarde, pero yo voy a cenar aquí, voy a pasar la noche aquí y hasta mañana por la mañana no me marchó, dijo, No me gusta a mí eso, dije, no quiero pasar la noche con otras tipas en mi habitación, entonces la cuñada dijo Si es por eso, le ponemos una cama en la ropería, Y si me voy andando, dije, a dónde llego, no hay estación, pregunté, Andar no me da miedo, dije, pero ellos dijeron No, no hay estación, y dijeron La región está mal comunicada en tren, y como yo tenía miedo de que me estuvieran mintiendo y para fastidiar al cura le dije Me jura que no hay estación, y él dijo Sí, y entonces dije Bueno, me parece bien pasar la noche en la ropería, y en esas la cuñada se me acercó y me dijo Venga conmigo, que la acompañe, así podrá soltar los bultos y cambiarse si lo desea, No, dije, quiero salir al jardín, Pero y los bultos, dijo, y de pronto cuando dijo eso se me ocurrió una idea, Podría poner los paquetes en seco con papel nuevo, pregunté, Claro que sí, dijo ella, y nos encaminamos por un pasillo y bajamos una escalerita de piedra en curva y abajo estaba la cocina, había de hecho dos cocinas y unas tipas pelando verdura y parloteando, y junto a las cocinas había un cuarto grande para guardar los productos de encerar y los papeles viejos y las conservas y todo eso, y la señora cuñada me señaló un armario lleno de periódicos viejos y a continuación sacó unas tijeras de un cajón y me dijo Tenga, para que arregle los bultos, y con las mismas se fue y yo solté los bultos encima de una mesa grande y con las tijeras corté el cordel de la caja de las cartas de Paul, porque esa caja era la más valiosa de todas y por eso era la que debía arreglar primero, antes que las demás, y justo cuando acababa de cortar el cordel se metió en mi cuarto una cocinera, Qué hace, preguntó, Lleva huevos en esas cajas, preguntó, Qué van a ser huevos, dije yo, son mis cosas, Es usted nueva, dijo sentándose encima de la mesa, y a mí me fastidiaba que se plantificara en mi espacio, después de todo mis bultos eran algo secreto y no iba a ponerme a arreglarlos delante de cualquiera, No, no soy nueva, dije, soy una que no se queda, mañana por la mañana me voy, Y eso por qué, dijo, y ya estábamos con otra interrogadora, Porque no me gusta estar aquí, dije, Pues se equivoca usted, dijo ella, aquí estamos de maravilla, son muy amables, lo pasamos bien, tenemos hasta tele, Pero no son libres, dije yo, y ella puso cara de sorpresa, Pues claro que somos libres, exclamó, podemos salir cuando queramos y además nos pagan mientras aprendemos un oficio para que ya contemos con unos ahorrillos cuando nos vayamos de aquí, El dinero, dije yo, ese es el que manda sobre ustedes, así que ya lo ve, no son libres, dije, y ella se echó a reír y gritó Emma, ven para acá un momento, y llegó otra tipa que se metió en el cuarto, bajita y muy delgada, que era la tal Emma porque la otra le dijo Emma, anda, dile a esta señora que nosotras somos libres, porque a mí no me cree, Pues claro que somos libres, dijo la tal Emma, y yo pensando Emma no es un nombre bonito, parecen unas iniciales, y justo como de casualidad, porque a veces se dan casualidades, la primera dijo Cómo se llama usted, Señora Manzano, dije yo, Sí pero y el nombre de pila, dijo, aquí solo nos llamamos por el nombre de pila, dijo, Pero en mi caso no hace falta porque no me voy a quedar, dije, Mujer, qué le cuesta, es más simpático así, dijo ella, Será chismosa, pensé yo, pero como tenía cara de simpática no quise decirle una grosería, Mi nombre

de pila es Adèle, inventé, tampoco era cuestión de decirle Renata a todo el mundo, mi nombre Renata era mío y de nadie más así que no se lo iba a soltar a todo el mundo, Yo me llamo Lucile, dijo la que no era Emma, pero a mí sus nombres me traían sin cuidado, todo me traía sin cuidado, yo solo pensaba en mis bultos mojados y me fastidiaban aquellas cotillas que no se movían de allí y que me impedían poner mis bultos en seco, Y si les dijeras que tienes una enfermedad tipo pulmonía, pensé, se irían que se las pelan y podrías envolver los bultos en paz, pero justo cuando iba a toser para engañarlas se me ocurrió que entonces llamarían a un médico y me encamarían durante semanas así que menos mal que se me ocurrió aquello y no tosí, Y se quitó de en medio, con todos mis ahorros, a dos meses de la boda, se da usted cuenta, y yo Sí, sí, pero no hacía ni caso a la tal Lucile, su vida me traía sin cuidado, eran mis bultos lo que me interesaba, no el tal Jeannot, y mientras ella seguía hablando até con cordel el paquete de las cartas y cuando terminé el atado me levanté y dije Perdón que le interrumpa la historia pero la señora Odilet me está esperando fuera, Odilier, no Odilet, dijo ella, y yo tan contenta porque se había creído mi embuste y decía Hay que ver lo buena que es la señora Odilier, ella fue la que me sacó del hospital, y yo cogí un puñado de periódicos secos del armario y mis bultos y mi bolso y dije Hasta luego, y ea, ya estaba en el jardín corriendo en busca de un sitio tranquilo donde nadie me viera arreglar los bultos, y con las mismas enfilé un camino y luego otro y entonces llegué a un rinconcito con una mesa y unos sillones de hierro debajo de un árbol, justo la clase de rincón tranquilo que yo quería porque había otros árboles que ocultaban aquel rincón tranquilo, de modo que rápidamente corté otra vez el cordel del paquete de las cartas y le quité el periódico mojado y en su lugar puse periódico seco y luego cogí el ovillo de bramante y lo até otra vez, y me movía muy muy rápido porque me daba miedo que apareciera alguien, y decía Rápido, date prisa, date prisa, y me daba prisa, hasta que terminé el empaquetado, y tan contenta, Te has ganado un descanso, dije, y con las mismas me senté en uno de los sillones de hierro toda satisfecha de mis bultos y reinaba la paz en aquel rinconcito donde me encontraba y por un instante un pájaro se posó en la mesa, pero era gris así que no me interesó gran cosa y además se fue enseguida y de nuevo me encontré sola y me puse a fantasear hasta que de repente oí una voz que llamaba a lo lejos Renata, y otra vez Renata, y yo me disgusté No se puede estar tranquila nunca, pensé, y como me daba miedo que me encontraran cogí los bultos y me escondí debajo de un macizo detrás de los árboles y olía muy bien la tierra mojada y me gustaba estar allí, y otra vez oí Renata, Renata, y luego ya nada, Ya han dejado de buscarme, pensé, A lo mejor creen que me he ido, pensé, Y por qué han dejado de buscarme, pensé de pronto, y no me gustó nada aquello, que dejaran de buscarme, Son unos desalmados, pensé, pero no me puse muy furiosa porque estaba a gusto en mi escondrijo con los árboles por encima de mí y el cielo muy alto entre las ramas y unas hormiguitas que se encaramaban a las hojas que yo sostenía en las manos, y al rato cuando empecé a sentir calambres en todo el cuerpo salí del escondite y saqué los bultos y me senté otra vez en el sillón de hierro y me quedé allí mucho rato pensando Mañana estarás lejos, estarás en París, e irás a los Grandes Bulevares, y entonces pensé en los Grandes Bulevares y en sus pequeñas distracciones, y de pronto, más tarde, sonó una campana y pensé A lo mejor es para la cena, Y por qué no cenas tú también, pensé, y era verdad que el bocadillo de queso de los Campos Elíseos quedaba ya muy lejos, así que me levanté y agarré mis bultos y nos dirigimos otra vez hacia la casa y de nuevo sonó la campana y en esas llegué y la puerta estaba abierta y en la entrada estaba la señora Odilier, Ah, aquí está, dijo, rápido, deje los bultos en el vestuario y la

acompañó al comedor, De eso nada, dije yo, mis bultos se vienen conmigo a cenar, Será posible, dijo ella, Ni será posible ni gaitas, dije yo, no haberme traído aquí, dije, Bueno, dijo ella, Pero y esto, dijo mirándome, está usted llena de barro y de ramitas, y el pelo, se ha visto usted el pelo, dijo, No, dijo, no puedo llevarla a la mesa con esta facha, Venga a lavarse las manos por lo menos, dijo, y como las manos sí que me apetecía lavármelas la seguí hasta un aseo pequeño y allí me lavé las manos, Y las demás, pregunté, tienen que sentarse a la mesa bien peinadas y arregladas, Sí, dijo ella, Definitivamente no son libres, pensé, y atravesamos de nuevo la entrada y la señora Odilier abrió una puerta y estaba el comedor, un comedor inmenso con cinco o seis mesas y en cada mesa cinco o seis tipas, y en esas me sentaron a una mesa y las demás me miraron y al instante me sirvieron sopa, y esta vez era una sopa juliana así que me pareció bien, y cuando acabé la sopa alcancé a las demás, que estaban ya comiendo arroz con espinacas, y en mi mesa yo no conocía a nadie, no estaban ni las dos del huerto ni las dos de la cocina, y me dieron un poco de conversación pero no contesté, no me apetecía contestar, no me gustaba estar allí comiendo con un porrón de tipas, todas lo mismo y todas a la misma hora, pero a pesar de todo comí queso porque a mí el queso me gusta mucho, y la manzana me la guardé en el bolsillo, y luego ya está, la cena había acabado y todo el mundo se levantó y la cuñada se me acercó y me dijo Como creo que no querrá pasar al salón con las demás, la acompañaré a la cama, Sí que quiero pasar al salón con las demás, dije para fastidiarla, Bueno, dijo ella, pues venga, y yo me daba cuenta de que su Bueno era un Bueno de disgusto por culpa de mis bultos y de mi ropa cochambrosa, Aquí es, dijo, y era una sala grande con un televisor a todo volumen en un rincón y sillones de mimbre por todas partes y por todas partes tipas sentadas en los sillones y viendo la televisión, y yo de pie con los bultos sin saber dónde ponerme y una mujer bajita se me acercó y murmuró Venga a sentarse a mi lado, que hay un sitio, y su sitio era un sofá justo detrás de donde yo estaba de pie, así que solté los bultos al lado del sofá y me senté, Cómo se llama, preguntó la mujer bajita con un hilo de voz, y vi que estaba haciendo punto y a mí eso no me gustó, Amélie, contesté, Las señoras que hacen punto son bobas, pensé, sobre todo las jóvenes, y enseguida me aburrí de aquel salón y de aquel televisor que gritaba historias que no me interesaban, así que me levanté y cogí mis bultos y salí de la habitación y me dirigí al despacho, y allí estaba el hermano de la señora Odilier sentado solo, Quiero que me enseñen dónde voy a pasar la noche, dije, y él puso cara de tonto y se levantó del escritorio y dijo Voy a avisar a mi esposa, ella está al tanto, y con las mismas abrió una puerta y llamó Puedes venir, Marguerite, y ella llegó al instante y dijo Ah, la hacía a usted en el salón, Y qué pasa, dije yo muy disgustada, soy libre de estar donde me apetezca, Sí, sí, dijo ella, y entonces dije Enséñeme dónde voy a pasar la noche, Acompáñeme, dijo, Pero antes, dijo, podríamos mantener una pequeña conversación, y yo dije No, no hay pequeña conversación que valga, quiero acostarme, porque bien sabía yo que se pondría a decirme Renata, seguro que no quiere quedarse con nosotros, y Renata, no puede usted vivir en un banco, y más cosas fastidiosas, así que dije Además yo vivo como me apetece y nadie tiene derecho a impedírmelo, su asilo es para tontorronas, dije, no para mí, y con las mismas recogí los bultos y salí de la habitación para evitar que me contestaran con un discursito y la que se llamaba Marguerite vino detrás de mí y dijo Acompáñeme, es en el primero, así que subimos una planta y al fondo de un pasillo largo la señora cuñada abrió una puerta y allí era donde me habían instalado el catre, en un cuartito donde había cajas vacías y sillas plegadas unas encima de otras, Esto no es la ropería, dije yo, No, dijo ella, pero estará sola,

que es lo que quería, y yo eché un vistazo y aquel cuartito no me gustó, Por qué no me han instalado el catre en la ropería, dije, Mire, Renata, dijo, aquí va a dormir estupendamente, es una cama plegable pero está muy bien, y a mí me dio la risa, Las camas me dan igual, dije, Y ahora acompáñeme, dijo, que le voy a enseñar las duchas, a mí las duchas no me interesaban nada pero dije Bueno porque pensé que así vería el resto de la casa, Pero deje aquí los bultos de una vez, dijo, que nadie se los va a robar, pero yo no contesté y seguí a lo mío y en el pasillo la señora cuñada abrió una puerta a un espacio grande con lavabos en el centro y cubículos con duchas alrededor, Ahora mismo vuelvo, dijo, voy a buscarle unas toallas, y se fue y yo me puse a mirar el interior de los cubículos para ver si había repisas para dejar los bultos y que no se mojaran, pero no había repisas, así que mis bultos tendrían que quedarse en el suelo poniéndose perdidos de agua y a mí eso me preocupó, además no me gustaba la idea de ducharme, así que con las mismas salí del cuarto de las duchas y volví rápidamente a mi habitación y dejé los bultos encima de una mesa y rápidamente me quité los zapatos y rápidamente me metí en la cama, y entonces llamaron, Renata, Renata, y la señora entró en mi habitación y pensé Ahora se va a armar una buena, pero en absoluto, Pobre Renata, dijo, debe de estar molida, mañana por la mañana se dará esa ducha, después de una buena noche de descanso, Mañana por la mañana me voy, dije yo, Sí, sí, dijo ella, pero mi cuñada no se irá antes de las diez, tendrá usted tiempo de sobra para asearse un poco, Tenga, dijo, le dejo una linterna por si necesita luz durante la noche, como no sabe dónde están los interruptores, y luego repitió que la cama estaba bien y otras cosas por el estilo y se fue, y entonces yo me levanté y comprobé si la puerta tenía llave porque me daba miedo que las tipas gritonas del huerto entraran a husmear mis bultos, y no había llave, Y si leen las cartas de Paul mientras duermo, pensé, luego irán contándoselo a todo el mundo, y me puse muy triste y justo cuando acababa de decidir que no dormiría para vigilar que nadie leyera mis cartas se me ocurrió una buena idea y empujé el catre contra la puerta, así quedaba bloqueada y yo podía echarme a dormir tranquila, y rápidamente me metí otra vez en la cama y estuve un rato atenta a que no viniera nadie y luego pensé Te estás durmiendo, y así, de inmediato, me quedé dormida, y soñé un sueño y de pronto desperté y encendí y me asomé por las contraventanas pero fuera estaba todo negro, Entonces todavía es noche cerrada, pensé, así que volví a acostarme y pensé Duérmete rápido para que pronto sea por la mañana y puedas irte y pasear por los bulevares, y cerré los ojos pero en vez de dormirme me quedé despierta y me puse a dar vueltas en la cama, pero no me dormía, Y si no me dejan salir de aquí, pensé, o si a la señora Odilier le sienta mal la cena y amanece pachucha, y a mí todo me preocupaba, Que no, pensé, dejarán que te vayas, son buenas personas y se han dado cuenta de que soy libre y no quiero quedarme, y en mi preocupación era mejor pensar eso y de nuevo intenté conciliar el sueño, Y si el coche se ha averiado, pensé, o si decide quedarse un mes aquí, Y por qué no puedes irte tú, dije de pronto, por qué no puedes tú volver a París a pie, dije, a mí andar no me da miedo, y era una buena idea, Pues entonces vámonos ahora mismo, dije toda feliz saltando de la cama, y me puse los zapatos y muy despacito para no hacer ruido aparté el catre para dejar el paso libre, y qué felicidad mientras hacía todo eso, ponerme los zapatos, apartar el catre, Y cómo vas a salir, pensé, todas las puertas deben de estar cerradas, y fue horrible ese pensamiento, Qué pasa, que las puertas mandan sobre todo toda la vida, pensé enfurecida, No, pensé, abriré una cristalera y listo, y se me pasó el enfado y me puse contenta, y con las mismas agarré mi bolso y mis bultos y la linterna y salí al pasillo, y todo estaba en calma y en silencio, pero al andar los

zapatos hacían ruido en la tarima y tuve miedo de que me oyeran y vinieran y me impidieranirme, así que volví a mi habitación y me quité los zapatos, Pero esta vez, tesoritos míos, no es para meterme en la cama, les dije tan contenta, y con las mismas anudé los cordones y me colgué los zapatos del cuello y cogí otra vez mis cosas y otra vez me puse en marcha, y esta vez ya no hacía ruido y con la linterna veía bien, y así llegué hasta la escalera, y tuve mucho cuidado de no dar un resbalón porque los calcetines resbalan sobre todo con tanta carga, así que bajé muy despacito y abajo reinaba también el silencio y pensé Es el momento de salir, y muy poco a poco atravesé el recibidor y delante de la puerta del salón solté los bultos y con mucha delicadeza abrí la puerta y a continuación recogí los bultos y entré en la sala, Ten mucho cuidado con los sillones, pensé, están por todas partes, y era verdad, estaban por todas partes Reunión de sillones de mimbre, pensé, y me hizo gracia porque pensé que a lo mejor charlaban entre sí durante la noche, A lo mejor durante la noche critican a las tipas, pensé, Perdonen ustedes, señores sillones, dije, perdonen que los moleste, y mientras pensaba esas gracietas avanzaba por el salón a oscuras iluminado solo por mi linterna y me movía despacio porque había un montón de sillones hasta que por fin llegué al extremo del salón y había una cristallera con unas cortinas delante, así que solté los bultos y muy poco a poco descorrí las cortinas, despacio, despacio, y el corazón me latía y yo pensaba Si te oyen bajarán y no dejarán que te vayas, así que tenía miedo, miedo de todo miedo del ruido miedo de que no me dejaran ir, y por fin las cortinas estuvieron descorridas y giré el pomo de la ventana pero no se abrió y me entró un miedo inmenso en el corazón pero con la linterna vi que había una llavecita debajo del pomo y rápidamente di una vuelta a la llave y esta vez la puerta se abrió, Y las contraventanas, pensé, por favor, que no hagan ruido, las contraventanas siempre hacen ruido, pensé, así que apagué la linterna y la dejé en el suelo para tener las dos manos libres y muy despacito levanté el gancho que mantenía cerradas las contraventanas y me dio miedo que chirriaran cuando las empujara y que todas las luces se encendieran y que todo el mundo bajara y mi bonita partida que tan contenta me ponía se terminara, y me temblaban las manos mientras pensaba en esas cosas y empujaba las contraventanas, pero no chirriaron y llegaba la hora de la libertad y se acabó el tener miedo y pensé Soy libre, soy libre, y recogí la linterna y el bolso y los bultos y salí, y fuera la noche olía de maravilla y todo estaba a oscuras y en calma, y en el cielo había una luna pequeñita y luceros y nubes, Hala, vámonos, dije, Hay que ver, pensé, las demás no ven nada de todo esto, no ven esta noche tan bonita, Eso no es ser libre, pensé, dormir en camas y comer cuando suena una campana y no ver las noches bonitas, y en esas se me ocurrió una idea y muy despacito entré otra vez en la casa y de nuevo despacito atravesé el salón con cuidado de no tropezar con los sillones, y otra vez la linterna hacía sombras grandotas, y en la entrada agucé el oído y seguía oyendo un silencio muy tranquilo, así que empujé la puerta que daba a la escalera de la cocina y al pie de los escalones solté los bultos y el bolso porque no iba a tardar mucho abajo, y con las mismas bajé la escalera y justo cuando llegaba abajo dieron las dos en el reloj de la cocina y mi corazón latió enloquecido porque aquel ruido me metió el susto en el cuerpo, y me detuve y esperé un momento a que se me pasara el susto y luego atravesé las dos cocinas y me metí en el cuarto donde la charlatana me había hecho una visita y rápidamente saqué del armario de los periódicos un porrón de periódicos que extendí por todo el suelo y luego fui a la cocina a coger una caja de cerillas y les prendí fuego a los periódicos y también en las dos cocinas prendí periódicos por todos los rincones y rápidamente subí y en lo alto de la escalera recogí mis bultos y mi bolso y de

nuevo llegué al recibidor desierto y atravesé el salón con cuidado de no tropezar con los sillones, Ellas también van a ser libres, pensé, porque ya no tendrán casa, y en el momento en que salía al jardín pensé en lo contentas que estarían de ser libres y en lo buena que yo les parecería, y después ya no pensé más en eso porque en el suelo había gravilla y me hacía daño en los pies, Los zapatos no están para llevarlos colgando en el pecho, pensé, están para llevarlos en los pies, Así que siéntate en el suelo y ponte los zapatos, dije, pero justo cuando me sentaba pensé que a lo mejor el ruido de los zapatos en la grava despertaba a alguien y me echarían el guante, y con las mismas me levanté y con la linterna comprobé que había un trecho de césped justo al lado así que recogí los bultos y fui hasta el césped, y caminé sobre el césped y el césped me llevó hasta muy cerca de la puerta del jardín, la puerta que daba a la carretera, y esta vez como estaba ya lejos de la casa me desaté los zapatos del cuello y me los puse otra vez en los pies y ya me iba de verdad, de modo que empujé la verja que era vieja y no cerraba del todo y rápidamente eché a andar por la carretera y era como si los bultos no me pesaran nada de lo contenta que estaba, y avanzaba deprisa, y avanzaba deprisa, De aquí a dos horas, pensé, estaré lejos de aquí, a kilómetros y kilómetros, Diez por lo menos, cavilé, y estaba encantada, y caminaba, y me traía sin cuidado no saber si iba bien para París, Algún día de estos llegaré a una estación, pensé, y anduve mucho rato, y era una carreterita por la que no pasaba nadie, y la luna y la linterna me daban la iluminación que necesitaba para andar y yo encantada me decía Menos mal que soy una andariega, qué habría hecho una tiquismiquis en tu lugar, Soy como el perro del periódico, pensé, el que recorrió mil kilómetros para reunirse con su dueño, Pero él no acarrea bultos, pensé, y además era un gato, pensé, Qué más da, pensé, la anécdota habría sido más interesante con una gallina, y mientras pensaba en todo esto caminaba y era una carretera que me gustaba, con campos a los dos lados y árboles que la bordeaban y de vez en cuando me paraba un momentito de nada para cambiarme el bolso de brazo o darle un mordisco a la manzana y enseguida reanudaba la caminata y estaba muy contenta de que hiciera una noche tan bonita y por eso andaba muy rápido, y anduve mucho rato, hasta que de pronto apareció una casa en el camino, y luego otra, y era un pueblecito durmiente, apagado, y lo atravesé rápido y un perro gruñó y otro ladró más allá y otro respondió muy lejos y a mí se me soliviantó el corazón y tuve miedo de que me persiguieran todos los perros, y en esas el pueblo se acabó y de nuevo me vi en la carreterita y el silencio y ya no hubo perros ladrones y sí la noche bonita que seguía y yo andaba y pensaba que me gustaría mucho caminar toda la vida con una noche tan bonita, De noche somos libres, pensé, estamos solos y por eso no hay penas, pensé, y en esas eché a correr para que la noche durase más tiempo, y al correr el pelo se me soltó y me latigueaba en los hombros y los ojos y no veía bien y como de todos modos era muy cansado correr con los bultos y el bolso y la linterna me detuve y dejé los bultos y estaba sin resuello, así que esperé a que la respiración se tranquilizara, Seguro que ya estoy muy lejos de ese asqueroso asilo, pensé, y con las mismas recogí los bultos y todo lo demás y seguí adelante, y anduve aún mucho rato, y andaba rápido y pensaba cosas, hasta que de pronto oí unos coches no muy lejos y me entró miedo y rápidamente me escondí en la linde de una parcela en una zanja pequeña que bordeaba la carretera, y esperé, y estaba muy disgustada de que los coches no llegaran más rápido, y pasó un rato y yo esperando y los coches que seguían sin aparecer así que dije Pues sigue tu camino, no van a venir unos coches a mandarte, unos coches que no se sabe ni dónde están, y con las mismas me levanté y recogí mis cosas y seguí andando, y de pronto se acabó mi carreterita, que

desembocaba en una carretera grande, y esos eran los coches que yo había oído, y me disgustó que mi carreterita tranquila se terminara, y ahora tenía que ir por la carretera grande, así que la enfilé, pero ya no tenía la misma alegría en el corazón, me daba susto que pasaran coches y que dentro viajaran señoras o curas o gendarmes que me dijeran De noche hay que dormir, la llevaremos a un hotel, y yo no quería meterme en un hotel yo quería quedarme allí y ser libre en la noche, y entonces pensé A lo mejor está prohibido caminar por las carreteras de noche, y me entró miedo, y justo cuando me entró miedo un poco más allá vi los faros de un coche que se acercaba, así que me escondí rápido agachándome detrás de un árbol y el coche pasó de largo y me levanté y pensé Ni de noche somos libres, y entonces se me ocurrió una buena idea Se acabó la carretera, dije, ahora iremos por los campos, y la buena idea me puso el corazón loco de contento y eché a andar campo a través por la parcela que había allí, y era complicado porque la tierra estaba blanda y sembrada y yo tropezaba y trastabillaba y me hundía, pero con la linterna me alumbraba y así llegué hasta el final de aquella parcela y a continuación lo que había era un prado y también lo atravesé, y olía todo de maravilla y yo pensaba Otra vez la noche bonita, y pensé en lo mentecato que era el que inventó los coches y las carreteras, y de pronto ladró un perro en una granja cerca de la que yo pasaba y hay que ver la lata que daban los perros tanto ladrar como bestias y eso que no les hacemos ni caso, y entonces llegué a otra parcela plantada con raíces y trastabillé y se me cayeron todos los bultos y me disgustó haber pasado por la parcela de un agricultor inútil, y con las mismas recogí los bultos y la linterna y todo y seguí andando, y en la parcela de al lado había vacas durmiendo y a mí me hizo mucha gracia, Mañana compraré una postal y se la enviaré a alguien para contar lo bonito que es el campo en el que estoy, pensé, y ahora estaba en una parcela con arbolitos plantados por todas partes y yo caminaba entre aquellos árboles tan preciosos y llegué a la linde de la parcela, y en la linde de la parcela había un riachuelo muy pequeñito y yo pasé por encima porque era tan pequeño que se podía pasar por encima, hasta una gallina podría haber pasado por encima de lo pequeñito que era, Pero las gallinas son tontas de capirote y no dan paseos, pensé, y menos de noche, Definitivamente es la noche de pensar en gallinas, pensé, bichos asquerosos, pensé, Pero peores son las palomas, cavilé, porque las palomas son grises, y yo mientras bordeaba el riachuelo que corría atravesando parcelas y oía una brisa entre los árboles y mi vida estaba bien así y me gustaba esa bonita libertad de caminar por la noche, y entonces pensé en mi bonito nombre nuevo, Renata, y me gustaba aquel nombre tan bonito, Renata, Renata Capuchinas, Renata Canto de pájaro, Renata sin más, y en estas mi luz la luz de la linterna se debilitó y amarilleó y se apagó, era un incordio porque ya no veía el suelo, Entonces era la luz la que mandaba, pensé, y yo plantada en medio de la noche bonita sin atreverme a seguir andando, Pues siéntate en el suelo y espera a que se haga de día, dije, y era una buena idea que me gustó, Y a lo mejor hasta puedes echarte un sueñecito, pensé, y como el cielo clareaba un poco anduve unos pasos para alejarme del riachuelito y fui hasta un sitio junto a un árbol y comprobé que no hubiera vacas cerca para que no vinieran a dar cornadas a los bultos mientras dormía, pero no, se veía todo tranquilo, ni vacas ni ovejas ni nada, así que solté los bultos y me acosté en el suelo con el bolso debajo de la cabeza y veía el cielo todo cuajado de estrellas pálidas y de nubes grandotas que pasaban rápido por delante de las estrellas, y en esas me dormí un poco y a ratos abría los ojos y de pronto asomó un amanecer palidísimo en un extremo del cielo, Mira, dije con el corazón contentísimo porque me gustaba mucho el amanecer, y con las mismas me senté con la espalda

apoyada en el árbol y vi crecer el amanecer y el cielo ganar claridad pero no la claridad como cuando es de día sino una claridad de aún noche, con unos tonos rosa y malva allá lejos al final de los campos, y los colores de los campos y los árboles también se veían ahora, muy pálidos, muy grises, y yo miraba y me gustaba estar allí completamente sola con el tímido amanecer y el silencio a mi alrededor, y habría querido quedarme así para siempre y era como tener a la vez una alegría y una pena en el corazón, Venga, vámonos, decidí, Todavía hay mucho que andar, dije, y me levanté y recogí los bultos y el bolso pero la linterna la dejé, menuda inútil, si creía que nos la íbamos a llevar estaba muy equivocada, así que la tiré al riachuelito y hala, otra vez a caminar a través de las parcelas y a través de las praderas y a través de los prados, y todo se volvía de un verde tímido y del gris tímido de la mañana y aún reinaba el silencio y yo estaba encantada en aquel campo precioso sin nadie que me echara y me dijera cosas y me hiciera preguntas y llevara gorra y me cobrara por los bultos, y pensaba en eso y caminaba y de pronto estallaron los pájaros, trinos por todas partes, se llamaban, se respondían, y me detuve toda pasmada, era como si el campo entero fuera de ellos y yo escuchaba y pensaba Por fin los pájaros, y seguí andando y el aire era fresco y cada vez se hacía más de día, con un cielo precioso, rosa y rojo, y yo andaba por parcelas preciosas sin casas y sin granjas y a lo mejor nunca daría con la estación para París, pensé, y me hizo gracia y era un bonito día el que empezaba así que estaba muy contenta y en el prado al que llegué había florecitas por todas partes y un bosque que empezaba allá al fondo, y solté los bultos y el bolso y me puse a coger florecitas, pero me aburría no saber cómo se llamaban y cuando me harté de coger florecitas me senté junto a los bultos y miré el cielo ponerse azul y miré el bosque bonito que empezaba al final del prado, y miré mucho rato el bosque bonito, mucho rato, hasta que de pronto me decidí, Aquí será mi libertad; entonces me levanté y cogí mis cosas y me guardé las flores en el bolso y me puse a atravesar el prado en dirección al bosque, contenta de la libertad tan bonita que iba a tener en el bosque, con los árboles y las flores y los helechos y las auroras, Y cómo harás para comer, pensé, pero comer me daba igual, Hay plantas de sobra en los bosques, dije, y setas, y avellanas, y diente de león y castañas y todo eso, pensé, y me daba alegría pensar en lo buena que sería mi vida, y caminando llegué al final de las parcelas y a donde empezaba el bosque, y con las mismas solté los bultos y el bolso y me arrodillé en el suelo a los pies de un árbol y me puse a cavar con las manos, y la tierra estaba blanda porque allí también debía de haber llovido, y cavaba muy rápido y pensaba La lluvia cae en todas partes, y donde a ella le apetece también, Menos en el metro, pensé, y me fastidió porque los del metro no me caían bien, y entonces la tierra se puso más dura y me costó más cavar y las manos se me desollaban y los dedos me dolían así que cogí una piedra para ayudarme a cavar, y me reía y pensaba Eres como un perro que escarba, y cavé un buen rato hasta que el hoyo estuvo acabado, y con las mismas cogí los bultos y los metí dentro, pero la caja con las cartas de Paul no, De esta no nos separamos, dije, y en el hoyo metí también el bolso, total esta vez sabía muy bien que ya no quedaban regalices dentro, y rápidamente con las manos recubrí de tierra todas mis cosas y puse unas ramitas por encima de la tierra, dos o tres, y luego unas hojitas, y listo, ya está, y me levanté y con las mismas me adentré en el bosque, y en el bosque todos los pájaros cantaban.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS



Maldeniña
Lorena Salazar Masso



Generaciones
Lucille Clifton



El libro vacío / Los años falsos
Josefina Vicens



Mis malos pensamientos
Nina Bouraoui



El pabellón 3
Bette Howland



La loca de la puerta de al lado
Alda Merini



Una familia en Bruselas
Chantal Akerman



T R Á N
S I T O

Editorial Tránsito es respetuosa con el medio ambiente: este libro
ha sido impreso en un papel ahuesado procedente de bosques
gestionados de forma responsable.